

William Faulkner

El oso



Lectulandia

“El oso” es sin duda uno de los más espléndidos y significativos relatos de William Faulkner. La renuncia de Isaac McCaslin, su protagonista, a la herencia del viejo Carothers, es el resultado de una radical negativa a reconocer la propiedad sobre una tierra corrompida por la codicia de sus ocupantes. Para Isaac, fascinado por la naturaleza virgen del Gran Valle, “Old Ben”, el viejo oso al que los hombres de Jefferson acosan implacablemente, es «un anacronismo indomable e invencible surgido de un tiempo antiguo y muerto, un fantasma, compendio y apoteosis de la antigua vida salvaje». El final de “Old Ben” es también el de los grandes bosques amenazados por las compañías madereras, un escenario donde la ceremonia anual de la caza reaviva todavía el espíritu de un tiempo aún no maldito en que la tierra era de los hombres «no de los blancos, ni de los negros, ni de los rojos, sino de los hombres, de los cazadores, con la voluntad y la osadía de resistir y la humildad y el arte de sobrevivir». Todas las obsesiones fundamentales de la intensa narrativa faulkneriana concurren en este relato, una auténtica obra maestra, arrastradas por la fuerza de un estilo soberbiamente elaborado.

Lectulandia

William Faulkner

El oso

ePub r1.1
Titivillus 12.01.2017

Título original: *The Bear* (incluido en «Go Down, Moses»)
William Faulkner, 1942
Traducción: Ana M.ª Foronda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

También esta vez éranse un hombre y un perro. Dos bestias, contando a Old Ben, el oso, y dos hombres, contando a Boon Hogganbeck, por cuyas venas corría parte de la misma sangre que circulaba por las de Sam Fathers, si bien la de Boon era de la rama plebeya y únicamente Sam y Old Ben y el perro mestizo Lion eran puros e incorruptibles.

Él tenía dieciséis años. Ya hacía seis que cazaba. Ya hacía seis que escuchaba la mejor de todas las conversaciones. La de las tierras baldías, la de los grandes bosques, más grande y antigua que ningún documento conocido: ni por los hombres blancos lo bastante fatuos para creer que habían comprado algún fragmento, ni por los indios lo bastante crueles para pretender que les había correspondido transmitir algún fragmento; más grande que el mayor de Spain y las migajas que se vanagloriaba de conocer creyendo que lo sabía todo; más vieja que el viejo Thomas Sutpen, de quien la había recibido el mayor de Spain, y que también creía que lo sabía todo; más vieja que el viejo Ikkemotubbe, el jefe chickasaw de quien el viejo Sutpen la había recibido y que a su vez también creía que lo sabía todo. Era de los hombres, no de los blancos, ni de los negros, ni de los rojos, sino de los hombres, de los cazadores, con la voluntad y la osadía de resistir y la humildad y el arte de sobrevivir, y de los perros y el oso y el ciervo yuxtapuestos y en relieve contra ellos, ordenados y constreñidos por la selva y en la selva en la antigua e incesante disputa de acuerdo con las antiguas e implacables leyes que anulan todo remordimiento y no dan cuartel; el mejor juego de todos, el mejor de todos para respirarlo y desde luego el mejor de todos para escucharlo, las voces tranquilas y graves y circunspectas para la retrospectiva y los recuerdos y la exactitud entre los trofeos —las escopetas en el armero y las cabezas y las pieles— en las bibliotecas de las casas de la ciudad o en los despachos de las casas de las plantaciones o (lo mejor de todo) en los mismos campamentos donde está colgada la carne intacta y todavía caliente, y los hombres que la han matado se sientan delante de los leños que arden en la chimenea donde hay casas y chimeneas o en torno al resplandor humeante de la leña amontonada delante de las lonas tensas donde no las hay. Siempre había presente una botella, por eso le parecía que aquellos hermosos y ardientes instantes del corazón y del cerebro y del valor y de la astucia y de la presteza estaban concentrados y destilados en aquel oscuro licor que ni las mujeres ni los muchachos ni los niños bebían, sino sólo los cazadores, bebiendo no la sangre vertida por ellos sino alguna condensación del inmortal espíritu selvático, bebiéndolo con moderación, hasta con humildad, no con la baja e infundada esperanza del pagano de adquirir con ello las virtudes de la astucia y la fuerza y la rapidez sino en homenaje a éstas. Así pues, le parecía no sólo natural sino realmente conveniente que aquella mañana de diciembre empezara con whisky.

Más tarde se dio cuenta de que había empezado mucho antes. Había empezado ya

aquel día en que él escribió su edad con dos cifras y su primo McCaslin le llevó por primera vez al campamento, a los grandes bosques, para lograr por sí mismo en la selva el nombre y la condición de cazador siempre que él a su vez fuese lo suficientemente humilde y perseverante. Ya había heredado pues, sin siquiera haberlo visto, el viejo y grande oso con una pata rota en una trampa, que en una superficie de unas cien millas cuadradas se había ganado un nombre, un título determinado igual que un hombre viviente: la interminable leyenda de los graneros destrozados y saqueados, de cochinitos y cerdos grandes y hasta becerros llevados en vilo a los bosques y devorados, y trampas y armadillos derribados y perros despedazados y muertos, y tiros de escopeta y hasta de rifle disparados a quemarropa sin más efecto que el que harían unos guisantes a través de un canuto soplado por un niño, una avenida de ruina y destrucción que se remontaba al tiempo en que el muchacho aún no había nacido, y por la cual avanzaba, no de prisa sino más bien con la cruel e irresistible decisión de una locomotora, la tremenda figura hirsuta. Estuvo en su conocimiento antes aun de que lo hubiese visto. Se aparecía y resaltaba en sus sueños antes aun de haber visto los bosques vírgenes donde había dejado su ganchuda huella, peludo, tremendo, con los ojos rojos, no maligno sino grande, demasiado grande para los perros que trataban de acorralarle, para los caballos que intentaban arrollarle, para los hombres y las balas que éstos le disparaban; demasiado grande para la misma región donde se circunscribían sus actividades. Era como si el muchacho hubiera adivinado ya lo que sus sentimientos y su entendimiento no habían comprendido aún: aquella selva condenada a muerte cuyos bordes eran constante y ferozmente mordisqueados por los arados y las hachas de los hombres que la temían porque era la selva, miles de hombres incluso desconocidos entre sí en la tierra donde el viejo oso se había ganado un nombre, y por la cual no corría siquiera como una bestia mortal sino como un anacronismo indomable e invencible surgido de un tiempo ancestral y muerto, un fantasma, compendio y apoteosis de la antigua vida salvaje que los pequeños y mezquinos humanos acuchillaban en caterva con una furia de odio y temor, como pigmeos en torno a las patas de un elefante dormido; el viejo oso, solitario, indomable, y único, viudo sin hijos y absuelto por la muerte, viejo Príamo privado de la vieja esposa y sobreviviendo a todos sus hijos.

Todavía un niño, con tres años y luego dos años y luego un año aún antes de que él pudiera ser también uno de ellos, cada noviembre quería contemplar cómo el carro que llevaba los perros y las hamacas y la comida y las escopetas y a su primo McCaslin y a Jim de Tennie y a Sam Fathers también hasta que Sam se fue a vivir al campamento, partía hacia el Gran Valle, los grandes bosques. Para él, ellos no iban a la caza del oso y del ciervo sino a mantener una cita anual con el oso al que no pretendían matar. Dos semanas más tarde estaban de regreso sin el trofeo, sin la piel. Él lo esperaba así. Ni siquiera había temido que pudiera estar en el carro con las otras pieles y cabezas. Ni siquiera se había dicho a sí mismo que dentro de tres años, o dos años, o un año más, él podría estar presente y que podía ser su escopeta. Creía que

sólo después de haber hecho su aprendizaje en los bosques y haberse mostrado digno de ser cazador le sería permitido distinguir las ganchudas huellas, y que hasta entonces durante aquellas dos semanas de noviembre él sería simplemente otra figura secundaria, junto a su primo y el mayor de Spain y el general Compson y Walter Ewell y Boon y los perros que temían ladrarle y las escopetas y los rifles que erraban la puntería sin lograr herirle, en la anual y espectacular ceremonia de la fiera inmortalidad del viejo oso.

Su día llegó al fin. En el coche con su primo y el mayor de Spain y el general Compson, vio la selva a través de una lenta llovizna de noviembre, casi helada, como después le pareció que la había visto siempre, al menos como la recordó siempre: el muro alto y sin fin de los tupidos bosques de noviembre bajo la tarde que se desleía y la muerte del año, tétrica, impenetrable (ni siquiera podía discernir cómo, hasta qué punto consideraban ellos posible poder entrar, aunque él sabía que Sam Fathers les estaba esperando allí con el carro), el coche avanzando por entre los esqueléticos tallos de algodón y maíz en el último trecho de campo abierto, los últimos vestigios del mezquino mordisco del hombre en el flanco inmemorial, hasta que, achicado por aquella perspectiva hasta un punto de casi ridícula reducción, el coche mismo pareció haber cesado de moverse (también esto se completaría más tarde, años más tarde, después que se hizo hombre y hubo visto el mar) como una solitaria y pequeña barca suspendida en una retraída inmovilidad, sólo meciéndose arriba y abajo, en la infinita inmensidad del océano mientras el agua y luego la tierra aparentemente impenetrable a la cual se acerca sin perceptible avance se mece lentamente y abre la ancha ensenada donde está el fondeadero. Él entró. Sam estaba esperando, envuelto en una manta sentado en el carro detrás de las pacientes y humeantes mulas. Él entró en el noviciado de la verdadera selva con Sam a su lado, los dos envueltos en la manta húmeda, caliente, con olor del negro mientras la selva cerraba detrás de ellos la puerta que había abierto momentáneamente para recibirle, abriéndose según avanzaba para cerrarse tras su paso, y el carro no seguía una senda determinada sino un paso que no existía diez metros delante de él y dejaba de existir diez metros después que había pasado, y avanzaba no por su propia voluntad sino por la atracción del ambiente, intacta y sin embargo fluida, soñolienta, sorda, casi sin luz.

Le pareció que a la edad de diez años estaba asistiendo a su propio nacimiento. Ni siquiera le era extraño. Había sentido todo eso antes, y no sólo en sueños. Vio el campamento —una cabaña sin pintar de seis habitaciones montada sobre pilotes fuera del alcance de las lluvias de la primavera— y él ya sabía cómo era lo que estaba viendo. Ayudó a arreglar rápidamente el desorden de la llegada y hasta sus movimientos le eran familiares, previstos. Luego, durante dos semanas comió la rústica, rápida comida —el pan amargo y sin forma, la extraña carne silvestre, venado y oso y pavo y coatí, que nunca había probado antes—, lo que los hombres comen, cocinado por hombres que eran primero cazadores y cocineros después; durmió sin sábanas bajo las ásperas mantas como duermen los cazadores. Todas las mañanas el

gris del alba los encontraba a él y a Sam Fathers en el puesto, en la encrucijada que les había sido asignada. Era el más pobre, el más improductivo. Así lo había esperado; ni hablando consigo se había atrevido a esperar que esta primera vez pudiera oír siquiera la carrera de los perros. Pero los había oído. Fue a la tercera mañana: un murmullo sin origen, casi inaudible, si bien reconoció lo que era aunque nunca había oído antes a tantos perros corriendo a la vez, un murmullo que se convirtió en voces individuales y tan claras que pudo distinguir entre los otros a los cinco perros de su primo.

—Ahora —dijo Sam— levanta un poco la escopeta y monta los gatillos y luego permanece quieto.

Pero no le tocaba a él, todavía no. Era el momento de la humildad; él había aprendido eso. Y podía aprender la paciencia. Tenía sólo diez años, sólo una semana. El momento había pasado. Le pareció que realmente podía ver el ciervo, el macho, color de humo, alargado por la velocidad, desvanecido, y los bosques, la gris soledad resonando todavía aun cuando las voces de los perros se habían extinguido; desde muy lejos a través de los lúgubres bosques y de la gris y casi límpida mañana llegaron dos disparos.

—Ahora puedes bajar los gatillos —dijo Sam.

Así lo hizo.

—Tú ya lo sabías —dijo él.

—Sí —dijo Sam—. Quiero que aprendas lo que debes hacer cuando no disparas. Justo después de que la oportunidad para dispararle al oso o al ciervo ha llegado y pasado es cuando mueren los hombres y los perros.

—De todos modos, no era él —dijo el muchacho—. Ni siquiera era un oso. Era sólo un gamo.

—Sí —dijo Sam—. Era sólo un gamo.

Luego, una mañana, fue en la segunda semana, de nuevo oyó los perros. Esta vez antes aun de que Sam hablase él preparó la escopeta demasiado larga, demasiado pesada, de hombre, como Sam le había enseñado, aunque esta vez sabía que los perros y el gamo se acercarían menos que nunca, apenas si se les ola. Nunca hasta entonces había oído a los perros hacer aquel ruido cuando corrían. Luego se dio cuenta de que Sam, que le había enseñado que lo primordial era armar la escopeta, tomar una posición en la que pudiese ver en todas direcciones lo mejor posible y permanecer inmóvil, se había movido acercándosele.

—Allí —le dijo—; escucha.

El muchacho escuchó no un resonante coro fuerte y presuroso sobre el rastro libre, sino unos ladridos afanosos una octava demasiado altos y con algo más que indecisión y aun cobardía que él todavía no podía reconocer, reacios, algo que ni siquiera se movía muy de prisa, que tardaba mucho tiempo en desvanecerse en el oído, dejando luego en el aire ese eco de sutil y casi humano histerismo, despreciable, casi lastimero, y con nada por delante, ninguna sensación de una forma color de

humo en fuga e inadvertida. Podía oír a Sam respirando sobre su hombro. Vio la curva dilatada de las narices del viejo.

—¡Es Old Ben! —exclamó en un susurro.

Sam no se movía excepto el lento y paulatino gesto de la cabeza hacia las voces que se desvanecían y el leve y constante y rápido arqueado y contraimiento de las narices.

—Ah —dijo—. Ni siquiera corre. Camina.

—Pero ¡aquí arriba! —exclamó el muchacho—. ¡Por esta parte!

—Lo hace todos los años —dijo Sam—. Una vez. Ash y Boon dicen que sube para advertir a los oseznos. Para decirles que se vayan corriendo lejos de aquí, y que permanezcan alejados hasta que los cazadores se hayan ido. Quizá.

El muchacho ya no le oía; no obstante, la cabeza de Sam continuó girando gradual y constantemente hasta que le dirigió la nuca. Luego se volvió y le miró: la misma cara, grave, familiar, sin expresión hasta que sonreía, los mismos ojos de viejo en los que, a medida que él los observaba, se desvanecía lentamente un reflejo oscuro y rabiosamente rutilante, apasionado y orgulloso.

—Se preocupa tanto de los osos como de los perros o los hombres. Viene a ver quién está aquí, quién hay de nuevo este año en el campamento, si puede matar o no, si va a quedarse o no. Si hemos traído el perro capaz de acorralarle y contenerle hasta que llegue un hombre con un fusil. Porque él es el oso jefe. Es el macho. —Se desvaneció, se fue; de nuevo eran los ojos que él había conocido toda su vida—. Les permitirá que le sigan hasta el río. Luego los mandará a casa. Podemos irnos también nosotros; veremos qué aspecto tienen cuando vuelvan al campamento.

Los perros fueron los primeros, diez de ellos se arracimaron bajo la cocina, y él y Sam se agacharon para escudriñar dentro de la oscuridad donde estaban acurrucados, inmóviles, los ojos inquietos y luminosos apagándose, y ningún ruido, sólo aquel hálito que el muchacho no podía identificar, de algo que era más que un perro, más fuerte que el de un perro y no precisamente animal, no precisamente de bestia. Porque no había habido nada delante de aquel abyecto y acongojado ladrido sino la soledad, la selva, así que cuando el undécimo regresó a eso de media tarde y él y Jim de Tennie sujetaron la perra pasiva y todavía temblorosa mientras Sam le untaba con trementina y grasa de enebro la oreja desgarrada y el lomo despellejado, seguía sin haber ninguna criatura viviente sino sólo la selva que, incorporándose por un momento, la había golpeado ligeramente por su temeridad.

—Igual que un hombre —dijo Sam—. Igual que las personas. Ha procurado evitar tanto como ha podido tener que mostrarse valiente, a sabiendas de que un día u otro tendría que hacerlo de una vez para poder continuar llamándose perro, y sabiendo de antemano lo que le iba a suceder cuando lo hiciese.

No supo cuándo los dejó Sam. Sólo supo que se había ido. Las tres mañanas siguientes se levantó y tomó su desayuno y Sam no estaba esperándole. Fue a su puesto solo; lo encontró sin ayuda y permaneció allí como Sam le había enseñado. A

la tercera mañana oyó los perros de nuevo, corriendo otra vez impetuosos y desenfrenados tras una pista segura, y él armó la escopeta como había aprendido a hacer y oyó la caza pasar rápidamente más allá ya que él no estaba preparado a pesar de todo, y todavía no merecía otra cosa en sólo un corto espacio de dos semanas en comparación con toda la vida que ya había consagrado a la selva con paciencia y humildad; oyó el disparo de nuevo, un disparo, singular y retumbante estampido del rifle de Walter Ewell. Ahora no sólo podía encontrar su puesto y volver luego al campamento sin guía, sino que usando la brújula que su primo le había dado llegó al lugar donde Walter estaba esperando junto al ciervo y los perros se afanaban en torno a las entrañas antes que ninguno de los otros, excepto el mayor de Spain y Jim de Tennie a caballo, antes siquiera de que llegase tío Ash con una mula del carro, tuerta, a la que no le importaba el olor de la sangre, ni siquiera, a lo que se decía, el del oso.

No iba el tío Ash sobre la mula. Iba Sam, de regreso. Y Sam estaba esperando cuando él terminó de almorzar, y él sobre la mula tuerta y Sam sobre la otra pareja del carro marcharon durante más de tres horas a través de la corta tarde sin sol, sin seguir ningún sendero, ningún rastro que él pudiese reconocer, por una parte de la región que nunca había visto antes. Luego comprendió por qué Sam le había hecho montar la mula tuerta que no se espantaba del olor de la sangre, de los animales salvajes. La otra, la cabal, se paró de golpe y trató de girar y salir como una exhalación cuando Sam desmontó, y tiró desesperadamente de las riendas al tiempo que Sam la sujetaba, haciéndola avanzar con la dulzura de su voz, ya que no se atrevía a atarla, tirando de ella hacia adelante mientras el muchacho desmontaba de la mutilada que estaba quieta. Luego, de pie junto a Sam en la densa y profunda tenebrosidad del viejo bosque y de la mortecina tarde invernal, miró en silencio el tronco podrido marcado y surcado de estrías de garras y, a su lado, en la tierra húmeda, las huellas de la enorme pata torcida, con dos dedos solamente. Entonces comprendió lo que había oído en las voces de los perros aquella mañana en el bosque y lo que había olido cuando escudriñó debajo de la cocina donde se habían acurrucado. Lo sentía él también, con una pequeña diferencia porque ellos eran bestias y él no, pero sólo una pequeña diferencia; una ansiedad pasiva, un abatimiento, una sensación de su propia fragilidad e impotencia frente a los bosques sin tiempo y también sin incertidumbre o temor; un sabor como de cobre en el repentino fluir de la saliva en la boca, una penosa y aguda contracción en el cerebro o en el estómago, no podía decir en dónde y no importaba; supo únicamente que por primera vez comprendía que el animal que corría en sus oídos y aparecía en sus sueños desde mucho antes de lo que podía recordar y por lo tanto debía haber existido en los oídos y en los sueños de su primo y del mayor de Spain y hasta del viejo general Compson antes de lo que ellos a su vez pudieran recordar, era una bestia mortal y que ellos partían hacia el campamento cada mes de noviembre no con la verdadera intención de matarlo, no porque no se le pudiera matar, sino porque hasta entonces no tenían ninguna esperanza real de ser capaces de lograrlo.

—Será mañana —dijo.

—Quieres decir que lo intentaremos mañana —dijo Sam—. No tenemos el perro todavía.

—Tenemos once —dijo él—. Le corrieron el lunes.

—Y tú los oíste —dijo Sam—. Los viste, también. No tenemos el perro todavía. Sólo haría falta uno. Pero no está aquí. Tal vez no esté en ninguna parte. El otro único medio sería que tropezase por casualidad con alguien que tuviera una escopeta y supiera cómo disparar con ella.

—Ése no sería yo —dijo el muchacho—. Sería Walter o el mayor o...

—Quizá —dijo Sam—. Mira muy atento mañana. Porque es listo. Por eso ha llegado a vivir tanto tiempo. Si se encuentra cercado y tiene que elegir a alguien para pasarle por encima, te elegirá a ti.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Cómo sabrá...? —Se interrumpió—. Quieres decir que él ya me conoce, a mí que no he estado nunca en el gran valle, antes de ahora, y no ha tenido tiempo todavía de descubrir si yo... —Se interrumpió otra vez, mirando fijamente a Sam; dijo con humildad, ni siquiera asombrado—: Sería a mí a quien él miraría. Creo que no necesitaría venir sino una vez.

—Observa mañana —dijo Sam—. Creo que es mejor que regresemos. Oscurecerá antes de que lleguemos al campamento.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha tres horas antes de lo habitual. Fue hasta el tío Ash, el cocinero, el que se designaba a sí mismo cocinero de campaña y que hacía poco más que ser cocinero en las partidas de caza y campo del mayor de Spain, pero que, sin embargo, había sido marcado por la selva por simple yuxtaposición hasta que correspondió como hicieron todos ellos, hasta el muchacho que dos semanas antes no había visto nunca la selva, ni las orejas y el lomo desgarrados de un perro, ni las huellas de una pata retorcida en un trozo de tierra húmeda. Cabalgaron. Era demasiado lejos para ir andando: el muchacho y Sam y tío Ash en el carro con los perros, su primo y el mayor de Spain y el general Compson y Boon y Walter y Jim de Tennie montando en parejas los caballos; de nuevo la primera luz gris lo halló, como en aquella primera mañana hacía dos semanas, en el puesto donde Sam lo había instalado y lo había dejado. Con la escopeta que era demasiado grande para él, el arma de retrocarga que ni siquiera le pertenecía, sino al mayor de Spain, y que él había disparado una sola vez, tirando el primer día contra un tronco para aprender la reculada y cómo cargarlo de nuevo con cartuchos de cartón, se quedó de pie apoyado contra un gran árbol resinoso junto a un pequeño riachuelo pantanoso cuya agua siempre negra se deslizaba sin corriente fuera de un cañaveral, a través de un pequeño claro y de nuevo dentro del cañaveral, donde, invisible, un pájaro, el gran pájaro carpintero llamado por los negros Señor de Dios, repiqueteaba en un tronco muerto. Era un puesto como otro puesto cualquiera, diferenciándose sólo en pequeños detalles de aquél en que había estado todas las mañanas durante dos semanas; una comarca nueva para él aunque no menos familiar que aquella otra a la

que después de dos semanas había llegado a creer que conocía un poco: la misma soledad, el mismo aislamiento a través del cual el hombre débil y temeroso había pasado simplemente sin alterarlo, sin dejar ni señal ni cicatriz, que parecía exactamente como debía parecer cuando los primeros antepasados de los ascendientes chickasaw de Sam Fathers se introdujeron allí y miraron a su alrededor, garros o hachas de piedra, o arcos y flechas preparados, diferente únicamente porque, agachado al lado de la cocina, había olfateado los perros amontonados e indignos y vio la oreja y el lomo despellejados de la perra que, como Sam había dicho, tuvo que ser valiente una vez para seguir llamándose perro, y vio el día anterior en la tierra, al lado del tronco surcado de arañazos, la huella de una pata viviente. No oía a los perros. Realmente no los oía ya. Sólo oyó que el martilleo del pájaro carpintero cesó de repente, y supo que el oso le estaba mirando. Él no lo veía. No sabía desde dónde le estaba mirando, si desde el cañaveral o detrás de él. No se movió, sosteniendo la inútil escopeta con la que ya sabía que no le dispararía, ni ahora ni nunca, notando en su saliva aquel sabor a cobre que había percibido en los perros amontonados cuando escudriñó debajo de la cocina.

Luego se había ido. Tan bruscamente como se detuvo, el seco martilleo del pájaro carpintero comenzó de nuevo, y pasado un momento creyó incluso que oía los perros, un murmullo, apenas ni siquiera un sonido, que probablemente había oído por un momento, tal vez uno o dos minutos, antes de notarlo, introduciéndose lejos. No se acercaron a él, ni mucho menos. Si eran perros lo que él oía, no hubiera podido jurarlo; si era un oso lo que ellos corrían, era otro oso. Fue Sam quien surgió del cañaveral y cruzó el riachuelo, la perra herida pegada a sus talones como un perro cobrador debe andar. La perra llegó junto a él y se acurrucó temblando contra sus piernas.

—Yo no lo he visto —dijo—. No lo he visto, Sam.

—Lo sé —dijo Sam—. Ha sido él el que ha mirado. Tú ni siquiera le has oído, ¿verdad?

—No —dijo el muchacho—. Yo...

—Es listo —dijo Sam—. Muy listo.

De nuevo el muchacho vio en sus ojos aquel reflejo oscuro y acariciador y radiante mientras Sam miraba la perra que se apoyaba con un ligero y persistente temblor contra las piernas del muchacho. De su lomo herido brotaban algunas gotas de sangre fresca como bayas brillantes.

—Demasiado grande. No tenemos aún el perro. Pero quizá algún día.

Porque estarían allí una próxima vez, y otra y otra. Él sólo tenía diez años. Le parecía que podía verlos, a ellos dos, como sombras en el limbo del que el tiempo había surgido y se había convertido en tiempo: el viejo oso absuelto por la muerte y él mismo compartiendo una pequeña parte de ello. Porque él reconocía lo que había olfateado en los perros arracimados y probado en su propia saliva, reconocía el miedo como un muchacho, un joven, reconoce la existencia del amor y la pasión y la

experiencia que es su herencia pero no su patrimonio todavía, al encontrarse por casualidad en presencia, o tal vez hasta sencillamente al entrar en la alcoba, de una mujer que ha amado y ha sido amada por muchos hombres. *Así pues tendré que verle*, pensó, sin temor ni esperanza. *Tendré que verle*. De modo que fue en junio del verano siguiente. Se hallaban de nuevo en el campamento celebrando los cumpleaños del mayor de Spain y del general Compson. Aunque uno había nacido en septiembre y el otro en pleno invierno y casi treinta años antes, cada mes de junio ellos dos y McCaslin y Boon y Walter Ewell (y el muchacho también, en adelante) pasaban dos semanas en el campamento, pescando y disparando a las ardillas y los pavos y persiguiendo coatíes y gatos salvajes de noche con los perros. Esto es, Boon y los negros (y también el muchacho) pescaban y disparaban a las ardillas y perseguían a los coatíes y a los gatos, porque los cazadores experimentados, no sólo el mayor de Spain y el viejo general Compson (quien se pasaba las dos semanas sentado en una mecedora delante de una enorme olla de hierro de estofado de gallina, conejo y ardilla con verduras, meneándolo y probándolo, disputando con tío Ash acerca de cómo lo estaba haciendo, y Jim de Tennie sirviéndose whisky en un cucharón de estaño y bebiéndoselo), sino hasta McCaslin y Walter Ewell, que todavía eran bastante jóvenes, sólo disparaban a los pavos silvestres por apuesta o por probar su buena puntería.

Esto es, su primo McCaslin y los otros creían que él estaba cazando ardillas. Hasta la tercera noche creyó que Sam Fathers pensaba lo mismo. Todas las mañanas dejaba el campamento inmediatamente después de desayunar. Tenía un fusil propio, un fusil que se cargaba por detrás, un regalo de Navidad; lo conservaría y dispararía con él durante casi setenta años, y llegaría a su fin después de recibir dos nuevos pares de cañones y de llaves y una nueva culata, hasta que todo lo que quedase del fusil original fuese el guardamonte incrustado de plata con los nombres del él y de McCaslin grabados y la fecha, 1878. Encontró el árbol cerca del pequeño riachuelo junto al que había estado aquella mañana. Sirviéndose de la brújula amplió su exploración desde aquel punto; se estaba enseñando a sí mismo a ser algo más que un vulgar leñador sin saber siquiera lo que estaba haciendo. Al tercer día encontró el tronco hendido donde por primera vez había visto la huella. Estaba ya casi completamente desmoronado, acoplándose con increíble rapidez, con una apasionada y casi visible renuncia, al retorno a la tierra donde el árbol había crecido. Recorría los bosques en verano, en una verde penumbra, realmente más oscuros de lo que habían estado en el gris diluido de noviembre, cuando hasta mediodía el sol caía sin fuerza salpicando la tierra que no estaba nunca completamente seca y por la que se arrastraban los reptiles: mocasines y serpientes de agua y serpientes de cascabel del mismo color de la sombra moteada de sol de modo que no siempre las veía hasta que se movían; volvía al campamento tarde, cada vez más tarde, el primer día, el segundo, y pasó el crepúsculo del tercer día junto al cercado que rodeaba el establo de troncos donde Sam guardaba las bestias por la noche.

—Todavía no has mirado como es debido —dijo Sam.

Él se detuvo. Por un momento no contestó. Luego dijo tranquilamente, con una súbita y tranquila embestida, como cuando un embalse en miniatura construido por un niño en un arroyuelo se rompe:

—Está bien. Sí. Pero ¿por qué? Fui al riachuelo. Hasta encontré aquel tronco. Yo...

—Me parece que todo eso está bien. Probablemente ha estado observándote. ¿Has visto sus huellas?

—Yo... —dijo el muchacho—. No... No pensé...

—Es el fusil —dijo Sam.

Estaban de pie al lado de la valla, inmóviles, el viejo, hijo de una esclava negra y de un jefe chickasaw, con sus deteriorados y desteñidos pantalones y el deshilachado sombrero de paja de cincuenta centavos que había sido el distintivo de los esclavos negros y era entonces la insignia de su independencia. El campamento —el claro, la casa, el establo y las escasas tierras que el mayor de Spain había ido ganando poco a poco mezquina e inestablemente a la selva— desdibujándose en la oscuridad, en la oscuridad inmemorial de los bosques. *El fusil*, pensó el muchacho. *El fusil*.

—Tendrás que elegir —dijo Sam.

Partió a la mañana siguiente antes de amanecer, sin desayunar, mucho antes de que tío Ash se hubiera despertado bajo sus cobertores sobre el piso de la cocina y hubiera encendido el fuego. Llevaba sólo la brújula y un bastón para las serpientes. Podía andar casi una milla sin necesidad de mirar la brújula. Se sentó en un tronco, con la invisible brújula en la mano, mientras los misteriosos ruidos de la noche que habían cesado a su paso, se deslizaban de nuevo; luego cesaron definitivamente y las lechuzas enmudecieron y cedieron el puesto a los pájaros diurnos que se estaban despertando y se hizo la luz en el bosque húmedo y gris y él pudo ver la brújula. Continuó de prisa pero tranquilo y a cada momento que pasaba era más profundamente un hombre de los bosques sin ni siquiera tener tiempo para darse cuenta de ello; saltaron un gamo y un cervatillo, que salían del lecho, bastante cerca para verlos: el crujido de la maleza, la cola blanca, el cervatillo corriendo detrás, más de prisa de lo que él creía que podía correr. Seguía derecho, la cara al viento, como Sam le había enseñado, pero eso ya no importaba. Había dejado el fusil; por su propia voluntad y a elección suya había aceptado no un cambio, no una elección, sino una condición en la que no sólo el anonimato hasta entonces inviolable del oso sino todas las antiguas normas y el equilibrio entre el cazador y el cazado habían sido abolidas. Él no tendría miedo, ni siquiera en el momento en que el miedo se apoderara de él por completo: sangre, piel, entrañas, huesos, recuerdos de mucho antes de que ni siquiera llegaran a ser recuerdos; todo salvo la fina, clara, inextinguible lucidez que era lo único que le diferenciaba de aquel oso y de todos los otros osos y ciervos que habría de perseguir durante casi setenta años, tal como Sam había dicho: «Asústate. No puedes evitarlo. Pero no tengas miedo. No hay nada en los bosques que pueda

hacerte daño si tú no lo acorralas o si no olfatea que tú tienes miedo. Un oso o un ciervo llegan a asustarse de un cobarde, lo mismo que un hombre valiente puede llegar a sentir miedo.»

Al mediodía había sobrepasado el cruce del pequeño riachuelo, y se hallaba en una zona nueva y desconocida más allá de lo que había llegado nunca, y avanzaba sirviéndose no sólo de la brújula sino del viejo, pesado, macizo reloj de plata que había sido de su padre. Había dejado el campamento hacía nueve horas, cuando regresara haría ya más de una que habría oscurecido. Se detuvo, por primera vez desde que se había levantado del tronco después de haber podido al fin ver la brújula, y miró a su alrededor, enjugándose con la manga la cara sudada. Ya había dejado tras de sí, por su voluntad, obedeciendo a su deseo, con plena humildad y en paz y sin remordimiento, el fusil; y, sin embargo, el hecho de haber dejado el fusil no era suficiente. Permaneció quieto durante un momento: un niño, extraño y perdido en la penumbra verde y empinada de la selva virgen. Luego se entregó totalmente a ella. Se trataba del reloj y la brújula. Todavía estaba infectado. Desprendió de sus pantalones la cadena del uno y la correa de la otra y los colgó de un arbusto y apoyó el bastón junto a éste y avanzó.

Cuando se dio cuenta de que se había perdido, hizo lo que Sam le había enseñado e inculcado: recorrió un círculo que cortase el camino recorrido. No anduvo muy de prisa en las últimas dos o tres horas, y hasta había ido más lentamente desde que dejó la brújula y el reloj en el arbusto. De modo que fue todavía más despacio, ya que el árbol no podía estar muy lejos; en efecto, lo encontró antes de lo que verdaderamente esperaba y se volvió y fue hacia él. Pero no había ningún arbusto debajo del árbol, ni la brújula ni el reloj, y así hizo de nuevo como Sam le había enseñado e inculcado: trazó otro círculo en dirección opuesta y mucho más grande, de modo que cruzara el camino andado en alguna parte, pero no halló rastro ni huellas de sus pies ni de ningún pie, y entonces empezó a andar más de prisa aunque sin miedo todavía, su corazón palpitaba un poco más acelerado pero bastante fuerte y rítmicamente, y esta vez no sólo no encontró el árbol sino que llegó a un tronco derribado que no había visto antes al lado del cual se extendía un pequeño pantano, una filtración de humedad que era algo entre tierra y agua, y él hizo como última cosa lo que Sam le había enseñado e inculcado, y al sentarse en el tronco vio la huella deforme, la muesca retorcida en el terreno húmedo, y mientras la miraba continuaba llenándose de agua hasta que estuvo colmada y el agua llegó a rebosar y los bordes de la huella empezaron a derretirse. Según levantó la vista vio otra, y al moverse, otra al otro lado; anduvo, sin apresurarse, sin correr, sino simplemente ajustando el paso con aquéllas según iban apareciendo delante de él como si fueran formadas por el aire sutil apenas un paso antes de donde las hubiera perdido para siempre y se hubiera perdido para siempre él mismo, infatigable, ansioso, sin dudas ni temor, con un ligero jadear que cubría el repiqueteo de su corazón, hasta llegar repentinamente a un pequeño calvero donde la selva se había fundido. Le saltaron a la vista sólidos y

silenciosos: el árbol, el arbusto, la brújula y el reloj, brillando donde un rayo de sol los tocaba. Luego vio al oso. No surgió, apareció: estaba allí, inmóvil, como esculpido en la cálida luz moteada del mediodía verde y sin viento, no tan grande como había soñado pero tan grande como esperaba, enorme, informe contra la moteada oscuridad, mirándole. Luego se movió. Atravesó el calvero sin prisa, andando por un instante dentro de la plena luz del sol y saliendo de ella, y se detuvo otra vez y miró hacia atrás, hacia él, por encima del hombro. Luego se fue. No anduvo hacia los bosques. Se esfumó, desapareció en la selva sin un gesto, como él había visto a un pez, un enorme y viejo róbalo, sumergirse dentro de las oscuras profundidades de un remanso y desvanecerse sin el menor movimiento de las aletas.

2

Así pues, él debía haber odiado y temido a Lion. Tenía entonces trece años. Había matado su ciervo y Sam Fathers había marcado su cara con la sangre caliente, y al noviembre siguiente mató un oso. Pero antes de esa consagración había llegado a ser tan competente en el conocimiento de los bosques como muchos hombres mayores con más experiencia. No había región a veinticinco millas del campamento que él no conociera: riachuelos, sierras, mojones, árboles y sendas; hubiera podido guiar a cualquiera directamente al sitio que fuera y traerlo de vuelta. Conocía rastros de caza que ni siquiera Sam Fathers había visto nunca; en el tercer otoño encontró él solo el lugar donde dormía un ciervo y sin que lo supiese su primo le pidió prestado a Walter Ewell su fusil, y permaneció a la espera de su presa al amanecer y la mató cuando volvía para acostarse, como Sam le había dicho que hacían los viejos padres chickasaw.

Ya conocía las huellas del viejo oso mejor que las suyas propias, y no sólo la retorcida. Podía ver la huella de cualquiera de las tres patas sanas y distinguirlas en seguida de cualquier otra, y no sólo por su tamaño. Había otros osos en aquellas cincuenta millas que dejaban huellas casi tan grandes, o al menos tan exactas que hubiera sido necesario yuxtaponerlas para saber cuál era mayor. Era más que eso. Si Sam Fathers había sido su mentor y la caza de conejos y ardillas su jardín de infancia, luego la selva recorrida por el viejo oso fue su universidad.

Podía encontrar la huella retorcida siempre que lo deseara, a diez millas o a cinco millas del campamento y algunas veces más cerca. En dos ocasiones mientras estaba al acecho durante los últimos tres años oyó los perros que tropezaban con aquella pista, y una vez por casualidad hasta cayeron sobre él, las voces altas, miserables, casi humanas en su histeria. Un día, también cazando con el rifle de Walter Ewell, le vio atravesar un largo pasadizo de árboles derribados por donde había pasado un tornado. Avanzaba precipitadamente a través de la maraña de troncos y ramas como lo hubiera hecho una locomotora, moviéndose más de prisa de lo que él había creído posible, más veloz que un ciervo incluso porque un ciervo habría pasado la mayor parte de aquella distancia en el aire; entonces se dio cuenta de por qué se necesitaría un perro no sólo de valor excepcional sino de tamaño y rapidez también excepcionales que le pudiese hacer frente. Él tenía un perrito en casa, un cruzado, de esa clase que los negros llaman «fyce», un ratonero, él mismo no mucho mayor que una rata, y que poseía esa especie de valor que deja de ser valentía para convertirse en temeridad. Lo llevó consigo un mes de junio y, cronometrándose como si fuera a una cita con otro ser humano, él mismo llevaba al «fyce» con la cabeza envuelta en un saco y Sam Fathers una pareja de perros de caza sujetos a una traílla; se apostaron con el viento a favor del rastro y al fin sorprendieron al oso. Estaban tan cerca que se volvió para hacerles frente, aunque él comprendió más tarde que eso podía haber sido por la sorpresa y el asombro ante el agudo y frenético aullar del «fyce». Acorralado,

se volvió apoyándose contra el tronco de un gran ciprés, sobre sus patas posteriores; le parecía que nunca iba a cesar de elevarse, cada vez más alto, y hasta los dos perros de caza parecían haber tomado del «fyce» una especie de desesperado y desesperante valor. Luego se dio cuenta de que el «fyce» no iba a detenerse. Tiró la escopeta y corrió. Cuando alcanzó y cogió al perrillo que alborotaba aguda y frenéticamente, le pareció que estaba directamente debajo del oso. Pudo sentir su olor, fuerte y caliente y fétido. Agachándose, miró hacia arriba, hacia donde descollaba y resaltaba sobre él como un trueno. Le resultó familiar, hasta que se acordó: era igual como aparecía en sus sueños.

Luego se esfumó. No lo vio irse. Permaneció de rodillas, sujetando con ambas manos al perrito frenético, escuchando el humilde quejido de los dos perros de caza cada vez más lejos, hasta que apareció Sam trayendo la escopeta. La colocó en silencio al lado del muchacho y se quedó de pie, mirándole.

—Ya lo has visto dos veces con el fusil en las manos —dijo—. Esta vez no hubieras podido fallar.

El muchacho se levantó. Todavía sostenía al «fyce». Aun en sus brazos éste seguía ladrando desesperadamente, agitándose y ladeándose hacia el rumor cada vez más apagado de los perros, como un manojo de nervios. El muchacho jadeaba un poco.

—Tampoco tú has podido —dijo—. Tú tenías la escopeta. ¿Por qué no le has disparado?

Sam pareció no oírle. Extendió la mano y tocó al perro que estaba en los brazos del muchacho y que seguía ladrando y retorciéndose aunque los dos perros de caza no se oyesen ya.

—Se ha ido —dijo Sam—. Puedes tranquilizarte y descansar ahora, hasta la próxima vez. —Acarició al perrito hasta que empezó a calmarse bajo su mano—. Tú eres casi lo que necesitamos —dijo—. Pero no eres lo bastante grande. Todavía no hemos encontrado el que nos conviene. Debe ser algo más grande que listo, y algo más valiente que estas dos cosas. —Apartó la mano de la cabeza del «fyce» y se quedó mirando hacia el bosque donde el oso y los perros habían desaparecido—. Alguien lo hará, algún día.

—Lo sé —dijo el muchacho—. Por eso debe ser uno de nosotros. Así que no será hasta el último día. Cuando ni él mismo quiera que dure más tiempo.

Por eso debía haber odiado y temido a Lion. Fue el cuarto verano, la cuarta vez que tomó parte en la celebración del cumpleaños del mayor de Spain y del general Compson. A principios de la primavera la yegua del mayor de Spain parió un potro. Una tarde, cuando Sam llevó los caballos y las mulas al establo para la noche, echó de menos el potro y todo lo que pudo hacer fue encerrar la yegua enfurecida con los otros. Había pensado al principio hacer que la yegua le llevase hacia donde había debido separarse del potro. Pero ella no quería. No señalaba hacia ninguna parte concreta de los bosques ni avanzaba en una dirección determinada. Corría en

círculos, simplemente, como si no viese, furiosa por el terror. Una vez se revolvió y se lanzó sobre Sam, como si le acometiese en un último gesto de desesperación, como si por el momento no pudiera darse cuenta de que era un hombre muy conocido de ella. Al fin pudo hacerla entrar con las demás. Estaba demasiado oscuro para rehacer el camino recorrido por la yegua, para descubrir la caprichosa ruta que sin duda habría seguido.

Fue a la casa y se lo contó al mayor de Spain. Era un animal, naturalmente, un gran animal, y el potro ahora estaba muerto, dondequiera que estuviese. Esto lo sabían todos.

—Es una pantera —dijo el general Compson en seguida—. La misma. La de la gama y el cervatillo del pasado marzo.

Sam se lo había mandado decir al mayor de Spain cuando Boon Hogganbeck fue al campamento en su visita acostumbrada para ver cómo había pasado el invierno el ganado; la gama tenía el cuello destrozado, y la bestia persiguió al desvalido cervatillo y lo mató también.

—Sam nunca dijo que fuera una pantera —dijo el mayor de Spain.

Sam no decía nada, permanecía detrás del mayor de Spain mientras todos estaban sentados cenando, inescrutable, como si estuviera esperando que ellos dejaran de hablar para poder irse a su casa. Ni siquiera parecía mirar nada en concreto.

—Una pantera podría saltar sobre una gama, y no tendría mucha dificultad en atrapar después al cervatillo. Pero ninguna pantera se abalanzaría sobre ese potro con la madre allí, junto a él. Ha sido Old Ben —dijo el mayor de Spain—. Me ha defraudado. Ha violado las reglas. No pensé que haría algo así. Ha matado a mis perros y a los de McCaslin, pero eso era justo. Apostamos los perros contra él; nos avisamos mutuamente. Pero ahora ha venido a mi casa y ha destrozado mi propiedad, y fuera de estación además. El viola las reglas. Ha sido Old Ben, Sam. —Sam seguía sin decir nada, continuaba de pie hasta que el mayor de Spain acabara de hablar—. Mañana volveremos a hacer el recorrido de la yegua y veremos —dijo el mayor de Spain.

Sam se marchó. No quería vivir en el campamento; se había construido él mismo una cabaña parecida a la de Joe Baker, sólo que más sólida, más firme, junto al riachuelo un cuarto de milla más allá, y una casucha de fuertes troncos donde guardaba un poco de maíz para los cochinitos que criaba todos los años. Al día siguiente cuando se levantaron Sam les estaba esperando. Ya había encontrado el potro. Ni siquiera esperaron a desayunar. No tuvieron que ir lejos, a menos de quinientas yardas del establo el potro de tres meses estaba echado de lado, el cuello desgarrado y las entrañas y un anca devoradas en parte. Yacía no como si se hubiera caído, sino como si hubiese sido golpeado y arrojado, y ningún arañazo, ninguna señal de garras donde la pantera se había aferrado mientras buscaba la garganta. Reconocieron las huellas de la yegua desesperada cuando se había vuelto para lanzarse con la misma postrera desesperación con que se había precipitado sobre Sam

Fathers el día antes por la tarde, y el largo rastro donde corrían el terror y la muerte, y el de la bestia que ni siquiera se había abalanzado sobre la yegua según ella avanzaba sino que simplemente había andado tres o cuatro pasos hacia ella hasta que huyó, y el general Compson dijo:

—¡Buen Dios, qué lobo!

Sin embargo, Sam no dijo nada. El muchacho le observó mientras los hombres se arrodillaban midiendo las huellas. Algo había en el rostro de Sam. No era ni triunfo, ni alegría ni esperanza. Más tarde, ya hombre, el muchacho comprendió lo que era, y que Sam había sabido siempre quién había dejado las huellas y quién había desgarrado la garganta de la gama en la primavera y quién había matado al cervatillo. El rostro de Sam aquella mañana manifestaba que lo sabía de antemano. *Y él estaba contento* —se dijo a sí mismo—. *Era viejo. No tenía hijos ni parientes, nadie de su sangre en ninguna parte de la tierra con quien hubiera podido encontrarse de nuevo. Y aunque esto hubiera sido posible, no habría podido tocarles ni hablarles porque durante setenta años había tenido que ser como un negro. Ahora ya estaba casi acabado, y estaba contento.*

Volvieron al campamento y desayunaron y salieron otra vez con las escopetas y los perros. Después el muchacho comprendió que también ellos debían haber sabido igual que Sam Fathers quién había atacado al potro. Pero no fue aquélla la primera ni la última vez que veía a los hombres razonar y hasta actuar basándose en sus errores. Después Boon, a horcajadas sobre el potro, alejó a los perros fustigándolos con su correa, y éstos empezaron a olfatear la pista. Uno de ellos, un joven perro de caza sin juicio todavía, ladró una vez, y todos corrieron unos pocos pasos por donde parecía haber una pista. Luego se detuvieron, volvieron la cabeza hacia los hombres, anhelantes, no chasqueados, sino simplemente interrogativos, como si estuvieran preguntando: «¿Y ahora qué?» Después volvieron a precipitarse sobre el potro, donde Boon, todavía a horcajadas sobre él, les dio de latigazos con su correa.

—Nunca creí que una pista pudiera enfriarse tan de prisa —dijo el general Compson.

—Tal vez un lobo lo bastante grande para matar a un potro con la madre al lado no deje rastro —dijo el mayor de Spain.

—Tal vez fuera un aparecido —dijo Walter Ewell. Miró a Jim de Tennie—. ¿Eh, Jim?

Como los perros no querían seguir el rastro, el mayor de Spain hizo que Sam buscara la pista, que estaba cien yardas más allá, y azuzaron a los perros de nuevo y de nuevo el perro joven ladró y ninguno de ellos se dio cuenta entonces de que no ladraba como un perro que levanta la caza sino furiosamente, como un perro guardián cuando en su patio entra un extraño. El general Compson se dirigió al muchacho y a Boon y a Jim de Tennie: a los cazadores de ardillas.

—Muchachos, esta mañana tened a los perros con vosotros. Probablemente está rondando por algún sitio, esperando desayunarse el potro. Podéis tropezar con él.

Pero no tropezaron. El muchacho recordó cómo Sam se quedó observándolos cuando penetraron en el bosque con los perros en traílla: el rostro indio en el que él nunca veía nada hasta que sonreía, salvo el leve arqueado de las narices aquella primera mañana cuando los perros encontraron a Old Ben. Se llevaron los perros con ellos al día siguiente, pero cuando llegaron al sitio donde esperaban dar con una pista fresca, el cadáver del potro había desaparecido. Luego, la tercera mañana, Sam estaba esperándoles de nuevo, esta vez hasta que ellos acabaron de desayunar. Dijo:

—Vengan.

Los condujo a su casa, a su pequeña cabaña, al granero que estaba detrás de ella. Había quitado el maíz y había hecho una trampa de la puerta, poniendo como cebo la carroña del potro; escudriñando por entre los troncos, vieron un animal casi del color del cañón de una escopeta o una pistola, el poco tiempo que pudieron examinar su color o su forma. No estaba acurrucado ni tampoco de pie. Estaba moviéndose en el aire, yendo hacia ellos, un cuerpo pesado estrellándose con una fuerza tremenda contra la puerta, tan tremenda que la pesada puerta saltaba y se estremecía en su armazón, y el animal, cualquiera que fuese, se arrojaba de nuevo contra la puerta antes de que aparentemente hubiera podido tocar el suelo y tomar nuevo impulso.

—Apártense —dijo Sam— antes de que se rompa el cuello.

Aun después de haberse retirado los fuertes y acompasados golpes continuaron, la sólida puerta estremeciéndose y entrechocando cada vez, y sin embargo ningún sonido salía de la bestia, ningún gruñido, ningún aullido.

—¿Cómo diablos se llama eso? —dijo el mayor de Spain.

—Es un perro —dijo Sam, y sus narices se arqueaban y se contraían leve y constantemente y en sus ojos había de nuevo la tenue y vehemente blancura lechosa como en aquella primera mañana cuando los perros habían tropezado con el viejo oso —. Es el perro.

—¿El perro? —dijo el mayor de Spain.

—El que acabará con Old Ben.

—Perro del diablo —dijo el mayor de Spain—. Preferirla tener al propio Old Ben en mi jauría que a ese bruto. Mátalo.

—No —dijo Sam.

—Nunca lo podrás domesticar. ¿Cómo esperas lograr que un animal como ése se asuste de ti?

—No lo quiero domesticado —dijo Sam; nuevamente el muchacho miró las ventanas de su nariz y la fiera luz lechosa de sus ojos—. Pero casi lo preferiría domesticado a temeroso, asustado de mí o de otro hombre o de cualquier cosa. Pero no se asustará de nada ni de nadie.

—¿Qué vas a hacer de él, entonces?

—Ya lo verá —dijo Sam.

Cada mañana durante la segunda semana iban al granero de Sam. Había quitado algunas tablas del techo y pasó una cuerda por el caballete de la que pendían los

restos del potro, que retiró cuando se cerró la trampa. Cada mañana le veían bajar un balde de agua al granero mientras el perro se lanzaba incansable contra la puerta para volver inmediatamente al ataque al ser rechazado. Nunca emitía ningún sonido y no había en sus acciones nada frenético, sino sólo una fría e inquebrantable determinación. Hacia el fin de la semana dejó de lanzarse contra la puerta. Pero no se había debilitado apreciablemente y no era como si hubiera racionalizado el hecho de que la puerta no cedería. Más bien parecía que considerara aburrido seguir saltando. No estaba echado. Nadie lo había visto jamás echado. Estaba de pie y ahora podían contemplarlo; en parte era mastín, en parte Airedale y en parte de una docena de razas probablemente, con una anchura superior a treinta pulgadas en el lomo y con un peso de quizá noventa libras, con fríos ojos amarillos y un pecho tremendo y sobre todo con un color azul como el del cañón de un rifle.

Transcurrieron las dos semanas. Se prepararon para levantar el campamento. El muchacho rogó que le dejaran quedarse y su primo consintió. Se fue a la pequeña cabaña de Sam Fathers. Cada mañana contemplaba a Sam bajar el cubo de agua al granero. Hacia el fin de la semana el perro permanecía echado. Se levantaba y medio tambaleándose y medio arrastrándose iba hasta el agua y bebía y caía de nuevo. Una mañana ni siquiera pudo llegar hasta el agua ni levantar las manos del suelo. Sam cogió un palo corto y se dispuso a entrar en el granero.

—Espera —dijo el muchacho—. Deja que coja el fusil...

—No —dijo Sam—. Ahora no puede moverse.

No podía. Estaba echado de costado cuando Sam le tocó la cabeza y el cuerpo enflaquecido, el perro yacía inmóvil, los amarillos ojos abiertos. No eran feroces y no había nada de mezquina malevolencia en ellos, sino una fría y casi impersonal malignidad como una fuerza natural. Ni siquiera miraba a Sam ni al muchacho que le espiaba a través de los troncos.

Sam empezó otra vez a darle de comer. La primera vez tuvo que levantarle la cabeza para que pudiera lamer el caldo. Esa noche le dejó una escudilla de caldo con trozos de carne donde el perro pudiera alcanzarla. A la mañana siguiente la escudilla estaba vacía y el perro yacía sobre su barriga, la cabeza erguida, los ojos amarillos y fríos observando la puerta cuando Sam entró; no hubo ningún cambio en aquellos ojos amarillos y fríos y tampoco hizo ningún ruido cuando saltó, pero la precisión y la coordinación de sus movimientos todavía eran escasas por la debilidad, de modo que Sam tuvo tiempo de derribarle con el garrote y salir corriendo del granero y cerrar la puerta de golpe mientras el perro, a pesar de no haber tenido aparentemente tiempo para apoyar las patas y lanzarse de nuevo, se arrojaba contra la puerta como si las dos semanas de ayuno no hubieran existido.

Al mediodía alguien llegó dando gritos a través de los bosques como si viniera del campamento. Era Boon. Se acercó y miró durante un rato por entre los troncos al tremendo perro que estaba otra vez tendido sobre la barriga, la cabeza alta, los ojos amarillos parpadeando soñolientos sin mirar a ninguna parte: el espíritu indómito y

entero.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Boon— es dejar que este hijo de perra vaya a sorprender a Old Ben y lanzar a éste contra el perro. —Volvió hacia el muchacho su cara adusta enrojecida por la intemperie—. Recoge tus bártulos. Cass dice que vuelvas a casa. Ya has perdido bastante tiempo con ese sinvergüenza devorador de caballos.

Boon había cogido una mula del campamento; el coche estaba esperando al borde del valle. Esa noche llegó a casa. Se lo contó a McCaslin.

—Sam va a hacerle pasar hambre hasta que pueda entrar y tocarle. Luego le dará comida de nuevo. Después, si es necesario, le dejará sin comer otra vez.

—Pero ¿por qué? —dijo McCaslin—. ¿Para qué? Ni siquiera Sam podrá domesticar nunca a ese animal.

—Nosotros no queremos domesticarle. Lo queremos como es. Queremos sólo que descubra de una vez que el único medio de salir de aquella jaula y permanecer fuera es hacer lo que Sam u otro le digan que haga. Es el perro que va a seguir a Old Ben y a enfrentarse con él. Ya le hemos puesto nombre. Se llama Lion.

Luego al fin llegó noviembre. Volvieron al campamento. Con el general Compson y el mayor de Spain y su primo y Walter y Boon permaneció en el patio entre las escopetas y las mantas y las cajas de comida y contempló cómo Sam Fathers y Lion subían la senda desde la parcela; el indio, el viejo con los pantalones gastados y botas de goma y una raída zamarra y un sombrero que había sido del padre del muchacho; el tremendo perro marchando gravemente a su lado. Los perros de caza se precipitaron a su encuentro y se detuvieron, excepto aquel joven que todavía tenía muy poco juicio. Éste corrió hacia Lion, zalamero. Lion no trató de morderle. Ni siquiera se detuvo. Lo mandó rodando y aullando a unos cinco o seis pies con el golpe de una sola pata, como hubiera podido hacer un oso, y avanzó por el patio y se paró, entornando los ojos soñolientos sin mirar nada, sin mirar a nadie, mientras Boon decía:

—Jesús, Jesús... ¿Me permitirá que le toque?

—Puedes tocarle —dijo Sam—. No le importa. No le importa nada ni nadie.

El muchacho observó esto también. Lo observó durante los dos años siguientes desde el momento en que Boon tocó la cabeza de Lion y luego se arrodilló a su lado, palpando los huesos y los músculos, la fuerza. Era como si Lion fuera una mujer, o tal vez Boon fuese la mujer. Esto era más verosímil; el perro grande, grave, de aspecto soñoliento que, como decía Sam Fathers, no se preocupaba por nadie ni por nada; y el hombre violento, insensible, de semblante rudo, con su toque lejano de sangre india y la inteligencia apenas de un niño. Observó a Boon encargarse de dar la comida a Lion, en vez de Sam y tío Ash. Veía a Boon agacharse bajo la lluvia fría cerca de la cocina mientras Lion comía. Porque Lion no dormía ni comía con los otros perros aunque ninguno de ellos supiese dónde había dormido hasta el segundo noviembre, suponiendo hasta entonces que Lion dormía en su perrera al lado de la

cabaña de Sam Fathers, cuando el primo del muchacho, McCaslin, habló acerca de ello con Sam por pura casualidad y éste se lo dijo. Y esa noche el muchacho y el mayor de Spain y McCaslin entraron con una lámpara en el cuarto interior donde dormía Boon, la habitación pequeña, cerrada, sin aire, fétida por el olor del sucio cuerpo de Boon y sus húmedas ropas de caza donde Boon, roncando boca arriba, se ahogó y se despertó y Lion levantó la cabeza a su lado y se le quedó mirando con aquellos ojos fríos, soñolientos, amarillos.

—Maldita sea, Boon —dijo McCaslin—. Saca a ese perro de aquí. Mañana por la mañana va a perseguir a Old Ben. ¿Cómo diablos esperas que pueda olfatear nada que no sea hediondo después de estarte respirando toda la noche?

—Mi olor no ha hecho nunca daño a mi nariz, que yo sepa —dijo Boon.

—No nos importaría aunque lo hiciera —dijo el mayor de Spain—. No vamos a depender de ti para rastrear al oso. Sácalo fuera. Ponlo abajo, con los otros perros.

Boon empezó a levantarse.

—Matará al primero que se le ocurra bostezar o le estornude en la cara o le toque.

—Me parece que no —dijo el mayor de Spain—. Ninguno de ellos se arriesgará a bostezar en su cara ni a tocarle, ni siquiera dormido. Llévalo fuera. Quiero que su nariz esté bien mañana. Old Ben se burló de él el año pasado. No creo que lo haga otra vez.

Boon se puso los zapatos sin atarlos; con su larga y sucia camisa, el pelo aún desgredado por el sueño, él y Lion salieron. Los otros volvieron a la habitación de delante y a la partida de póquer donde las manos de McCaslin y el mayor de Spain les esperaban sobre la mesa. Después de un rato McCaslin dijo:

—¿Quieres que vuelva allá y eche un vistazo?

—No —dijo el mayor de Spain—. Hablo —dijo a Walter Ewell. Se dirigió de nuevo a McCaslin—. Si lo haces, no me lo digas. Estoy empezando a notar los primeros síntomas de la vejez: no me gusta saber que mis órdenes han sido desobedecidas, aun cuando al darlas sé que no me obedecerán. Una pareja pequeña —dijo a Walter Ewell.

—¿Cómo de pequeña? —dijo Walter.

—Muy pequeña —dijo el mayor de Spain.

Y el muchacho, acostado bajo su pila de mantas y edredones, en espera del sueño, sabía como si lo estuviera viendo que Lion había vuelto a la cama de Boon, por el resto de esa noche y de la próxima y durante todas las noches del invierno venidero y del otro. Entonces pensaba: *Me pregunto qué piensa Sam. Podría tener a Lion con él, aunque Boon sea blanco. Podría pedírselo al mayor o a McCaslin. Y todavía hay más. Fue la mano de Sam la primera que tocó a Lion y Lion lo sabe.* Luego se hizo hombre y supo eso también. Aquello estaba bien. Había sido correcto. Sam era el jefe, el príncipe; Boon, el plebeyo, era su montero. Boon debía cuidarse de los perros.

La primera mañana que Lion condujo la jauría tras Old Ben, siete forasteros se presentaron en el campamento. Eran hombres de los pantanos: flacos, agotados por la

malaria, que no se sabía de dónde venían, que ponían trampas para cazar coatíes o tal vez cultivaban pequeñas parcelas de algodón y maíz junto al valle, con ropas poco mejores que las de Sam Fathers y sin duda peores que las de Jim de Tennie, con escopetas y rifles viejos, y se encontraban ya acurrucados pacientemente en el patio bajo la llovizna fría cuando se hizo de día. Tenían un portavoz; después Sam Fathers explicó al mayor de Spain que durante todo el verano y el otoño anterior se habían introducido en el campamento de uno en uno o por parejas o a veces tres, para mirar silenciosamente a Lion durante un rato y luego irse:

—Buenos días, mayor. Fíemos oído que tiene intención de poner a este perro azul sobre la pista del viejo oso esta mañana. Hemos pensado que podíamos venir a ver, si a usted no le importa. Nosotros no dispararemos, a menos que se nos eche encima.

—Sean bienvenidos —dijo el mayor de Spain—. Sean bienvenidos y disparen cuanto gusten. El oso es más suyo que nuestro.

—Me parece que en eso lleva razón. Le he dado bastante de comer para que me corresponda una parte. Sin hablar de un cochinito hace tres años.

—Me parece que también tengo derecho a una parte —dijo otro—. Sólo que no del oso. —El mayor de Spain le miró. Estaba masticando tabaco. Escupió—. Era una ternera. Muy hermosa. El año pasado. Cuando al fin la encontré, me parece que estaba más o menos como el potro de ustedes el pasado junio.

—¡Oh! —dijo el mayor de Spain—. Sean bienvenidos. Si ven una pieza delante de mis perros, disparen contra ella.

Ninguno disparó a Old Ben ese día. Ningún hombre le vio. Los perros fueron tras él a unas cien yardas del claro donde el muchacho le había visto aquel día en el verano de sus once años. El muchacho se hallaba a menos de un cuarto de milla de distancia. Oyó la carrera de los perros, pero no pudo distinguir en sus ladridos ninguna voz que no conociera y que por lo tanto pudiera ser la de Lion, y pensó, creyó, que Lion no estaba entre ellos. Incluso el hecho de que iban mucho más de prisa de lo que nunca los había oído correr detrás de Old Ben y que la alta y aguda nota de histeria faltaba de sus voces no fue bastante para desengañarlo. No lo comprendió hasta la noche, cuando Sam le dijo que Lion no ladrarla siguiendo un rastro.

—Sólo gruñirá cuando se prenda al cuello de Old Ben —dijo Sam—. Pero no ladrará, como tampoco lo hizo cuando se arrojaba contra aquella puerta de dos pulgadas. Es ese perro azul que hay en él. ¿Cómo lo llamas tú?

—Airedale —dijo el muchacho.

Lion estaba allí; la acometida fue demasiado cerca del río. Cuando Boon volvió con Lion esa noche alrededor de las once, juró que Lion había parado a Old Ben una vez pero que los perros no querían entrar y Old Ben salió disparado y se lanzó al río y nadó durante millas a favor de la corriente y él y Lion bajaron por la orilla del río unas diez millas y lo cruzaron y subieron por la otra, pero había empezado a oscurecer sin que encontraran ninguna huella de que Old Ben hubiera salido del agua,

a menos que permaneciera en el río y cruzara luego el vado por donde ellos lo atravesaron. Después empezó a renegar de los perros y comió la cena que tío Ash había apartado para él y se fue a la cama y pasado un momento el muchacho abrió la puerta del pequeño cuarto de ambiente viciado retumbante por los ronquidos y el grande y grave perro alzó la cabeza de la almohada de Boon y le miró un momento parpadeando y la volvió a bajar.

Cuando llegó el siguiente noviembre y el último día, el día que era ya tradicional dedicar a Old Ben, había más de doce forasteros esperando. Esta vez no eran todos de los pantanos. Algunos eran hombres de la ciudad, de otras cabezas de partido como Jefferson, que habían oído hablar de Lion y de Old Ben y habían ido a ver al gran perro azul mantener su cita con el viejo oso de los dos dedos cortados. Algunos ni siquiera iban armados y los trajes de caza y las botas que llevaban habían estado en el anaquel de una tienda hasta el día anterior.

Esa vez Lion saltó sobre Old Ben a más de cinco millas del río y lo acorraló y le hizo frente y esa vez los perros le siguieron, en una especie de desesperada emulación. El muchacho los oyó; estaba cerca de allí. Oyó a Boon gritar; oyó los dos tiros que el general Compson disparó con los dos cañones de su escopeta, uno conteniendo cinco perdigones, el otro una única bala contra el oso desde lo más cerca que pudo obligar a su caballo casi rebelde. Oyó a los perros cuando el oso consiguió liberarse de nuevo. Corría, jadeando, tropezando; con los pulmones a punto de estallar, llegó al sitio donde el general Compson había disparado y donde Old Ben había matado a dos perros. Vio la sangre provocada por los disparos del general Compson, pero no pudo ir más allá. Se detuvo, apoyándose contra un árbol para que su respiración se calmase y su corazón fuese más despacio, oyendo cómo el alboroto de los perros se desvanecía y apagaba en la distancia.

En el campamento aquella noche —tenían como invitados a cinco de los forasteros todavía aterrorizados, con sus botas y sus trajes de caza nuevos, que habían estado perdidos todo el día hasta que Sam Fathers salió y los trajo— escuchó el resto de la historia: cómo Lion había parado y hecho frente de nuevo al oso pero sólo la mula tuerta a la que no importaba el olor de la sangre se atrevió a acercarse y Boon iba montado en aquella mula y ya se sabía que Boon no daba nunca en el blanco. Había disparado al oso cinco veces con su rifle de repetición, sin herirlo nunca, y Old Ben mató a otro perro y se liberó una vez más y alcanzó el río y se fue. De nuevo Boon y Lion siguieron la caza por una orilla tan lejos como pudieron. Demasiado lejos; atravesaron el río con las primeras sombras y la oscuridad les sorprendió antes de una milla. Y esa vez Lion halló la huella interrumpida, la sangre quizá, en la oscuridad, donde Old Ben había salido del agua, pero Boon lo tenía sujeto con una cuerda, afortunadamente, y saltó de la mula y luchó con Lion cuerpo a cuerpo hasta que logró llevarlo al campamento. Esa vez Boon no blasfemó siquiera. Se quedó de pie en la puerta, manchado de barro, agotado, con su enorme cara de mascarón trágica y todavía asombrada.

—He fallado —dijo—. Estaba a veinticinco pasos de él y he fallado cinco veces.

—Pero hemos derramado sangre —dijo el mayor de Spain—. El general Compson ha vertido sangre. Nunca lo habíamos hecho antes.

—Pero yo he fallado —dijo Boon—. He fallado cinco veces. Y Lion me estaba mirando.

—No importa —dijo el mayor de Spain—. Ha sido una buena carrera. Y hemos derramado sangre. El año que viene haremos que el general Compson o Walter monten a Katie, y lo cogemos.

Entonces McCaslin dijo:

—¿Dónde está Lion, Boon?

—Se lo he dejado a Sam —dijo Boon. Ya se estaba volviendo para irse—. No soy digno de dormir con él.

Por eso él debía haber odiado y temido a Lion. Sin embargo, no fue así. Le parecía que había algo fatal en ello. Le parecía que alguna cosa, no sabía qué, estaba empezando; había empezado ya. Era como el último acto de una obra ya vista. Era el comienzo del final de algo, no sabía de qué, pero sabía que no se entristecería. Se habría sentido humilde y orgulloso si le hubieran reconocido digno de formar parte de ellos o siquiera de poderlo ver.

3

Era diciembre. Era el diciembre más frío que recordaba. Habían estado en el campamento cuatro días más de las dos semanas, esperando que el tiempo mejorase para que Lion y Old Ben pudieran tener su desafío anual. Luego dejarían el campamento y regresarían a casa. Porque por esos imprevistos días adicionales que habían tenido que pasar a causa del tiempo, sin nada que hacer sino jugar al póquer, el whisky se había agotado y él y Boon fueron enviados a Memphis con una maleta y una nota del mayor de Spain para míster Semmes, de la destilería, a traer más. Esto es, el mayor de Spain y McCaslin mandaban a Boon a buscar el whisky y le enviaban a él para que procurase que Boon volviese con el whisky o con la mayor parte o al menos con algo.

Jim de Tennie le despertó a las tres. Se vistió rápidamente, tiritando, no tanto por el frío, porque un fuego recién encendido se elevaba y restallaba en la chimenea, como por aquella hora en pleno invierno cuando la sangre y el corazón van despacio y el sueño está incompleto. Atravesó el espacio entre la casa y la cocina, el espacio de tierra ferruginosa bajo la noche radiante y tersa que el alba no interrumpiría hasta tres horas después, saboreando con la lengua, con el paladar y con el fondo mismo de sus pulmones la endurecida oscuridad, y entró en la cocina, al calor del hornillo, que velaba las ventanas, donde Boon se hallaba ya sentado a la mesa desayunándose, encorvado sobre el plato, casi dentro del plato, sus mandíbulas en movimiento azules por la barba y su cara que no conocía el agua y su pelambreira, como crines de caballo nunca holladas por el peine; el cuarterón de indio, nieto de una chickasaw, que a veces se defendía con duros y furiosos puños de la insinuación de una sola gota de sangre extraña y otras, habitualmente después del whisky, afirmaba con los mismos puños y la misma furia que su padre había sido un chickasaw puro y hasta un jefe y que incluso su madre era blanca sólo a medias. Medía más de un metro noventa de estatura; tenía la inteligencia de un niño, el corazón de un caballo, los ojos pequeños y duros como ojales de zapato, sin profundidad ni indignidad ni generosidad ni depravación ni nobleza ni ninguna otra cosa, en la cara más fea que el muchacho había visto jamás. Parecía como si alguien hubiese encontrado una nuez un poco mayor que una pelota de fútbol y que con un martillo de mecánico le hubiera tallado los rasgos y luego la hubiese pintado, sobre todo de rojo; no con el rojo indio sino con un bello y resplandeciente y encendido color en el que tal vez el whisky tuviera algo de parte, pero que principalmente era debido a la dichosa y violenta vida al aire libre, y las arrugas en ella no eran residuos de sus cuarenta años de vida sino de guiñar los ojos al sol o en la oscuridad de los cañaverales por donde corrían las piezas de caza, requemándose con el fuego del campamento delante del que se echaba a dormir en el frío suelo de noviembre o diciembre, esperando que se hiciese de día para levantarse e ir a cazar de nuevo, como si el tiempo fuese simplemente algo que él atravesaba como atravesaba el aire, sin envejecerle más de lo que le envejecía el

aire. Era valiente, leal, descuidado e informal; no tenía profesión, ni ocupación ni negocio y poseía un vicio y una virtud: el whisky y su absoluta e indiscutible fidelidad hacia el mayor de Spain y McCaslin, el primo del muchacho.

—A veces llamaría a ambas cosas virtudes —dijo una vez el mayor de Spain.

—O vicios —replicó McCaslin.

Tomaba su desayuno, oyendo a los perros debajo de la cocina, despiertos por el olor de la carne frita o tal vez por el ruido de las pisadas. Oyó una vez a Lion, breve y perentorio, porque en cualquier campamento el mejor cazador tiene que hablar sólo una vez a todos salvo a los tontos, y ninguno de los otros perros del mayor de Spain y de McCaslin era semejante a Lion en tamaño y fuerza y quizá tampoco en valor, pero no eran tontos; Old Ben había matado el año pasado al último tonto entre ellos.

Jim de Tennie entró cuando hablan terminado. El carro estaba fuera. Ash decidió que los llevaría a la vía, donde harían señas al maquinista del tren del aserradero, y dejó que Jim de Tennie lavara los platos. El muchacho sabía por qué. No sería la última vez que oyese al viejo Ash fastidiar a Boon.

Hacía frío. Las ruedas del carro saltaban y resonaban sobre el terreno helado; el cielo estaba inmóvil y brillante. Él no tenía escalofríos, pero estaba temblando, lenta y constante y fuertemente, con el alimento que acababa de comer aún caliente y sólido en su interior, mientras su exterior se agitaba de un modo lento e incesante como si su estómago flotase libremente.

—No irán de caza esta mañana. Ningún perro tendrá olfato hoy.

—Excepto Lion —dijo Ash—. Lion no necesita olfato. Todo lo que necesita es un oso. —Tenía envueltos los pies en un saco de cáñamo, y un edredón de su jergón en el suelo de la cocina le tapaba la cabeza y envolvía todo su cuerpo, de modo que a la luz tenue y brillante de las estrellas no se parecía a nada de lo que el muchacho había visto hasta entonces—. Él puede perseguir a un oso a través de un ventisquero de mil acres. Y atraparlo también. Los otros perros no importan porque ellos no pueden igualarse con Lion de ningún modo, cuando él está frente a un oso.

—¿Qué tienen de malo los otros perros? —dijo Boon—. ¿Qué diablos sabes tú de eso? Esta es la primera vez que sacas la nariz fuera de esa cocina desde que estamos aquí, salvo para cortar un poco de leña.

—No hay nada malo en ellos —dijo Ash—. Y mientras se les deje tranquilos, no pasará nada. Sólo desearía haber sabido toda mi vida cuidar mi propia salud tan bien como esos perros cuidan de la suya.

—Bien, pues no van a correr esta mañana —dijo Boon. Su voz era agria y categórica—. El mayor prometió que no saldría hasta que yo y Ike hubiésemos regresado. El tiempo va a mejorar hoy. Lloverá por la noche. —Luego Ash se rió, se rió entre dientes, dentro del edredón que le tapaba hasta la cara—. ¡So, aquí, mulas! —dijo, dando un tirón de las riendas de modo que las mulas saltaron hacia adelante y arrastraron algunos pasos al carro traqueteante y lleno de ruidos antes de volver a su marcha normal con el paso rápido y corto—. Además, me gustaría saber por qué el

mayor necesita esperar por ti. Es a Lion a quien pretende usar. Nunca he oído decir que tú hayas traído ningún oso ni ninguna clase de carne al campamento.

Ahora Boon insultará a Ash o acaso le pegará, pensó el muchacho. Pero Boon no lo hizo, no lo había hecho nunca; el muchacho sabía que nunca lo haría, aunque hacía cuatro años Boon había disparado cinco veces con una pistola prestada contra un negro en una calle de Jefferson, con el mismo resultado que cuando disparó cinco veces contra Old Ben el otoño pasado.

—¡Por Dios! —dijo Boon—. No va a lanzar a Lion ni a ningún otro perro contra nada hasta que yo vuelva esta noche. Porque me lo ha prometido. Fustiga esas mulas y sigue fustigándolas. ¿Quieres que me muera de frío?

Llegaron a la vía y encendieron una hoguera. Pasado un rato el tren del aserradero salió de los bosques en el descolorido amanecer y Boon le hizo señas. Luego, en el caliente furgón de cola el muchacho se durmió otra vez mientras Boon y el jefe de tren y el guarda-frenos hablaban de Lion y de Old Ben como la gente hablaría más tarde de Sullivan y de Kilrain y, más tarde aún, de Dempsey y de Tunney. Adormecido, meciéndose con las violentas sacudidas y el estruendo del vagón sin muelles, los oía que continuaban hablando de los cerdos y las terneras que Old Ben había matado y de los graneros que había saqueado y de las trampas y armadijos que había destrozado y del plomo que probablemente llevaba bajo la piel. Old Ben, el oso de los dos dedos en una tierra donde los osos con los pies mutilados por las trampas han sido llamados Dos Dedos o Tres Dedos o Pie Cojo durante cincuenta años, sólo que Old Ben era un oso excepcional (el oso jefe, como lo llamaba el general Compson) y así había logrado un nombre que cualquier ser humano podía haber llevado sin disgusto.

Llegaron a Hoke a la salida del sol. Salieron del caliente vagón con sus ropas de caza, las botas llenas de barro y los trajes color caqui manchados y las mejillas azules y sin afeitar de Boon. Pero esto estaba bien. Hoke era un aserradero y una administración y dos tiendas y un puesto de carga en una apartadero de la línea principal, y todos los hombres llevaban allí botas y trajes de color caqui. En seguida llegó el tren de Memphis. Boon compró tres paquetes de rosetas de maíz con melaza y una botella de cerveza en el quiosco de los periódicos y el muchacho se durmió de nuevo oyéndole masticar.

Pero en Memphis no fue todo bien. Fue como si los altos edificios y el duro movimiento, los hermosos carruajes y los tranvías de caballos y los hombres con el cuello almidonado y corbata dieran un aspecto un poco más tosco y un poco más enfangado a sus botas y a sus trajes de color caqui e hicieran parecer la barba de Boon más fea y sin afeitar y su cara cada vez más como algo que no debía haber sacado nunca de los bosques o al menos fuera del alcance del mayor de Spain o de McCaslin o de alguien que le conociese y que pudiera decir: «No se asusten. No les va a hacer daño.» Atravesó la estación, con su piso resbaladizo, moviendo la cara mientras se esforzaba en quitarse el maíz de entre los dientes con la lengua, las

piernas separadas y rígidas como si estuviera andando sobre cristal untado con grasa, y aquel rastrojo azul en su cara como las limaduras del cañón de una escopeta nueva. Pasaron por el primer bar. Aun a través de las puertas cerradas al muchacho le pareció oler el serrín y el vaho de viejas bebidas. Boon empezó a toser. Tosió casi durante un minuto.

—Maldito resfriado —decía—. Me gustaría saber dónde lo he cogido.

—Allá, en la estación —dijo el muchacho.

Boon comenzó a toser de nuevo. Se paró. Miró al muchacho.

—¿Qué...? —dijo.

—No lo tenías cuando dejamos el campamento, ni tampoco en el tren.

Boon le miró, parpadeando. Luego dejó de parpadear. No volvió a toser.

Dijo reposadamente:

—Préstame un dólar. Vamos. Tú lo tienes. Si alguna vez has tenido uno, lo tienes todavía. Yo no quiero decir que seas mezquino con tu dinero, porque no lo eres. Sólo que parece que nunca se te ha ocurrido querer nada. Cuando yo tenía dieciséis años un billete de un dólar se me derretía antes de que tuviera tiempo de leer el nombre del banco que lo había emitido —dijo reposadamente—. Déjame un dólar, Ike.

—Se lo prometiste al mayor. Se lo prometiste a McCaslin. No, hasta que estemos en el campamento.

—Está bien —dijo Boon con aquella voz tranquila y resignada—. ¿Qué puedo hacer con un dólar nada más? Tú no me prestarías otro.

—Tienes razón cuando dices que no te lo prestaré —dijo el muchacho, su voz tranquila también, fría, con una rabia que no se refería a Boon, recordando: Boon roncando en una dura silla en la cocina de modo que pudiera observar el reloj y despertarles a él y a McCaslin y llevar el carro diecisiete millas hasta Jefferson para coger el tren de Memphis; el salvaje y nunca embridado potro de Texas, que McCaslin le había permitido adquirir y que él y Boon habían comprado en una subasta por cuatro dólares y setenta y cinco centavos y que llevaron a casa atado entre dos yeguas viejas y mansas con trozos de alambre de espino y que nunca había visto maíz desgranado y que ni siquiera sabía lo que era a menos que los granos fueran tal vez chinches y al fin (él tenía diez años y Boon había tenido diez años toda su vida) Boon dijo que el potro era noble y con la cabeza dentro de un saco y cuatro negros que lo sujetaban lo hicieron recular hacia un viejo tílburí de dos ruedas y lo engancharon a las varas y él y Boon subieron y Boon dijo: «Está bien, muchachos. Dejadlo», y uno de los negros, que era Jim de Tennie, le arrebató el saco y dio un salto mirando por su vida y ellos perdieron la primera rueda contra el poste del abierto portón, sólo que en aquel momento Boon le cogió a él por la nuca y lo tiró a la zanja del borde del camino de modo que lo que ocurrió a continuación lo vio sólo fragmentariamente: la otra rueda atravesó la puerta lateral y cruzó el patio y saltó a la galería y pedacitos del tílburí aquí y allá por la carretera y Boon que desaparecía rápidamente panza abajo entre el polvo que se elevaba y surgía por todas partes y

seguía sujetando las riendas hasta que se rompieron también y dos días más tarde atraparon finalmente al potro a siete millas de allí llevando aún el collarín y la cabezada de las bridas alrededor del cuello como una duquesa con dos gargantillas a un tiempo. Le dio a Boon el dólar.

—Está bien —dijo Boon—. Vamos dentro, lejos de este frío.

—Yo no tengo frío —dijo él.

—Puedes tomar una limonada.

—No quiero ninguna limonada.

La puerta se cerró tras él. El sol estaba bastante alto. Era un día radiante, aunque Ash hubiera dicho que llovería antes de la noche. Ya hacía calor; podrían cazar mañana. Sintió la antigua exaltación del corazón, tan prístina como siempre, como el primer día; no hubiera querido perderselo, por experto que fuera en la caza y en rastrear: la mejor, la mejor de todas las aspiraciones, la humildad y el orgullo. Debía dejar de pensar en ello. Ya le parecía que estaba corriendo, volviendo a la estación, ellos mismos sobre el andén: el primer tren hacia el Sur; debía dejar de pensar en ello. La calle estaba bulliciosa. Contempló los grandes caballos normandos de tiro, los percherones; los adornados carruajes de los que descendían los hombres con elegantes abrigos y las señoras rosadas entre sus pieles y entraban en la estación. (Se hallaban todavía a dos puertas de ésta.) Hacía veinte años su padre entró cabalgando en Memphis como miembro de la caballería del coronel Sartoris al mando de Forrest, calle mayor arriba, y (decía la leyenda) penetró en el vestíbulo del Hotel Gayoso, donde los oficiales yanquis estaban sentados en los sillones de piel escupiendo en las altas escupideras, y luego volvió a salir, impunemente...

La puerta se abrió a su espalda. Boon se secaba la boca con el revés de la mano.

—Está bien —dijo—. Vamos a ocuparnos de lo nuestro y larguémonos corriendo de aquí.

Fueron y llenaron la maleta. Él no supo nunca cómo ni cuándo Boon consiguió la otra botella. Sin duda míster Semmes se la había dado. Cuando llegaron de nuevo a Hoke, a la puesta del sol, estaba vacía. Podían coger el tren de vuelta para Hoke dos horas más tarde; se dirigieron directamente a la estación, tal como el mayor de Spain y luego McCaslin habían dicho a Boon que hiciera y luego le ordenaron que hiciera, y habían mandado al muchacho con él para que procurara que lo hiciera. Boon tomó el primer trago de su botella en el lavabo. Un hombre con una gorra de uniforme se acercó a decirle que no podía beber allí y miró la cara de Boon una sola vez y no dijo nada. La vez siguiente se estaba sirviendo la bebida en el vaso del agua debajo del borde de la mesa en el restaurante cuando la encargada (era una mujer) le dijo que no podía beber allí y se volvió al lavabo. Boon le había contado al camarero negro y a toda la otra gente del restaurante, que no podían evitar oírle y que nunca habían oído hablar de Lion ni tenían el menor interés en que les hablaran de él, acerca de Lion y de Old Ben. Luego se le ocurrió pensar en el zoológico. Había descubierto que había otro tren para Hoke a las tres de la tarde y así decidió que podrían pasar el tiempo en

el zoo y tomar el tren de las tres hasta que volvió del lavabo por tercera vez. Entonces tomarían el primer tren hacia el campamento, cogerían a Lion y volverían al zoológico donde, dijo, los osos se alimentaban con helados y bizcochos y él haría competir a Lion con todos ellos.

De modo que perdieron el primer tren, el que se suponía que debían tomar, pero él metió a Boon en el tren de las tres y de nuevo todo fue bien, con Boon que ni siquiera iba al lavabo sino que bebía en el pasillo hablando de Lion y los hombres a los que importunaba no se atrevían a decirle que no podía beber allí como el hombre de la estación no se había atrevido.

Cuando llegaron a Hoke al atardecer, Boon estaba dormido. El muchacho lo despertó al fin y los bajó a él y a la maleta del tren y hasta le persuadió para cenar algo en la administración del aserradero. Así que él estaba bien cuando subieron al furgón del tren maderero para volver a los bosques mientras el sol se ponía rojo y el cielo ya se oscurecía y el terreno no se helaría por la noche. Era el muchacho quien dormía ahora, sentado detrás de la rojiza estufa mientras el vagón sin muelles saltaba y ensordecía y Boon y el guardafrenos y el jefe de tren hablaban de Lion y de Old Ben porque ellos sabían de lo que Boon estaba hablando y porque aquél era su hogar.

—Oscurece y ya está deshelando —dijo Boon—. Lion lo cogerá mañana.

Habría sido Lion o cualquiera. No habría sido Boon, nunca había acertado a nada mayor que una ardilla, que nadie supiera, salvo a la mujer negra aquel día cuando estaba disparando contra el negro. Era un negro grande y no estaba a más de diez pies pero Boon disparó cinco veces con la pistola que tomó prestada del cochero negro del mayor de Spain y el negro al que él estaba disparando sacó una pistola de un dólar y medio de las que se piden por correo y hubiera abrasado a Boon, sólo que no se disparó, sólo hizo trac, trac, trac, trac, trac, cinco veces, y Boon seguía disparando al tuntún y rompió la vitrina de una tienda que le costó a McCaslin cuarenta y cinco dólares e hirió en una pierna a una mujer negra que pasaba por allí, sólo que el mayor de Spain pagó eso; él y McCaslin se lo jugaron a las cartas, la vidriera contra la pierna de la negra. Y el primer día en los puestos ese año, la primera mañana en el campamento, el ciervo corrió derecho sobre Boon; él oyó el viejo rifle de repetición de Boon hacer jou, jou, jou, jou, jou, y luego su voz:

—¡Maldición, ya viene! ¡Detenedlo! ¡Detenedlo! —Y cuando él llegó allí el rastro del ciervo y los cinco cartuchos disparados no estaban a menos de veinte pasos de distancia.

Aquella noche había en el campamento cinco invitados de Jefferson: míster Bayard Sartoris y su hijo y el hijo del general Compson y otros dos. Y a la mañana siguiente él miró fuera de la ventana, y vio la gris y fina llovizna del amanecer que Ash había vaticinado, y allí estaban ellos, de pie y acurrucados bajo la fina llovizna, casi dos docenas de aquellos que habían alimentado a Old Ben con maíz y cerdos y hasta terneras durante diez años, con sus raídos sombreros y sus chaquetas y pantalones de caza que cualquier negro de la ciudad habría tirado o quemado y

únicamente las botas de goma fuertes y sólidas, y los viejos y como desteñidos rifles y algunos hasta sin armas. Mientras tomaban el desayuno llegó otra docena más, a caballo y a pie: leñadores del campamento que estaba treinta millas más abajo y hombres del aserradero de Hoke y la única escopeta que había entre ellos era la que llevaba el jefe del tren maderero; de modo que cuando entraron en los bosques aquella mañana el mayor de Spain iba al frente de un grupo casi tan fuerte, salvo que algunos de ellos no iban armados, como el que había mandado en los últimos y sombríos días de 1864 y 1865. El pequeño patio no podía contenerlos. Se desbordaban por el sendero donde el mayor de Spain montó en su yegua mientras Ash con su sucio delantal introducía los grasientos cartuchos en su carabina y se la pasaba, y el enorme y grave perro azul permanecía al lado de su estribo, no en la postura de un perro sino en la postura de un caballo, entrecerrando sus soñolientos ojos color de topacio que no miraban a nadie, sordo hasta para el ladrido de los perros de caza que Boon y Jim de Tennie sujetaban de la trailla.

—Esta mañana montaremos al general Compson sobre Katie —dijo el mayor de Spain—. Él derramó sangre el año pasado; si entonces hubiera tenido un mulo capaz de resistir, hubiera...

—No —dijo el general Compson—. Soy demasiado viejo para ir endemoniadamente a través de los bosques sobre una mula, un caballo o cualquier cosa. Además, tuve mi oportunidad el año pasado y la desaproveché. Esta mañana ocuparé un puesto. Voy a dejar que el muchacho monte a Katie.

—No, un momento —dijo McCaslin—. Ike tiene todo el resto de su vida para cazar osos. Dejemos que cualquier otro...

—No —dijo el general Compson—. Quiero que Ike monte a Katie. Ya es mejor conocedor de los bosques que tú y que yo, y dentro de diez años será tan bueno como Walter.

Al principio no podía creerlo, no hasta que se lo dijo el mayor de Spain.

Luego se halló arriba, sobre la mula tuerta que no se espantaba de la sangre, mirando al perro inmóvil junto al estribo del mayor de Spain, que a la luz gris y radiante parecía mayor que un ternero, mayor que lo que realmente era; la gran cabeza, el pecho casi tan grande como el suyo, la piel azul bajo la cual los músculos no se relajaban ni se estremecían ante ningún roce ya que el corazón que les transmitía la sangre no quería a ningún hombre ni a nada, en la postura de un caballo aunque diferente de un caballo ya que de éste se infiere sólo peso y velocidad mientras que Lion tenía no sólo valor y todas esas otras cosas que forman la voluntad y el deseo de perseguir y matar, sino la tenacidad, la voluntad y el deseo de resistir más allá de todos los límites imaginables de la carne para poder sorprender y matar. Luego el perro le miró. Movi6 la cabeza y le miró a través del vulgar alboroto de los perros, con aquellos ojos amarillos tan sin profundidad como los de Boon, tan exentos como los de Boon de bajeza o generosidad o mansedumbre o depravación. Eran sólo fríos y soñolientos. Luego los entornó, y él supo que no estaba mirándole y

ni siquiera le había mirado, sin tomarse la molestia de volver la cabeza a otro lado.

Esa mañana oyó el primer grito. Lion había desaparecido ya mientras Sam y Jim de Tennie estaban ensillando al mulo y al caballo que habían tirado del carro y él observó a los perros cuando se cruzaban y se lanzaban, venteando y ladrando, hasta que también ellos desaparecieron. Luego él y el mayor de Spain y Sam y Jim de Tennie galoparon tras ellos y oyeron el primer grito salir de los bosques húmedos y deshelados a doscientas yardas más allá, alto, con aquel timbre abatido y casi humano que tan bien conocía, y los otros perros se le unieron hasta que los tenebrosos bosques resonaron clamorosos. Avanzaron cabalgando. Le parecía que podía ver realmente al gran perro azul que seguía avanzando, silencioso, y al oso también: la forma corpulenta, como una locomotora, que él había visto aquel día hacía cuatro años cruzando el pasillo dejado por el tornado, aplastándolo todo delante de los perros más de prisa de lo que él creía que se pudiera mover, alejándose hasta de las mulas al galope. Una vez oyó un disparo de fusil. Los bosques se habían abierto, iban veloces, el clamor débil a veces se perdía frente a ellos; dejaron atrás al hombre que había disparado, uno de los pantanos, un brazo tendido señalando, un rostro flaco, el pequeño agujero de sus gritos tachonado de dientes podridos.

Oyó un cambio de tono en el bullicio de los perros, y doscientas yardas más allá los vio. El oso se había vuelto. Vio a Lion atacando sin cesar y vio al oso arrojarlo a un lado y arremeter contra los perros ladrones y matar a uno de ellos casi sobre sus huellas y volverse y huir de nuevo. Luego se encontraron dentro del incesante oleaje de los perros. Oyó al mayor de Spain y a Jim de Tennie gritando y el sonido seco, como de pistola, de la correa de Jim de Tennie que trataba de hacerlos volver. Luego él y Sam Fathers iban cabalgando solos. Uno de los perros había seguido con Lion a pesar de todo. Reconoció su voz. Era el perro joven que hasta hacía un año no había tenido juicio y que, según el punto de vista de los otros perros, no lo tenía aún. *Tal vez sea eso el valor*, pensó.

—A la derecha —dijo Sam tras él—. A la derecha. Vamos a desviarlo del río si podemos.

Estaban en un cañaveral: un jaral. Él conocía el sendero que lo atravesaba tan bien como Sam. Salieron de la maleza y dieron con la entrada casi exactamente. El sendero atravesaba el jaral y salía sobre una alta loma descubierta encima del río. Oyó el ruido ahogado del rifle de Walter Ewell, luego dos veces más.

—No —dijo Sam—. Oigo al perro. Vamos.

Surgieron del estrecho túnel sin techo de restallantes y sibilantes cañas, siempre al galope, sobre la loma descubierta bajo la cual el denso río amarillo, que no reflejaba la luz gris y radiante, parecía no moverse. También él podía oír al perro. No corría. El grito era un ladrido agudo y frenético y Boon se acercaba corriendo por el borde del terraplén, su vieja escopeta brincando y golpeando contra su espalda pendiente de la correa hecha de un pedazo de cuerda de arado. Se volvió y corrió hacia ellos, mirándolos ferozmente, y brincó sobre la mula detrás del muchacho.

—¡Esa maldita barca! —gritó—. ¡Está al otro lado! ¡Lo ha atravesado directamente! ¡Lion estaba demasiado cerca de él! ¡El perro pequeño también! ¡Lion estaba tan cerca que no pude disparar! ¡Vamos! —gritó, golpeando con los talones los ijares de la mula—. ¡Vamos!

Se precipitaron a la orilla, resbalando y deslizándose en el terreno empapado, abriéndose camino con violencia por entre los sauces y luego en el agua. No sintió ninguna impresión, ni frío, a un lado de la mula que nadaba, agarrado al pomo de la silla con una mano y sosteniendo la escopeta por encima del agua con la otra, y Boon del otro lado. Sam estaba en algún sitio detrás de él, y luego el río, el agua en torno de ellos, se llenó de perros. Nadaban más rápidos que las mulas; estaban trepando a la orilla antes de que las mulas hubieran tocado el fondo. El mayor de Spain daba voces desde la orilla que acababan de dejar y, mirando hacia atrás, vio a Jim de Tennie y a su caballo cuando entraban en el agua.

Los bosques delante de ellos y el aire cargado de lluvia eran un solo clamor. Resonaba y alborotaba; repercutía y se rompía contra la orilla detrás de ellos y se formaba de nuevo y ensordecía y retumbaba tanto que al muchacho le pareció que todos los perros que alguna vez habían perseguido la caza en aquella tierra estaban ladrándole a él. Pasó su pierna sobre la mula cuando ésta salió del agua. Boon no intentó montar de nuevo. Agarró un estribo cuando llegaron a la orilla y se lanzó a través de la maleza que bordeaba el terraplén y vio al oso, sobre sus patas traseras, el lomo contra un árbol mientras los perros se arremolinaban rugiendo a su alrededor y una vez más Lion se lanzaba contra él, dando saltos.

Esta vez el oso no lo derribó. Cogió al perro con las patas delanteras, como en un abrazo amoroso, y ambos cayeron a tierra. Había descabalgado. Armó los dos cañones de la escopeta pero no pudo ver nada más que un sucio y abigarrado amasijo de cuerpos hasta que el oso apareció de nuevo. Boon estaba gritando algo, no podía saber qué; pudo ver a Lion todavía aferrado al cuello del oso y vio que éste, medio erguido, pegaba a uno de los perros con una pata y lo arrojaba a cinco o seis pies y luego, elevándose como si no fuera a parar nunca, se mantuvo erguido de nuevo y empezó a hurgar el vientre de Lion con sus patas delanteras. Entonces Boon corrió. El muchacho advirtió el resplandor de la hoja en su mano y le vio saltar en medio de los perros, echarlos, apartarlos a patadas mientras corría, y arrojarse a horcajadas sobre el oso como se había abalanzado sobre la mula, sus piernas entrelazadas sobre el vientre del oso, su brazo izquierdo bajo el cuello del oso donde se había asido Lion, y el destello del cuchillo que se levantó y descendió.

Descendió sólo una vez. Por un momento parecieron casi un grupo escultórico: el perro que no soltaba su presa, el oso, el hombre a horcajadas sobre él, trabajando y maniobrando con la hoja enterrada. Luego cayeron, desplomándose hacia atrás por el peso de Boon, Boon debajo. Fue el lomo del oso la que reapareció primero pero en seguida Boon estuvo otra vez a horcajadas. No había soltado el cuchillo y de nuevo el muchacho vio el casi imperceptible movimiento de su brazo y su hombro mientras

maniobraba y rebuscaba: entonces el oso se irguió, levantando con él al hombre y al perro, y se volvió y llevando al hombre y al perro dio dos o tres pasos hacia los bosques y se derrumbó. No se desbarató, encogido. Cayó todo de una pieza, como cae un árbol, de modo que los tres, hombre, perro y oso, parecieron desplomarse a la vez.

Él y Jim de Tennie corrieron hacia adelante. Boon estaba arrodillado junto a la cabeza del oso. Su oreja izquierda estaba hecha trizas, la manga izquierda de su chaqueta había sido arrancada, la bota derecha estaba rasgada desde la rodilla hasta el empeine; la sangre brillante se diluía bajo la fina lluvia a lo largo de su pierna y mano y brazo y por un lado de su cara que ya no estaba violenta sino completamente serena. Juntos desengancharon las fauces de Lion del cuello del oso.

—Espacio, maldita sea —dijo Boon—. ¿No veis que tiene todas las tripas fuera? —Empezó a quitarse la chaqueta. Habló a Jim de Tennie con aquella voz tranquila—: Trae la barca. Está a unas cien yardas río abajo. La he visto.

Luego Jim de Tennie se levantó y se alejó. Después, y él no podía recordar si fue una llamada o una exclamación de Jim de Tennie o si él se había vuelto a mirar por casualidad, vio a Jim de Tennie agacharse y a Sam Fathers que yacía inmóvil con la cara sobre el fango pisoteado.

No le había tirado la mula. Él recordó que Sam había desmontado antes de que Boon empezase a correr. No se le notaba nada y cuando él y Boon le dieron la vuelta tenía los ojos abiertos y dijo algo en aquella lengua en la que él y Joe Baker acostumbraban hablar entre ellos. Pero no podía moverse. Jim de Tennie trajo el bote; podían oír gritar al mayor de Spain al otro lado del río. Boon envolvió a Lion en su chaqueta y lo llevó hasta el bote y ellos llevaron a Sam y volvieron y engancharon al oso al arzón de la mula tuerta con la correa de Jim de Tennie y lo arrastraron hasta el bote y lo metieron dentro y dejaron que Jim de Tennie atravesara el río sobre el caballo llevando tras sí las dos mulas. El mayor de Spain sujetó la proa del bote mientras Boon saltaba y se acercó antes de que tocara la orilla. Miró a Old Ben y dijo reposadamente:

—Bien. —Luego anduvo dentro del agua y se inclinó y tocó a Sam y Sam le miró y dijo algo en aquella vieja lengua que hablaban él y Joe Baker—. ¿No sabes qué ha pasado? —preguntó el mayor de Spain.

—No, señor —dijo el muchacho—. No ha sido la mula. No ha sido nadie. Ya había desmontado de la mula cuando Boon corrió hacia el oso. Luego levantamos la vista y él estaba caído en el suelo.

—¡Vamos, maldita sea! —decía—. ¡Tráeme ese mulo!

—¿Qué quieres hacer con un mulo? —preguntó el mayor de Spain.

Boon ni le miró siquiera.

—Voy a Hoke a buscar al médico —respondió con voz serena, la cara completamente tranquila bajo el continuo diluirse de la sangre brillante.

—Tú necesitas un médico —dijo el mayor de Spain—. Jim de Tennie...

—¡Maldita sea! —exclamó Boon. Se volvió hacia el mayor de Spain. Su rostro estaba todavía tranquilo, sólo su voz era un tono más alto—. ¿No ve usted, condenación, que tiene todas las tripas fuera?

—¡Boon! —dijo el mayor de Spain.

Se miraron el uno al otro. Boon le llevaba toda la cabeza al mayor de Spain; hasta el muchacho era ya más alto que el mayor de Spain.

—Tengo que traer al médico —dijo Boon—. Sus condenadas tripas...

—Está bien —dijo el mayor de Spain.

Jim de Tennie salió del agua. El caballo y la mula sana ya habían olido a Old Ben; se encabritaron y se lanzaron camino arriba hasta lo alto del terraplén, arrastrando a Jim de Tennie con ellos antes de que pudiese detenerlos y amarrarlos y regresar. El mayor de Spain soltó de su presilla la correa de la brújula que llevaba en el ojal y se la dio a Jim de Tennie.

—Ve inmediatamente a Hoke —le dijo—. Tráete al doctor Crawford. Dile que aquí hay dos hombres a los que tiene que atender. Coge mi yegua. ¿Puedes encontrar la carretera desde aquí?

—Sí, señor —respondió Jim de Tennie.

—Está bien —dijo el mayor de Spain—. Ve. —Se volvió hacia el muchacho—. Coge las mulas y el caballo y vuelve y trae el carro. Nosotros iremos río abajo hasta el puente de Coon. Reúnete con nosotros allí. ¿Sabrás encontrar el lugar?

—Sí, señor —aseguró el muchacho.

—Está bien. Andando.

Volvió a buscar el carro. Se dio cuenta entonces de cuánto habían andado. Era ya por la tarde cuando enganchó las mulas y ató al caballo detrás del carro. Llegó al puente de Coon al oscurecer. El bote ya estaba allí. Antes de que pudiese verlo y casi antes de que pudiese ver el agua tuvo que saltar del carro entoldado, siempre sosteniendo las riendas, y buscó a su alrededor dónde sujetar el bocado y las riendas de la espantadiza mula sana mientras clavaba en tierra los calcañares para retenerla hasta que Boon subió por el terraplén. La cuerda del caballo ya se había roto y éste había desaparecido camino arriba hacia el campamento. Dieron la vuelta al carro y desengancharon las mulas y él llevó a la mula sana cien yardas más allá, al camino, y la ató. Boon ya había llevado a Lion al carro y Sam estaba sentado en la barca y cuando ellos lo levantaron él intentó andar hacia la orilla y el carro, y trató de trepar al carro pero Boon no esperó; levantó a Sam en vilo y lo colocó sobre el asiento. Luego engancharon de nuevo a Old Ben a la silla de la mula tuerta y lo arrastraron hasta la orilla y colocaron dos varas largas apoyadas en la parte de atrás del carro, que estaba abierta, y lo subieron al carro y él fue y trajo a la mula sana y Boon la enganchó a la fuerza, pegándole en el hocico que sonaba a hueco hasta que encajó en su lugar y se quedó temblando. Luego cayó la lluvia, como si se hubiera estado conteniendo todo el día.

Regresaron al campamento a través de la lluvia, a través de la fluyente y ciega

oscuridad, oyendo mucho antes de ver cualquier luz el cuerno y los espaciados disparos que les sirvieron de guía. Cuando llegaron a la pequeña y oscura cabaña de Sam éste intentó levantarse. Habló otra vez en el idioma de los viejos padres; luego dijo claramente:

—Dejadme bajar. Dejadme bajar.

—Ni siquiera tiene fuerzas —dijo el mayor—. ¡Sigue! —ordenó cortante.

Pero Sam forcejeaba, intentado ponerse en pie.

—Déjeme salir, amo —dijo—. Déjeme ir a casa.

De modo que él paró el carro y Boon echó pie a tierra y bajó a Sam en brazos. Esta vez no esperó a que Sam intentase andar. Lo transportó hasta dentro de la cabaña y el mayor de Spain prendió un papel en el rescoldo del hogar y encendió la lámpara y Boon puso a Sam sobre su catre y le quitó las botas y el mayor de Spain le tapó y el muchacho no se encontraba allí, estaba sujetando las mulas, ya que la mula sana trataba otra vez de salir corriendo pues desde que el carro se había parado el olor de Old Ben era llevado hacia adelante por la torrencial oscuridad del aire, pero los ojos de Sam estaban probablemente abiertos de nuevo con aquella profunda mirada con la que veía más allá de ellos y de la cabaña, más allá de la muerte de un oso y de la agonía de un perro. Luego continuaron, hacia el largo gemido del cuerno y los disparos que parecían persistir intactos en algún sitio del denso y fluyente aire hasta que el sucesivo y distanciado disparo se acoplaba con él, hacia la casa iluminada, las ventanas desbordantes de luz, los rostros silenciosos cuando Boon entró, ensangrentado y absolutamente tranquilo, llevando el bulto envuelto en su chaqueta. Depositó a Lion, con la chaqueta ensangrentada, en su maloliente camastro sin sábanas que ni siquiera Ash, tan diestro en las cosas de la casa como una mujer, pudo nunca tener arreglado.

El médico del aserradero de Hoke ya estaba allí. Boon no permitió que le tocara hasta que hubo curado a Lion. No se atrevió a darle cloroformo. Le metió las entrañas y lo cosió sin cloroformo mientras el mayor de Spain le sostenía la cabeza y Boon las patas. Pero él no intentó moverse. Yacía allí, los amarillos ojos abiertos a la nada mientras los hombres silenciosos con los trajes de caza nuevos y viejos se hacinaban dentro de la pequeña habitación sin aire, pestilente por el olor del cuerpo de Boon y sus ropas, y observaban. Luego el médico limpió y desinfectó la cara y el brazo y la pierna de Boon y lo vendó, y el muchacho delante con una linterna y el médico y McCaslin y el mayor de Spain y el general Compson siguiéndole, se dirigieron a la cabaña de Sam Fathers. Jim de Tennie había encendido fuego; se hallaba en cuclillas delante de él, dormitando. Sam no se había movido desde que Boon le puso en su catre y el mayor de Spain le había abrigado con las mantas; no obstante abrió los ojos y miró los rostros uno a uno y cuando McCaslin le tocó el hombro y dijo: «Sam. El doctor quiere echarle un vistazo», él sacó las manos fuera de las mantas y empezó a tantear los botones de su camisa hasta que McCaslin dijo: «Espera. Nosotros lo haremos.»

Lo desnudaron. Estaba allí extendido —el cuerpo cobrizo, casi sin vello, el cuerpo de un viejo, el viejo, el hombre salvaje al que ni una generación separaba de los bosques, sin hijos, sin parientes, sin pueblo— inmóvil, los ojos abiertos pero sin mirar a ninguno de ellos, mientras el médico le reconocía y extendía las mantas hacia arriba y guardaba el estetoscopio en su cartera y la cerraba y sólo el muchacho sabía que Sam también iba a morir.

—Agotamiento —dijo el médico—. Tal vez un shock. Un hombre de su edad nadando en los ríos en diciembre. Se pondrá bien. Hagan que guarde cama un día o dos. ¿Habría alguien con él?

—Habría alguien con él —aseguró el mayor de Spain.

Volvieron a la casa, al maloliente cuartito donde Boon seguía sentado en el jergón con la cabeza de Lion bajo una mano mientras los hombres, aquellos que habían cazado siguiendo a Lion y los que no le habían visto nunca antes de aquel día, acudían en silencio a mirarle y se iban. Luego amaneció y todos ellos salieron al patio a contemplar a Old Ben, con sus ojos abiertos también y sus labios sobre los dientes raídos y su pata mutilada y pequeñas protuberancias duras bajo su piel que eran las viejas balas (había cincuenta y dos, entre perdigones y balas) y la única y casi invisible herida bajo su hombro izquierdo donde la hoja de Boon había al fin sesgado su vida. Luego Ash empezó a golpear en el fondo de una sartén con una pesada cuchara llamándolos para el desayuno y fue la primera vez que él recordó no haber oído que los perros hicieran ningún ruido debajo de la cocina mientras ellos estaban comiendo. Era como si el viejo oso, aun yaciendo muerto en el patio, fuese un terror mucho más poderoso del que podían afrontar sin Lion entre ellos.

La lluvia había cesado durante la noche. Hacia la mitad de la mañana un tenue sol apareció, disolviendo rápidamente la niebla y las nubes, calentando el aire y la tierra; uno de aquellos días sin viento de diciembre en Mississippi que son una especie de veranillo de San Martín en el veranillo de San Martín. Llevaron a Lion a la galería de delante, al sol. Fue idea de Boon.

—¡Maldita sea! —dijo—, no le gustaba vivir en la casa, pero le acostumbré. Ustedes lo saben.

Cogió una palanca y desprendió las tablas del piso debajo de su jergón de modo que pudiese ser levantado, con colchón y todo, sin alterar la posición de Lion y lo llevaron a la galería y lo colocaron de cara a los bosques.

Luego él y el médico y McCaslin y el mayor de Spain fueron a la cabaña de Sam. Esta vez Sam no abrió los ojos y su respiración era tan leve, tan reposada que difícilmente podían ver que respiraba. El doctor ni siquiera sacó el estetoscopio ni le tocó.

—Está bien —dijo el doctor—. Ni siquiera ha cogido un resfriado. Sólo que abandona.

—¿Abandona? —dijo McCaslin.

—Si. Los viejos hacen así a veces. Pero después de un buen sueño, o quizá tras

un trago de whisky, cambian de idea.

Volvieron a la casa. Y luego empezaron a llegar ellos: los habitantes de los pantanos, los hombres macilentos que ponían trampas y vivían de quinina y de coatíes y del agua del río, los agricultores de pequeños campos de maíz y de algodón en el valle cuyas tierras y graneros y pocilgas había saqueado el viejo oso, los leñadores del campamento y los hombres del aserradero de Hoke y los hombres de la ciudad de mucho más lejos, cuyos perros habían sido muertos por el viejo oso y sus trampas y armadijos destruidos y cuyo plomo llevaba. Llegaban a caballo y a pie y en carros, entraban en el patio y le miraban y luego iban a la parte delantera donde estaba instalado Lion, llenando el pequeño patio y rebasándolo hasta que hubo casi un centenar de ellos en cuclillas y de pie bajo la luz cálida y amodorrante del sol, hablando en voz baja de cacerías, de las piezas y de los perros que las persiguen, de los sabuesos y del oso y del ciervo y de los hombres de ayer desaparecidos de la tierra, mientras de vez en cuando el gran perro azul abría los ojos, no como si los estuviera escuchando sino como si mirase a los bosques por un momento antes de cerrarlos de nuevo, para recordarles o para comprobar que todavía estaban allí. Murió al amanecer.

El mayor de Spain dejó el campamento aquella noche. Llevaron a Lion al bosque, esto es, lo llevó Boon, envuelto en un edredón de su cama, lo mismo que se había negado ayer a que nadie tocara a Lion hasta que el médico llegase; Boon llevaba a Lion, y el muchacho y el general Compson y Walter y además casi cincuenta de los otros le seguían con linternas y con teas encendidas; hombres de Hoke y hasta de más lejos, que tendrían que cabalgar para salir del valle en la oscuridad y hombres de los pantanos y tramperos que hasta tendrían que irse andando, dispersándose hacia las pequeñas cabañas perdidas donde vivían. Boon no permitió a nadie que cavase la fosa y depositó a Lion en ella y lo cubrió y luego el general Compson se colocó en la cabecera de la fosa mientras la llama y el humo de las teas se difundían entre las ramas invernales y habló como habría hablado por un hombre. Después regresaron al campamento. El mayor de Spain y McCaslin y Ash habían enrollado y atado colchones y mantas. Las mulas estaban enganchadas en el carro y de espaldas al valle y el carro estaba ya cargado y la hornilla de la cocina estaba fría y la mesa estaba preparada con sobras de comida fría y pan y sólo el café estaba caliente cuando el muchacho corrió a la cocina donde el mayor de Spain y McCaslin ya habían comido.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué? Yo no me voy.

—Sí —dijo McCaslin—, nos vamos esta noche. El mayor quiere volverla casa.

—¡No! —exclamó él—. Yo me quedo.

—Tienes que estar de vuelta en la escuela el lunes. Ya has perdido una semana más de lo que yo pensaba. Tendré que ocuparme de ti de aquí al lunes. Sam está bien. Ya oíste al doctor Crawford. Dejaré a Boon y a Jim de Tennie para que permanezcan con él hasta que pueda levantarse.

Él jadeaba. Los otros habían entrado. Miró rápidamente y casi frenéticamente las

otras caras. Boon tenía una botella nueva. Para abrirla golpeó el fondo con el dorso de la mano hasta que salió un poco el corcho, cogió luego el corcho con los dientes, lo escupió y bebió.

—Hacen condenadamente bien en volverte a la escuela —dijo Boon—. Y yo mismo te zurraré la badana si Cass no lo hace, aunque tengas dieciséis años o sesenta años. ¿Dónde diablos esperas llegar sin instrucción? ¿Dónde hubiera llegado Cass? ¿Qué diablos hubiera sido yo si no hubiera ido nunca a la escuela?

Él miró a McCaslin de nuevo. Sentía que su respiración se hacía cada vez más y más corta y cada vez menos profunda, como si en la cocina no hubiera bastante aire para todos aquellos que tenían que respirar.

—Hoy es jueves. Llegaré a casa el domingo por la noche en uno de los caballos. Estaré en casa el domingo, entonces. Recuperaré el tiempo perdido estudiando el domingo por la noche, McCaslin —dijo, sin desesperación siquiera.

—No, ya te lo he dicho —respondió McCaslin—. Siéntate y come tu cena. Nos vamos...

—Un momento, Cass —interrumpió el general Compson. El muchacho no se dio cuenta de que el general Compson se había movido hasta que le puso la mano en el hombro—. ¿Qué es lo que pasa, pequeño? —inquirió.

—Tengo que quedarme —dijo él—. Es necesario.

—Está bien —contestó el general Compson—. Puedes quedarte. Si perder una semana más de escuela va a hacerte retroceder tanto que vas a tener que sudar para descubrir lo que cualquier pedagogo asalariado pone entre las tapas de un libro, es mejor que lo dejes para siempre. Y tú te callas, Cass —dijo, aunque McCaslin no había hablado—. Tú tienes un pie atado a una granja y el otro a un banco; ni siquiera lograste ser un buen rastreador mientras que este muchacho era ya un experto mucho antes de que tus malditos Sartoris y Edmonds inventaran granjas y bancos para preservar a las gentes como vosotros de tener que descubrir lo que este muchacho sabía al nacer y quizá temía también pero sin estar amedrentado, que por eso fue capaz de hacer diez millas con una brújula, porque quería ver el oso al que ninguno de nosotros se había acercado lo bastante para meterle una bala y contempló al oso y volvió a hacer las diez millas de vuelta con la brújula en la oscuridad; por Dios, que tal vez sea eso el porqué y el cómo de las granjas y los bancos. ¿Vas a decirnos lo que pasa?

Pero él aún no podía.

—Necesito quedarme —respondió.

—Está bien —dijo el general Compson—. Ha quedado bastante comida. ¿Volverás a casa el domingo, como le has prometido a McCaslin? No el domingo por la noche: el domingo.

—Sí, señor —contestó él.

—Está bien —dijo el general Compson—. Sentaos y comed, muchachos —ordenó—. Hay que ponerse en marcha. Va a hacer frío antes de que lleguemos a casa.

Comieron. El carro estaba ya cargado y preparado para partir; todo lo que tenían que hacer era subir a él. Boon los conduciría hasta la carretera, hasta la cuadra del colono donde habían dejado el birlocho. Estaba al lado del carro, recortándose su figura contra el cielo, envuelta la cabeza en un turbante como un indio y más alto que cualquiera de los que estaban allí, la botella ladeada. Cuando estuvo vacía sacó la botella de entre sus labios sin siquiera bajarla y la arrojó lejos, haciéndola girar y brillar a la débil luz de las estrellas.

—Los que partan —dijo—, suban a este maldito carro. Los que no, que se aparten del maldito camino.

Los otros subieron. Boon trepó al asiento al lado del general Compson y el carro empezó a andar, adentrándose en la negrura hasta que el muchacho no pudo verlo ya, ni siquiera su masa oscura que se movía en medio de la inmensidad de la noche. Pero todavía pudo oírlo durante un largo rato: el lento, vacilante estrépito del armazón de madera mientras se bandeaba de bache en bache. Y pudo oír a Boon aun después de no oír ya el carro. Iba cantando, bronco, desentonado, estentóreo.

Eso fue el jueves. El sábado por la mañana Jim de Tennie partió en el caballo de carga de McCaslin, que no había salido de la vaguada ni una sola vez en seis años, y avanzada la tarde cruzó el portillo sobre el agotado caballo y fue hasta el economato donde McCaslin estaba dando las raciones a los arrendatarios y a los jornaleros para la semana entrante, y esa vez McCaslin evitó toda necesidad o riesgo de tener que esperar a que los caballos fuesen enjaezados y enganchados al coche del mayor de Spain. Cogió el suyo y, con Jim de Tennie ya dormido en el asiento posterior, llegó a Jefferson y esperó a que el mayor de Spain se cambiara las botas y se pusiera el abrigo, y recorrieron las treinta millas en la oscuridad de la noche y al amanecer del domingo dejaron el coche por la yegua y la mula que les estaban esperando y al salir el sol cabalgaban fuera de la selva y ascendían la pequeña loma donde habían enterrado a Lion: el pequeño montículo de tierra no asentado donde todavía se notaban las huellas de la pala de Boon y al otro lado de la fosa la plataforma de vástagos recién cortados y atados entre cuatro pilares y el bulto envuelto en mantas sobre la plataforma y Boon y el muchacho en cuclillas entre la plataforma y la fosa hasta que Boon, quitado el vendaje de la frente, arrancado, de modo que las largas excoriaciones de las garras de Old Ben parecían costras de alquitrán a la luz del sol, saltó en pie y se lanzó sobre ellos empuñando el viejo rifle con el que nunca se supo que hubiera dado en el blanco a nada mientras McCaslin estaba ya bajando de la mula, liberando ambos pies de los estribos y saltando a tierra antes de que la mula se parase, andando hacia Boon.

—¡Atrás! —dijo Boon—. Por Dios, que no le tocará. ¡Atrás, McCaslin!

Sin embargo, McCaslin continuaba, rápido aunque sin excesiva premura.

—¡Cass! —exclamó el mayor de Spain. Luego dijo—: ¡Boon! ¡Tú, Boon! —Y también bajó de la yegua y el muchacho se levantó también, rápidamente. McCaslin seguía avanzando no de prisa sino constante y llegó hasta la tumba y alargó una mano

con firmeza, rápidamente aunque sin prisa, y cogió el rifle por el medio de modo que él y Boon se enfrentaron a través de la tumba de Lion, sujetando ambos el rifle, la cara consumida indomable absorta y frenética de Boon que casi sobrepasaba en una cabeza a la de McCaslin bajo las negras cicatrices de las garras de la fiera, y luego el pecho de Boon empezó a jadear como si no hubiera suficiente aire en todo el bosque, en toda la vaguada, para todos ellos, para él y para cualquier otro, ni siquiera para él solo.

—Suéltalo, Boon —dijo McCaslin.

—Condenado larguirucho... —dijo Boon—. ¿No sabe que se lo puedo quitar? ¿No sabe que puedo enrollárselo al cuello como una condenada corbata?

—Sí —respondió McCaslin—. Suéltalo, Boon.

—Así es como él lo quería. Él nos lo dijo. Él nos dijo exactamente cómo hacerlo. Y por Dios que usted no le tocará. Hemos hecho como él dijo, y yo estoy sentado aquí desde entonces para mantener a los condenados gatos salvajes y zorros lejos de él y por Dios...

Luego McCaslin sostuvo el rifle, inclinado hacia abajo mientras movía el cargador y los cinco cartuchos se deslizaron tan velozmente que el último estaba casi fuera antes de que el primero tocara el suelo y McCaslin dejó caer el rifle tras de sí sin separar sus ojos de los de Boon ni una sola vez.

—¿Le mataste tú, Boon? —dijo.

Entonces Boon se movió. Se volvió, se movió como si estuviera todavía borracho y por un momento también ciego, con una mano extendida mientras tropezaba yendo hacia el gran árbol, y pareció que se detenía antes de alcanzar el árbol de modo que se arrojó, cayó sobre él, alargando las manos y pegándose contra el árbol y volviéndose hasta que su espalda estuvo contra él, el tronco del árbol respaldando su salvaje, agotado, desgarrado rostro y la tremenda elevación y concentración de su pecho: le siguió McCaslin enfrentándose de nuevo con él, sin siquiera haber separado una vez sus ojos de los ojos de Boon.

—¿Le mataste tú, Boon?

—¡No! —exclamó Boon—. ¡No!

—Di la verdad —dijo McCaslin—. Yo también lo hubiera hecho si él me lo hubiera pedido.

Luego el muchacho se movió. Se interpuso entre ellos, encarándose con McCaslin; las lágrimas le caían como si brotaran y rebosaran no de sus ojos sólo sino de todo su rostro, como sudor.

—¡Déjale en paz! —gritó—. ¡Maldita sea! ¡Déjale en paz!

Luego tuvo veintiún años. Podía decirlo, él y su primo yuxtapuestos no contra la selva sino contra la tierra domada que debía ser su herencia, la tierra que el viejo Carothers McCaslin, su abuelo, había comprado con el dinero del hombre blanco a los hombres salvajes cuyos abuelos habían cazado sin rifles, y la había domado y ordenado o creía que la había domado y ordenado por el hecho de que los seres que él poseía en la esclavitud y con derecho de vida o muerte sobre ellos la habían arrancado a la selva y con su sudor habían rascado su superficie hasta una profundidad de unas catorce pulgadas con el fin de hacer crecer algo que no había estado allí antes y que podía ser transformado en el dinero que el que creyó que la había comprado había tenido que pagar para conseguirla y mantenerla y también un razonable beneficio: y por este hecho el viejo Carothers McCaslin, aun sabiéndolo, pudo criar a sus hijos, sus descendientes y herederos, creyendo que la tierra era su posesión y su legado ya que el hombre fuerte y endurecido tiene una cínica presciencia de su vanidad y de su orgullo y de su fuerza y cierto desprecio por todo lo que logra; lo mismo que, aun sabiéndolo, el mayor de Spain y su pedazo de aquella selva que era mayor y más antigua que cualquier escritura registrada; al igual que, aun sabiéndolo, el viejo Thomas Sutpen, de quien el mayor de Spain había conseguido su pedazo por dinero; semejante a Ikkemotubbe, el jefe chickasaw, de quien Thomas Sutpen había obtenido aquel pedazo por dinero o por ron o por lo que fuese, sabía a su vez que ni siquiera un pedazo había sido suyo para poder cederlo o venderlo

no contra la selva sino contra la tierra, no en su busca y codicia sino en su abandono, y en la administración como debía haber sido, no el corazón acaso sino seguramente el plexo solar de la repudiada y abandonada: el rectángulo, rodeado de galerías, toda la edificación de madera arrellanada como un prodigio sobre los campos cuyos trabajadores todavía se mantenían en un sesenta y cinco por ciento o más en la esclavitud y rotulada por todas partes con anuncios de rapé y medicamentos para los resfriados y ungüentos y pociones manufacturadas y vendidas por los blancos para blanquear el pigmento y alisar el pelo de los negros para que pudieran parecerse a la raza que durante doscientos años los había tenido en la esclavitud y de la que durante otros cien años ni siquiera una sangrienta guerra civil había logrado liberarlos del todo

él y su primo en medio de los viejos olores del queso y de la carne salada y del petróleo y los arneses, los estantes de tabaco y de pantalones y de frascos de medicinas y de hilo y de piezas de arado, los barriles y barrilitos de harina y de alimentos y de melaza y de clavos y las estaquillas en el muro de las que colgaban los tirantes y las colleras y las cadenas de los jaeces, y el escritorio y la estantería donde descansaban los libros mayores en los que McCaslin registraba la lenta salida de alimentos y suministros y vestidos que volvía cada otoño cuando el algodón era

recogido y desmotado y vendido (unas hebras frágiles como la verdad e impalpables como la línea ecuatorial y sin embargo fuertes como una maroma para atar de por vida a aquellos que recogían el algodón en la tierra donde caía su sudor), y los viejos registros amazacotados y arcaicos en las dimensiones y en la forma, sobre cuyas páginas amarillentas estaba registrada con descoloridos caracteres por su padre Teophilus y su tío Amodeus durante las dos décadas anteriores a la Guerra Civil la manumisión al menos de nombre de los esclavos de Carothers McCaslin:

—Abandonar —dice McCaslin—. Abandonar. Tú, el descendiente directo y varón de quien vio la oportunidad y la tomó, y compró la tierra, cogió la tierra, consiguió la tierra no importa cómo, la mantuvo para legarla, no importa cómo, aparte de la antigua concesión, la primera patente, cuando era una selva de animales salvajes y hombres más salvajes, y la desbrozó, la cambió en algo que pudiera legar a sus hijos, digna de ser transmitida para comodidad y seguridad y orgullo de sus descendientes y para perpetuar su nombre y sus méritos. No sólo el descendiente varón sino el único y último descendiente por línea de varón y de la tercera generación, mientras que yo no sólo soy de la cuarta generación del viejo Carothers, yo desciendo de línea de mujer y el mismo McCaslin de mi nombre es mío sólo por la tolerancia y la cortesía y el orgullo de mi abuela por lo que realizó aquel hombre cuyo legado y monumento crees que puedes rechazar. —Y él:

—No puedo rechazarlo. Nunca ha sido mío para poder rechazarlo. No ha sido nunca de mi padre y de tío Buddy para que me lo legaran para que lo repudiase porque nunca fue del abuelo para que se lo legase a ellos y que ellos me lo legasen a mí para que lo repudiase porque nunca fue del viejo Ikkemotubbe para que se lo vendiese a mi abuelo para la cesión y el repudio. Porque nunca los padres de los padres de Ikkemotubbe se lo legaron a Ikkemotubbe para que lo vendiese al abuelo ni a ningún hombre porque en el instante en que Ikkemotubbe descubrió, se dio cuenta de que podía venderlo por dinero, en ese instante dejó de ser suyo para siempre, de padre a padre y a padre, y el hombre que lo compró no compró nada.

—¿No compró nada? —Y él:

—No compró nada. Porque El dice en el Libro cómo creó la tierra, la hizo y la contempló y dijo que estaba bien, y luego Él hizo al hombre. Hizo la tierra primero y la pobló de bestias, y luego creó al hombre para que fuese Su mayoral sobre la tierra y en Su nombre se reservase la soberanía sobre la tierra y sobre los animales que estaban en ella, no para que mantuviese para sí y para sus descendientes títulos inviolables eternamente, generación tras generación, de oblongos y cuadrados de tierra, sino para que mantuviese la tierra recíproca e intacta en la anónima colectividad de la fraternidad y todo lo que Él pedía como retribución fue la piedad y la humildad y el sufrimiento y la paciencia y el sudor de sus frentes para el pan. Y yo sé lo que vas a decirme —prosiguió—: A pesar de todo eso el abuelo... —Y McCaslin:

—... la poseyó. Y no el primero. No él solo y no el primero desde que, como tu

Autoridad expone, el hombre fue privado del Edén. Ni tampoco el segundo y siempre no el único, hacia abajo por la tediosa y vergonzosa crónica de Sus elegidos descendientes de Abraham, y de los hijos de aquellos que desposeyeron a Abraham, y de los quinientos años durante los cuales la mitad del mundo conocido y todo lo que contenía fue propiedad de una sola ciudad como toda esta plantación y toda la vida en ella contenida fue propiedad y servidumbre irrevocable de este economato y de esos libros mayores que estaban ahí durante la vida de tu abuelo, y en los siguientes mil años los hombres pasaban el tiempo peleando sobre los fragmentos de aquellas ruinas hasta que al fin incluso los fragmentos se agotaron y los hombres gruñeron sobre los mordisqueados huesos del crepúsculo sin valor del viejo mundo hasta que un huevo fortuito les descubrió un nuevo hemisferio. Por eso permíteme decirlo: no obstante y a despecho de esto el viejo Carothers la poseyó. Comprada, conseguida, no importa; retenida, conservada, no importa; transmitida: ¿por qué, de lo contrario, estarías aquí abandonándola y repudiándola? La tuvo, la conservó durante cincuenta años hasta que tú pudieras repudiarla, mientras que Él, ese Arbitro, ese Arquitecto, ese Juez, perdonó, ¿o no perdonó?, miró abajo y vio, ¿o no vio? O al menos no hizo nada: vio, y no pudo, o no vio; vio y no quiso, o quizá Él no quería ver, perverso, impotente o ciego: ¿cuál? —Y él:

—Desposeído. —Y McCaslin:

—¿Qué? —Y él:

—Desposeído. No impotente: Él no ha perdonado; no ciego, porque Él lo ha observado. Y permíteme decirlo. Desposeído del Edén. Desposeído de Canaán, y aquellos que le desposeyeron desposeídos, y los quinientos años de los ausentes propietarios en los baños de Roma, y los mil años de los hombres salvajes de los bosques del Norte que los desposeyeron a ellos y devoraron sus materias violadas violados de nuevo a su vez y luego gruñeron en lo que tú llamas el crepúsculo sin valor del viejo mundo sobre los huesos mordisqueados del viejo mundo, blasfemando en Su nombre hasta que Él empleó un simple huevo para descubrirles un nuevo mundo donde una nación de gentes podía ser fundada en la humildad y en la piedad y en la tolerancia y en el orgullo del uno por el otro. Y el abuelo no obstante y a despecho de esto poseyó la tierra porque Él lo permitió, no impotente y no perdonando y no ciego porque Él lo dispuso y lo observó. El vio la tierra ya maldita cuando Ikkemotubbe y el viejo Issetibbeha padre de Ikkemotubbe y los padres del viejo Issetibbeha la ocupaban, ya corrompida, antes aun de que cualquier hombre blanco la poseyese por lo que el abuelo y los de su casta, sus padres, habían traído a las nuevas tierras que Él les había concedido por piedad y por tolerancia, a cambio de la piedad y la humildad y la tolerancia y la perseverancia, de aquel crepúsculo corrompido y sin valor del viejo mundo como si en las velas hinchadas del viento infecto del viejo mundo que impulsó los barcos... —Y McCaslin:

—¡Ah!

—... y ninguna esperanza para la tierra en ninguna parte en tanto que

Ikkemotubbe y los descendientes de Ikkemotubbe la poseyeron en ininterrumpida sucesión. Tal vez El vio que desocupando la tierra durante un tiempo de la sangre de Ikkemotubbe y sustituyéndola por otra sangre, podía El llevar a cabo su propósito. Quizá Él sabía ya lo que la otra sangre sería, quizá era más que justicia que sólo la sangre del hombre blanco fuese provechosa y capaz para levantar la maldición de sobre el hombre blanco, más que venganza cuando... —Y McCaslin:

—¡Ah!

—... cuando Él usó la sangre que había llevado el mal para destruir el mal lo mismo que los médicos provocaron la fiebre para quitar la fiebre, el veneno para matar el veneno. Acaso Él eligió al abuelo entre todos aquellos que Él podía haber elegido. Acaso Él sabía que el abuelo no habría servido para su propósito porque el abuelo había nacido demasiado pronto, pero que el abuelo tendría descendientes, los descendientes que convenían; tal vez El vio ya en el abuelo la simiente que procrearía las tres generaciones que El vio que serían precisas para dar la libertad al menos a parte de su humilde pueblo... —Y McCaslin:

—Los hijos de Cam. Tú que citas el Libro: los hijos de Cam. —Y él:

—Hay muchas cosas que El dice en el Libro, y se Le atribuyen algunas cosas que Él no dijo. Y yo sé lo que tú dirás ahora: que si la verdad es una cosa para mí y otra para ti, ¿cómo haremos para elegir lo que es la verdad? Tú no necesitas elegir. El corazón ya lo sabe. Él no tiene Su Libro escrito para ser leído por los que deben elegir y seleccionar, sino para el corazón, no para los sabios de la tierra porque acaso ellos no lo necesitan o acaso los sabios ya no tienen corazón, sino para los condenados y los humildes de la tierra que no pueden leer con otra cosa sino con el corazón. Porque los hombres que escribieron el Libro por El estaban escribiendo acerca de la verdad y hay sólo una verdad y abarca todas las cosas que atañen al corazón. —Y McCaslin:

—También aquellos hombres que transcribieron Su Libro por Él a veces eran mentirosos. —Y él:

—Sí. Porque eran humanos. Ellos trataban de consignar la verdad del corazón extrayéndola de la compleja turbulencia del corazón, para todos los complejos y turbados corazones que palparían después de ellos. Lo que ellos trataban de decir, lo que Él quería que se dijese, era demasiado sencillo. Aquéllos para quienes transcribían Sus palabras no habrían podido creerles. Tenían que ser explicadas en los términos de todos los días que les eran familiares y que podían comprender, no sólo aquellos que escuchaban sino también aquellos que las decían, porque si ellos que estaban tan cerca de El como para haber sido elegidos de entre todos los que divulgaban y hablaban lenguas para transcribir y difundir sus palabras, podían comprender la verdad sólo a través de las complejidades de la pasión y la lujuria y el odio y el miedo que mueven el corazón, ¿qué distancia tendrían que atravesar para llegar a la verdad aquellos que sólo podían alcanzarla de labios humanos? —Y McCaslin:

—Podría contestarte a eso, ya que te has puesto a probar tus puntos de vista y a refutar los míos con el mismo texto, que no lo sé. Pero no lo digo, ya que tú mismo te has dado la respuesta: ninguna absolutamente si, como dices, el corazón conoce la verdad, el certero e infalible corazón. Y tal vez tú tengas razón, ya que si bien supones tres generaciones desde el viejo Carothers hasta ti, no eran tres. Ni siquiera eran dos completamente. Tío Buck y tío Buddy. Y ellos no eran los primeros ni los únicos. Un millar de otros Bucks y Buddies en menos de dos generaciones y a veces en menos de una en esta tierra que según tú pretendes Dios creó y el hombre ha maldecido y corrompido. Sin hablar de 1865. —Y él:

—Sí. Muchos más hombres que padre y tío Buddy —sin mirar siquiera hacia el estante sobre el escritorio, ni tampoco a McCaslin. Ellos no lo necesitaban. Para él era como si los libros mayores con sus cicatrices y fisuras en las encuadernaciones de cuero fueran levantados uno a uno en sus descoloridas series y colocados abiertos sobre el escritorio o quizá sobre algún apócrifo Banco o incluso Altar o tal vez delante de Su Trono para una última lectura y contemplación y refrescar la memoria del Omnisciente antes de que las páginas amarillentas y la pardusca y tenue tinta con la que se hallaba registrada la injusticia y al menos un poco de las mejoras y reparaciones se desvanecieran para siempre en el común polvo originario

las amarillentas páginas garrapateadas con pálida tinta primero por la mano de su abuelo y luego por su padre y su tío, solteros hasta y pasados los cincuenta y luego los sesenta años, uno que dirigía la plantación y los trabajos agrícolas y el otro que hacía las faenas domésticas y la cocina y continuó haciéndolo aun después de casado su hermano gemelo y de nacer el muchacho

los dos hermanos que tan pronto como su padre estuvo enterrado se trasladaron del edificio tremendamente concebido, casi parecido a un granero que ni siquiera había terminado, a una cabaña de troncos de una sola habitación que ellos mismos habían construido y añadieron otras habitaciones mientras vivieron en ella, oponiéndose a que los esclavos tocaran ningún madero sino únicamente que llevaran al sitio los troncos que dos hombres solos no podían manejar, y alojaron a todos los esclavos en la casa grande en la que algunas de las ventanas estaban todavía simplemente hechas de tablas o pieles de oso y de ciervo clavadas sobre la vacía armazón: todas las tardes a la puesta del sol el hermano que dirigía los trabajos agrícolas pasaba revista a los negros como un sargento mayor, y en manada, quieras o no, los enviaba, hombres y mujeres y niños, sin preguntas, protestas o apelación, al tremendo y abortado edificio apenas sin haber salido del embrión, como si hasta el viejo Carothers McCaslin se hubiese interrumpido despavorido frente a las concretas muestras de las ilimitadas concepciones de su propia vanidad; pasaba lista mentalmente y los mandaba adentro y con un clavo hecho a mano tan largo como un cuchillo de desollar y colgando de una breve tira de piel de ciervo atada con ese fin al marco cerraba la puerta de aquella casa a la que faltaban la mitad de las ventanas y tenía la puerta de atrás sin ninguna bisagra, de modo que entonces y durante

cincuenta años después, cuando el muchacho era ya mayor para oírlo y recordarlo, corría por la región una especie de conseja: el campo lleno toda la noche de los remoloneadores esclavos de los McCaslin evitando las carreteras iluminadas por la luna y la patrulla montada que iba a visitar las otras plantaciones, y el tácito acuerdo entre los dos hombres blancos y las dos docenas de negros de que después de que el blanco los hubiera contado y hubiera hincado el clavo hecho a mano en la puerta delantera al atardecer, ninguno de los blancos iría a dar una vuelta detrás de la casa a mirar la puerta de atrás, con tal que todos los negros estuvieran detrás de la puerta principal cuando el hermano que los había encerrado sacaba de nuevo el clavo al romper el día

los gemelos que eran idénticos hasta en su escritura, a menos que no se pusiera una al lado de la otra para confrontarlas, y hasta cuando los caracteres de ambos aparecían en la misma página (como sucedía a menudo, como si, habiendo pasado mucho tiempo sin intercambio oral, hubieran usado las páginas siguientes día por día para conducir el ineludible asunto de la compulsión que había atravesado todo el inmenso y salvaje norte del Mississippi en 1830 y en 1840 y se singularizó en ellos para dirigirla) parecían como si hubieran sido escritos por la misma mano de un muchacho normal de diez años de edad, hasta en la ortografía, salvo que la ortografía no mejoraba a medida que uno a uno los esclavos que Carothers McCaslin había heredado y comprado, Roscius y Phoebe y Thucydides y Eunice y sus descendientes, y Sam Fathers y su madre por los que había cambalacheado un caballo trotón vicioso y castrado al viejo Ikkemotubbe, el jefe chickasaw a quien también había comprado la tierra, y Tennie Beauchamp, a quien el gemelo Amodeus había ganado a su vecino en una partida de póquer, y aquella anomalía que se llamaba a sí mismo Percival Brownlee que el gemelo Theophilus había comprado, y que ni él ni su hermano sabían realmente por qué, a Bedford Forrest cuando era todavía un traficante de esclavos y aún no un general. Era una sola página, no larga y abarcaba menos de un año, ni siquiera siete meses en realidad, empezada con los caracteres que el muchacho había aprendido a distinguir como de su padre:

Percival Brownly de 26 años empleado tenedor de libros. comprado a N. B. Forest en Cold Water 3 Mar 1856 \$ 265. dólares.

y debajo de esto, con la misma caligrafía:

5 mar 1856 No sabe llevar la contabilidad al menos No sabe leer. Puede escribir su Nombre pero ya lo había anotado Yo Dice que sabe arar pero no me lo parece, mandado al Campo hoy Mar 5 de 1856

y por la misma mano:

6 Mar 1856 No sabe arar tampoco Dice que quiere ser Predicador de modo que

quizá puede también llevar al ganado a Beber al Torrente

y ahora era la otra, la caligrafía que podía reconocer como de su tío cuando las veía juntas en la misma página:

Mar 23 1856 Tampoco puede hacer eso excepto de uno en uno sacárselo encima

luego la primera otra vez:

24 Mar 1856 Quién diablos lo compraría

luego la segunda:

19 de Abr 1856 Nadie Tú mismo lo sacaste del Mercado de Cold Water hace dos meses Yo no he dicho nada de venderlo Libertarlo.

la primera:

22 Abr 1856 Me libraré de él

la segunda:

13 Jun 1856 Como \$ 1 por año 265 \$ 265 años Quien firmará su papel de Libertad

luego la primera otra vez:

1 Oct 1856 La Mula Josefina se ha roto una pata la hemos matado mala cuadra mal negro malo todo \$ 100. dólares

y la misma:

2 Oct 1856 Liberada la Deuda de McCaslin y McCaslin \$ 265. dólares

luego la segunda otra vez:

3 Oct 1856 Debe Theophilus McCaslin Negro 265 \$ Mula 100 \$ 365 \$ Él no se ha ido sin embargo Papá debía estar aquí

luego la primera:

3 Oct 1856 Ese hijo de perra no quiere irse. Qué habría hecho padre

la segunda:

29 de Oct 1856 Rebautizarle

la primera:

31 Oct 1856 ¿Rebautizarle qué?

la segunda:

Navidad 1856 Spintrius

adquirían sustancia y hasta una especie de vida fantasmal con sus pasiones y hasta con sus complejidades según las páginas seguían a las páginas y los años a los años; todo allí, no sólo la general y perdonada injusticia y su lenta amortización, sino la tragedia específica que no había sido perdonada y no podía ser nunca amortizada, la nueva página y el nuevo registro, la caligrafía que podía reconocer a primera vista como de su padre:

Papá murió Lucius Quintus Carothers McCaslin, Callina 1772 Missipy 1837. Muerto y enterrado 27 Junio 1837

Roskus. criado por Abuelo en Callina No sé la edad. Liberado el 27 de Junio 1837 No quiso marcharse. Muerto y enterrado 12 Ene 1841

Fibby esposa de Roskus. comprada por abuelo en Callina dice Cincuenta Liberada el 27 de Junio de 1837 No quiso marcharse. Muerta y enterrada 1 de Agos 1849

Trucydus hijo de Roskus y Fibby nacido en Callina en 1779. Rechazó una parcela de 10 acres en el testamento de papá 28 de Jun 1837 Rechazó una oferta en Efectivo de \$ 200. dólares de A. y T. McCaslin 28 de Jun 1837 Quiere quedarse y trabajar.

y debajo de esto y cubriendo las siguientes cinco páginas y casi otros tantos años, el lento, cotidiano aumento de los jornales que se le abonaban y el alimento y los vestidos —la melaza y la carne y la harina, las camisas baratas y duraderas y la indumentaria de trabajar y los zapatos y de vez en cuando un abrigo contra la lluvia y el frío— gravando el saldo de la suma que lenta pero constantemente crecía (y parecía al muchacho que podía realmente ver al negro, al esclavo que sus amos blancos habían liberado para siempre en virtud de un hecho del que el negro no podría ser nunca libre mientras durase la memoria, entrando en el economato, acaso pidiendo permiso al hijo del hombre blanco para ver la página del libro mayor que ni siquiera podía leer, sin siquiera pedir la palabra del blanco, que hubiera tenido que aceptar por la razón de que no tenía bajo el sol modo de comprobarla, cómo estaba su cuenta, cuánto tiempo faltaba para que pudiera irse y no volver más, aunque sólo fuera hasta Jefferson a diecisiete millas de distancia) hasta el doble rasgo de la pluma cerrando la última anotación:

23 Nov 1841 En efectivo Thucydus McCaslin \$ 200. dólares Instalado un herrería en J. Dic 1841 Muerto y enterrado en J. 17 feb 1854

Eunice comprada por Padre en New Orleans 1807 \$ 650. dólares. Casada con Thucydus en 1809 Ahogada en el Torrente Día de Navidad 1832

y luego aparecía la otra caligrafía, la primera vez que él la había visto en el libro mayor distinguiéndola como de su tío, el cocinero y ama de llaves que hasta McCaslin, que lo había conocido a él y al padre del muchacho durante dieciséis años antes de que naciera el muchacho, recordaba sentado todo el día en la mecedora desde la que guisaba la comida, delante del fogón de la cocina donde cocinaba:

21 Junio 1833 Se ahogó ella misma

y la primera:

23 Jun 1833 Quién diablos ha oído nunca que un negro se ahogase a sí mismo

y la segunda, sin prisas, completamente terminante; las dos idénticas anotaciones podían haber sido hechas con un sello de goma excepto por la fecha:

13 Agos 1833 Se ahogó ella misma

y él pensó Pero ¿por qué? Pero ¿por qué? Tenía entonces dieciséis años. No era la primera vez que había estado solo en el economato ni la primera vez que había bajado los viejos libros mayores familiares de su estante sobre el escritorio desde que él se acordaba. De niño y aún después de los nueve y diez y once años, cuando había aprendido a leer, miraba los lomos y los cantos resquebrajados y llenos de cicatrices pero sin ningún particular deseo de abrirlos, y aunque tenía la intención de examinarlos algún día porque se daba cuenta de que debían contener una relación cronológica y mucho más amplia, aunque indudablemente aburrída, de lo que hubiese podido conseguir de ninguna otra fuente, no sólo de los de su carne y su sangre sino de toda su gente, no sólo de los blancos sino de los negros también, que era tanta parte de su linaje como sus progenitores blancos, y de la tierra que todos ellos habían tenido y usado en común y de la que habían sacado el alimento y continuarían usando en común sin reparar en el color o en el título de propiedad, sería sólo en algún día de ocio cuando fuese viejo y tal vez hasta un poco aburrido ya que lo que los viejos libros contenían debía ser después de todos aquellos años estampados inmutablemente, consumados, inalterables, inocuos. Luego tuvo dieciséis años. Sabía lo que iba a encontrar antes de encontrarlo. Cogió la llave del economato en el cuarto de McCaslin después de la medianoche mientras McCaslin estaba dormido y con la puerta del economato cerrada con llave a su espalda y la olvidada linterna apestando de nuevo la cerrada y muerta y helada atmósfera, se inclinó sobre la página

amarillenta y no pensó por qué se había ahogado, sino que reflexionó sobre lo que él creía que su padre había pensado cuando halló el primer comentario de su hermano: ¿por qué pensó tío Buddy que se había ahogado a sí misma?, hallando, empezando a hallar en la página siguiente, lo que él sabía que encontraría, sólo que todavía no era lo que buscaba porque eso ya lo sabía:

Tomasina llamada Tomy Hija de Thucydus y de Eunice Nacida en 1810 muerta de Parto en Junio de 1833 y Enterrada. El año que cayeron estrellas

ni la siguiente:

Turl Hijo de Thucydus y de Eunice Tomy nacido en Jun 1833 el año que cayeron estrellas Testamento de padre

y nada más, ningún fastidioso apunte llenaba esa página de jornales día por día y alimentos y ropas cargados en su cuenta, ninguna anotación sobre su muerte y entierro porque él había sobrevivido a sus medio hermanos blancos y los libros que llevaba MacCaslin no incluían necrologías: solamente *Testamento de padre* y él había visto esto también: la caligrafía resuelta y apretada del viejo Carothers mucho menos legible que la de sus hijos y no mucho mejor en ortografía, que mientras ponía mayúsculas a casi todos los nombres y verbos, no hacía el menor esfuerzo para explicar o velar el legado de mil dólares al hijo de una esclava soltera, para ser pagados sólo cuando el niño llegara a su mayoría de edad, pesando la consecuencia del acto del que no había todavía ninguna prueba definitiva e incontrovertible de que él lo reconociera, no en su sustancia sino castigando a sus hijos por ella, cargándoles con un tanto alzado en metálico por el accidente de su propia paternidad; ni siquiera un soborno de silencio hacia su propia reputación, ya que su reputación sufriría sólo cuando él no estuviera ya para defenderla, tirando casi despectivamente, como hubiera podido tirar un sombrero o unos zapatos viejos, aquellos mil dólares que bajo aquellas condiciones no podían haber tenido más realidad para él que la que tendrían para el negro, el esclavo a quien ni siquiera habría visto hasta que llegara a la mayoría de edad, veintiún años demasiado tarde para empezar a aprender lo que era el dinero. *Por eso imagino que era más barato que decirle hijo Mío a un negro, pensó. Aunque hijo Mío eran apenas dos palabras. Pero debe haber habido amor, pensó. Alguna clase de amor. Aunque fuese lo que él hubiera llamado amor: no precisamente el pasatiempo de una tarde o de una noche.* He ahí al viejo, viejo, casi a cinco años de su muerte, mucho tiempo viudo y, como sus hijos no sólo eran solteros sino que se aproximaban a la mediana edad, solo en la casa y sin duda también aburrido ya que su plantación ya estaba ordenada y funcionaba y había bastante dinero, demasiado probablemente para un hombre cuyos vicios siquiera en apariencia permanecían por debajo de sus recursos; he aquí a la muchacha, joven y sin marido, sólo veintitrés años cuando nació el niño: tal vez la había mandado buscar al principio a causa de su

soledad, para tener una voz joven y movimiento en la casa, intimó con ella, propuso a la madre que la mandara todas las mañanas para barrer el suelo y hacer las camas y la madre consintió, porque probablemente ya estaba sobreentendido, planeado ya: la única criatura de una pareja que no trabajaba en el campo y que se consideraba algo por encima de los otros esclavos no sólo por esa razón sino porque el marido y su padre y su madre también habían sido heredados por su padre blanco, y el blanco mismo había viajado trescientas millas y más hasta Nueva Orleans en los días en que los hombres viajaban a caballo o en barco, y compró a la madre de la muchacha como esposa para

y eso era todo. Las viejas y frágiles páginas parecían volverse por sí mismas mientras él pensaba *Su propia hija Su propia hija. No No Ni siquiera él*, volvió a aquel día cuando el hombre blanco (ni siquiera viudo entonces) que nunca fue a ninguna parte no más que sus hijos hubieran ido a su vez y que no necesitaba otro esclavo, había hecho todo el camino hasta Nueva Orleans y compró uno. Y Terrel de Tomey vivía aún cuando el muchacho tenía diez años y él supo por su propia observación y por lo que recordaba que había habido algo de blanco en la sangre de Terrel de Tomey antes de que su padre le diese el resto; y mirando la página amarillenta extendida bajo la luz de la linterna que humeaba y apestaba en la cerrada habitación helada en la medianoche cincuenta años más tarde, le pareció verla realmente dejarse ir en el helado torrente en aquel día de Navidad seis meses antes de que naciese el niño de su hija y de su amante (*De su primer amante*, pensó. *Su primer*), sola, inflexible, sin dolor, solemne, en formal y sucinto renunciamiento del dolor y la desesperación que ya había tenido que renunciar a la fe y a la esperanza

eso era todo. No tendría nunca necesidad de volver a mirar los libros mayores ni lo hizo; las amarillentas páginas en su descolorida e implacable sucesión eran como una parte de su conciencia y en ella permanecerían para siempre, como el hecho de su propio nacimiento:

Tennie Beauchamp 21 años Ganada por Amodeus McCaslin a Hubert Beauchamp, Hacendado, Posible Apuro contra tres Treses a la vista No hablado 1859 Casada con Turl de Tomy 1859

y ninguna fecha de liberación porque la liberación de ella, como la de su primera criatura superviviente, no derivó de Buck y Buddy McCaslin en el economato, sino de un desconocido en Washington, y ninguna fecha de muerte y entierro, no sólo porque McCaslin no registraba las defunciones en sus libros, sino porque en ese año de 1883 ella estaba aún viva y continuaría estándolo hasta ver a un nieto del último hijo vivo que le quedaba:

Amodeus McCaslin Beauchamp hijo de Turl de tomy y de Tennie Beauchamp 1859 muerto 1859

luego todo de la mano de su tío, porque su padre era ya miembro de la caballería mandada por aquel hombre cuyo nombre como traficante de esclavos no podía ni siquiera escribir correctamente; y ni siquiera una página y ni siquiera una línea entera.

ija de Turl de Tomes y de Tenny 1862

y ni siquiera una línea y ni siquiera el sexo y ninguna explicación dada aunque el muchacho podía imaginarla porque McCaslin tenía entonces trece años y recordaba que no siempre había bastante comida en muchos sitios excepto Vicksburg:

Hijo de Turl de tomes y Tenny 1863

y la misma mano otra vez y éste vivió, como si la perseverancia de Tennie y el atenuado y diluido fantasma de la crueldad del viejo Carothers hubiesen al fin conquistado hasta la inanición; y más claro, más lleno, escrito más cuidadosamente y con menos errores de ortografía de lo que el muchacho había visto, como si el viejo, que debía haber sido una mujer ante todo, tratando de dirigir lo que había quedado de la plantación en la ausencia de su hermano en los intervalos entre la cocina y cuidar de sí mismo y del huérfano de catorce años, hubiera tomado como un augurio de renovada esperanza el hecho de que este innominado heredero de esclavos viviese al menos lo bastante para recibir un nombre:

James Thucydus Beauchamp Hijo de Turl de Tomes y de Tenny Beauchamp Nacido el 29 de diciembre de 1864 y los dos querían llamarle Theophilus pero Tride Amodeus McCaslin y Callina MacCaslin ambos hicieron por disuadirlos Nacido a las Dos A, m, los dos Bien

pero nada más, nada; harían falta otros dos años antes de que el muchacho, casi un hombre ya, volviese del abortado viaje a Tennessee con el todavía intacto tercio del legado del viejo Carothers a su hijo negro y a sus descendientes, que como las tres criaturas supervivientes determinaron al fin una a una su aparente intención de sobrevivir, sus medio tíos blancos habían aumentado hasta mil dólares a cada uno, si lo permitían las condiciones, cuando llegaran a la mayoría de edad, y completara él mismo la página todo lo que podía ser completada cuando había pasado hacía tiempo el día en que un hombre nacido en 1864 (o 1867, cuando él mismo vio la luz) podría haber esperado o tenido la esperanza o incluso haber querido estar todavía vivo; su propia caligrafía, extrañamente parecida no a la de su padre ni a la de su tío ni siquiera a la de McCaslin, sino a la de su abuelo excepto en la ortografía:

Desaparecido en algún momento en la noche de su veintiún aniversario Dic 29 1885. Seguido por Isaac McCaslin hasta Jackson Tenn. y allí perdido. Su tercera

*parte del legado S 1000,00 devuelta a McCaslin Edmonds, Depositario, este día Ener
12 1886*

pero no todavía: otros dos años, y he aquí otra vez la escritura de su padre, cuyo viejo comandante había abandonado lo mismo la milicia que el tráfico de esclavos; una vez más en el libro mayor y más ilegible que nunca, casi indescifrable a causa del reumatismo que le baldaba y casi completamente limpio de toda suerte de ortografía tanto como de puntuación, como si los cuatro años que había seguido la espada del único hombre vivo que le hubiese vendido un negro, o sólo le derrotó en un trato, le hubiera convencido no sólo de la vanidad de la fe y la esperanza sino también de la ortografía:

Señorita sophonisiba nacida hija de t y tt en 1869

pero no de la fe y la voluntad porque estaba allí, como le había dicho McCaslin, escrito con la mano izquierda, pero allí en el libro mayor una vez más y luego nada más, pues el muchacho tenía un año, y cuando Lucas nació seis años más tarde, su padre y su tío se habían muerto dentro de los mismos doce meses hacía casi cinco años; su propia caligrafía otra vez, él que estaba allí y lo vio, 1886, ella tenía apenas diecisiete, dos años más joven que él, y él estaba en el economato cuando McCaslin entró con las primeras sombras y dijo:

—Quiere casarse con Fonsiba. —Así mismo; y él miró más allá de McCaslin y vio al hombre, al desconocido, más alto que McCaslin y con mejores ropas que McCaslin y que la mayor parte de los otros blancos que el muchacho conocía llevaban habitualmente, entrar en la habitación como un blanco y quedarse como un blanco, si bien había dejado a McCaslin pasar delante no porque la piel de McCaslin fuese blanca sino simplemente porque McCaslin vivía allí y conocía el camino, y hablaba como un blanco también, y le miró por encima del hombro de McCaslin rápida y sutilmente una vez y luego no más, sin mayor interés, como un blanco maduro y reprimido, no impaciente sino únicamente apremiado por el tiempo, podía haber mirado.

—¿Casarse con Fonsiba? —gritó—. ¿Casarse con Fonsiba? —Y luego nada más, únicamente observar y escuchar mientras McCaslin y el Negro hablaban:

—Para vivir en Arkansas, creo que dijiste.

—Sí. Tengo una propiedad allí. Una granja.

—¿Una propiedad? ¿Una granja? ¿Tuya propia?

—Sí.

—Tú no dices señor, ¿verdad?

—A los mayores que yo, sí.

—Comprendo. Tú eres del Norte.

—Sí. Desde niño.

—Entonces tu padre era un esclavo.

—Sí. En otro tiempo.

—Entonces, ¿cómo es que posees una granja en Arkansas?

—Tengo una concesión. Era de mi padre. De los Estados Unidos. Por servicios militares.

—Comprendo —dijo McCaslin—. El ejército yanqui.

—El ejército de los Estados Unidos —dijo el desconocido; y entonces él otra vez, gritando a la espalda de McCaslin:

—¡Llama a tía Tennie! ¡Iré a llamarla yo! Iré...

Pero McCaslin no lo incluía a él; el desconocido ni siquiera se volvió a echarle un vistazo cuando habló, los dos hablándose el uno al otro como si él no estuviera allí:

—Ya que al parecer tú lo has arreglado todo —dijo McCaslin— ¿por qué te has tomado la molestia de consultar mi autoridad?

—No lo he hecho —dijo el desconocido—. Reconozco su autoridad en tanto que usted admite su responsabilidad hacia ella como un miembro femenino de la familia de la que usted es la cabeza. No solicito su permiso. Yo...

—¡Basta! —dijo McCaslin.

Pero el desconocido no vaciló. No fue tampoco como si él hubiese ignorado a McCaslin ni como si no le hubiese oído. Fue como si estuviese presentando no una excusa y no exactamente una justificación, sino sencillamente una explicación que las circunstancias exigían absolutamente y debía ser hecha en presencia de McCaslin tanto si McCaslin escuchaba como si no. Era como si se estuviese hablando a sí mismo, para oír las palabras dichas en voz alta. Estaban frente a frente, no muy juntos sin embargo, a una distancia ligeramente menor que la de dos duelistas, erguidos, sin alzar la voz, sin violencia, solamente concisos:

—... Yo le informo a usted, se lo notifico de antemano como jefe de su familia. Ningún hombre de honor podía hacer menos. Además, usted tiene, a su modo, de acuerdo con su criterio y su educación...

—He dicho que basta —dijo McCaslin—. Vete de este lugar antes de que oscurezca por completo. Vete.

Pero durante un rato el otro no se movió, contemplando a McCaslin con una mirada despegada y desapasionada, como si estuviese observando reflejada en las pupilas de McCaslin la imagen diminuta del personaje que él estaba representando.

—Sí —dijo—. Después de todo, ésta es su casa. Y a su modo usted tiene... Pero no importa. Tiene usted razón. Esto basta. —Volvió la espalda hacia la puerta; se detuvo de nuevo pero sólo por un segundo, andando ya mientras decía—: Esté tranquilo. Seré bueno con ella. —Luego se fue.

—Pero ¿cómo le ha conocido ella? —exclamó el muchacho—. ¡Nunca había oído hablar de él! Y Fonsiba, que nunca ha salido de aquí desde que nació, salvo para ir a la iglesia...

—¡Ah! —dijo McCaslin—. Los padres no saben nunca sino demasiado tarde que sus hijas de diecisiete años han encontrado al hombre que se casa con ellas, y esto si

son afortunados.

Y a la mañana siguiente ambos se habían ido, Fonsiba también. McCaslin no volvió a verla nunca, ni a él tampoco, porque la mujer que él encontró al fin cinco meses después no era la que él había conocido. Él llevaba un tercio de los tres mil dólares en monedas de oro en un cinturón, como cuando hacía un año siguió en vano la pista de Jim de Tennie hasta el Tennessee. Ellos —el hombre— habían dejado una dirección a Tennie, y tres meses más tarde llegó una carta, escrita por el hombre aunque Alicia la esposa de McCaslin había enseñado a Fonsiba a leer y también a escribir un poco. Pero llevaba un matasellos distinto de la dirección que el hombre había dejado a Tennie, y él viajó por ferrocarril en tanto que pudo y luego contratando una diligencia y luego en un caballo de alquiler y luego otra vez en ferrocarril por un trecho: viajero experto y experto sabueso también y afortunado esta vez porque debía serlo; mientras las lentas, interminables, vacías y fangosas millas de diciembre se deslizaban y se deslizaban y una noche seguía a otra noche en los hoteles, en las tabernas de rústicos troncos a los lados de la carretera que apenas sí tenían otra cosa que un pequeño mostrador, y en cabañas de desconocidos y en el heno de solitarios parajes, en ningún sitio se atrevía a desnudarse a causa del cinturón secreto con el oro igual que el de un Rey Mago disfrazado que viajase de incógnito y sin que le impulsara la esperanza sino únicamente la decisión y la desesperación, se decía a sí mismo: *Tengo que encontrarla. No tengo más remedio. Ya hemos perdido a uno de ellos. Tendré que encontrarla esta vez.* La encontró. Encorvado bajo la lenta y fría lluvia, sobre un exhausto caballo de alquiler enlodado hasta el pecho y más arriba, lo vio: un edificio de madera aislado con una chimenea de arcilla que parecía a punto de ser convertida por la lluvia en unos escombros anónimos y sin valor disolviéndose en aquel desierto sin caminos y hasta sin senderos; erial sin cercas abandonado en la selva, ni un granero, ni un establo, ni siquiera un gallinero: sólo una cabaña de madera construida a mano y por una mano no muy inteligente, un escaso montón de mal cortada leña, un si no es suficiente y ni siquiera un perro flaco que saliera aullando de la casa cuando cabalgó hacia ella, una granja sólo en embrión, quizá una buena granja, acaso algún día hasta una plantación, pero no todavía, no durante algunos años aún, y entonces sólo con la fatiga, duro y constante e incansable trabajo y sacrificio; empujó la desvencijada puerta de la cocina mal encajada en su marco y entró en una helada oscuridad donde ni siquiera ardía un fuego para cocinar y después de un momento vio, acurrucado en un ángulo de la pared detrás de una tosca mesa, el rostro color de café que había conocido toda su vida pero que ya no conocía, el cuerpo que había nacido a menos de cien yardas de la habitación donde él había nacido y por el que corría algo de su propia sangre pero que ahora pertenecía completamente a una gente para la que de generación en generación un blanco que se presentaba a caballo sin anunciarse era un asalariado de la patrulla llevando a veces una pistola y siempre un látigo; entró en la otra habitación, la única otra habitación que tenía la cabaña, y halló, sentado en una mecedora delante del hogar, al hombre,

leyendo, sentado allí en el único asiento de la casa, delante de aquel miserable fuego para el que no había suficiente leña para otras veinticuatro horas, con las mismas ropas de pastor con las que había entrado en el economato cinco meses antes y unas gafas de montura dorada que, cuando alzó la vista y se levantó, el muchacho vio que ni siquiera tenían cristales, leyendo un libro en medio de aquella desolación, en medio de aquel desierto fangoso sin cercas y sin senderos y sin siquiera un cobertizo con techo para guarecer el ganado; y sobre todo, permeable, adherido a las mismas ropas del hombre y rezumando de su propia piel, aquel olor rancio y apestoso de infundada e imbécil desilusión, aquella ilimitada rapacidad e insensatez de los aventureros seguidores de los ejércitos victoriosos.

—¿No lo ve? —le dijo—. ¿No lo ve? Toda esta tierra, todo el Sur, está maldito, y todos nosotros que procedemos de él, que allí nos hemos criado, blancos y negros por igual, padecemos esta maldición. Admitiendo que mi pueblo trajese la maldición a esta tierra: tal vez por esa razón sólo sus descendientes pueden no resistirla, no combatirla, tal vez únicamente sobrellevarla y sobreviviría hasta que la maldición sea levantada. Luego vendrá el retorno de su gente porque nosotros perdimos nuestros derechos. Pero no ahora. ¿No lo comprende?

El otro estaba de pie, aún con el hábito de pastor nuevo aunque no tan flamante, el libro cerrado sobre un dedo que guardaba la señal, las gafas sin cristales cogidas como la batuta de un maestro de música en la otra mano ociosa mientras el propietario de ella decía sus medidas y sonoras imbecilidades sobre tonterías sin límites e infundadas esperanzas:

—Está equivocado. La maldición que ustedes los blancos trajeron a esta tierra ha sido levantada. Ha sido anulada y saldada. Ahora estamos viendo una nueva era, una era dedicada, como pretendían nuestros fundadores, a la independencia, a la libertad e igualdad para todos, con lo cual este país será un nuevo Canaán...

—¿Independencia de qué? ¿Del trabajo? ¿Canaán?

Hizo un movimiento con el brazo, amplio, casi violento: después de lo cual todo pareció estar allí bajo ellos, intacto y completo y visible en la apartada y miserable habitación, húmeda y fría, con olor a negro, con tufo de negro, los inútiles campos sin arado o simiente que los trabajase, sin cercas contra el ganado que no existía dentro ni sin establo tapiado que tampoco había.

—¿Qué rincón de Canaán es éste?

—Usted lo está viendo en una mala estación. Es invierno. Nadie trabaja la tierra en esta época del año.

—Ya lo veo. Y naturalmente ella necesita comida y vestidos aunque esté sin hacer nada mientras la tierra descansa.

—Tengo una pensión —dijo el otro. Lo dijo como cualquiera podía decir *Tengo la gracia divina o Poseo una mina de oro*—. También tengo la pensión de mi padre. Llegaré a primeros de mes. ¿Qué día es hoy?

—Once —dijo él—. Veinte días más. ¿Y hasta entonces?

—Tengo en casa algunos comestibles de mi cuenta de crédito con el comerciante de Midnight que cobra por mí el cheque de mi pensión en el banco. Le he otorgado un poder para manejarlo por mí como un mutuo...

—Comprendo. ¿Y si los comestibles no llegan para los veinte días?

—Todavía tengo un cerdo.

—¿Dónde?

—Fuera —contestó el otro—. Es costumbre en este país dejar que el ganado ande libre en busca de comida durante el invierno. Viene de vez en cuando. Pero no importa si no vuelve; probablemente podré seguir sus huellas cuando la necesidad...

—¡Sí! —exclamó él—. Porque no importa: todavía tiene usted el cheque de la pensión. Y el hombre de Midnight lo hará efectivo y se cobrará por lo que ya se ha comido usted y si queda algo, será suyo. Entonces se comerá el cerdo o ya no podrá usted cogerlo, y entonces ¿qué hará?

—Será ya casi primavera —respondió el otro—. Estoy proyectando para la primavera.

—Será enero —dijo él—. Y luego febrero. Y luego más de la mitad de marzo... —Y cuando él se detuvo de nuevo en la cocina ella no se había movido, ella no parecía siquiera que respiraba o que vivía excepto por sus ojos que le miraban; cuando él dio un paso hacia ella tampoco hubo el menor movimiento porque ella no podía retroceder más; sólo los tremendos e insondables ojos color de tinta en la cara color café, delgada, sutil, demasiado sutil, le observaban sin alarma, sin reconocimiento, sin esperanza.

—Fonsiba —dijo él—. Fonsiba. ¿Estás bien?

—Soy libre —dijo ella.

En Midnight había una taberna, una cochera de alquiler, un almacén grande (debía ser donde la pensión se hacía efectiva para eliminar molestias y fastidios mutuos, pensó) y otro pequeño, un bar y una herrería. Pero también había un banco. El presidente (el propietario a todos los efectos prácticos) era un oriundo de Mississippi trasladado allí que había sido también uno de los hombres de Forrest: y su cuerpo se aligeró del cinturón del oro por primera vez desde que dejara la casa ocho días antes, y con lápiz y papel multiplicó tres dólares por doce meses, y lo dividió entre mil dólares; se alargaría de ese modo casi veintiocho años y durante veintiocho años por lo menos ella no moriría de hambre, prometiendo el banquero remitirle los tres dólares con un enviado de confianza el quince de cada mes entregándolos en propia mano de ella, y él volvió a casa y todo eso fue porque en 1874 su padre y su tío estaban muertos los dos y los viejos libros mayores nunca habían vuelto a descender del estante encima del escritorio donde su padre los había puesto por última vez aquel día de 1869. Pero él habría podido completarlo:

Lucas Quintus Carothers McCaslin Beauchamp. Ultimo hijo superviviente de Terrel de Tomey y Tennie Beauchamp. 17 Marzo 1874.

Salvo que no había ninguna necesidad: no *Lucius Quintus, etc. etcétera, etc.*, sino *Lucas Quintus*, no oponiéndose a ser llamado Lucius, ya que simplemente eliminó esa palabra del nombre; no negándose, rehusando el nombre mismo, porque él usaba tres cuartas partes de éste; sino simplemente cogiendo el nombre y cambiándolo, alterándolo, haciendo que no fuera ya el nombre del blanco sino el suyo propio, compuesto por sí mismo, creado y nombrado por él, por él mismo engendrado, como, aunque todos los libros mayores registraran lo contrario, lo había sido el viejo Carothers

y eso era todo: 1874 el muchacho; 1888 el hombre, que había repudiado negado y era libre; 1895 y marido pero no padre, no viudo pero sin esposa, y habiendo descubierto hacía mucho tiempo que ningún hombre es libre nunca y probablemente no podría soportarlo si lo fuese; casado luego y viviendo en Jefferson en la pequeña y nueva casa de construcción barata que el padre de su mujer les había dado: y una mañana apareció Lucas repentinamente a la puerta de la habitación donde él estaba leyendo el periódico de Memphis y miró la fecha del periódico y pensó *Es su cumpleaños. Hoy cumple veintiún años* y Lucas dijo:

—¿Dónde está el resto de aquel dinero que dejó el viejo Carothers? Lo quiero. Todo.

eso era todo. Y McCaslin:

—Otros muchos hombres aparte Buck y Buddy anduvieron a tientas con aquella verdad tan asombrosa para los que la proclamaban y tan confusa para los que la oían y sin embargo era en 1865. —Y él:

—Pero no suficiente. No suficiente ni siquiera con padre y tío Buddy para agitarse con ella en tres generaciones achacables al abuelo ni siquiera si no hubiera habido en ningún sitio otro sino el abuelo bajo Su vista de modo que Él no hubiera tenido necesidad de elegir y escoger. Pero Él probó y yo sé lo que tú quieres decir. Que habiéndolos creado Él mismo debía saber que no tendría más esperanza de lo que podía tener de orgullo y dolor pero Él no esperó Él sólo aguardó porque Él los había hecho; no sólo porque les había dado vida y movimiento sino porque había tenido ya tantas angustias por ellos: tanto tiempo angustiado por ellos porque Él había visto cómo en casos individuales eran capaces de cualquier cosa alta o profunda recordaba con estupefacta incomprensión fuera del cielo donde también fue creado el infierno y así Él debe admitirlos o de otro modo admitir Su igual en cualquier parte y así no ser ya más Dios y por consiguiente debe aceptar la responsabilidad por lo que Él mismo hizo para vivir con Sí mismo en Su solitario y supremo paraíso. Y probablemente Él sabía que era inútil pero Él los había creado y los sabía capaces de todas las cosas porque Él los había formado del Absoluto originario que lo contenía todo y desde entonces los había observado en su exaltación y en su bajeza individual y ellos mismos sin saber por qué ni cómo ni siquiera cuándo; hasta de entre ellos el elegido y escogido el mejor de lo mejor que Él podía suponer (no esperar, fíjate: no esperar) hubieran sido los Bucks y Buddies y ni siquiera bastantes de ellos y en la

tercera generación ni siquiera los Bucks y Buddies sino... —Y McCaslin:

—¡Ah! —Y él:

—Sí. Si Él podía ver a padre y a tío Buddy y al abuelo debe haberme visto a mí también... un Isaac nacido en una existencia posterior a la de Abraham y a la repudiada inmolación: sin padre y por ende más seguro renunciar al altar porque quizá esta vez la exasperada Mano podía no proporcionar el cabrito... —Y McCaslin:

—Escapatoria. —Y él:

—Está bien. Escapatoria... hasta que un día Él dijo lo que tú dijiste al marido de Fonsiba aquella tarde aquí en esta habitación: *Basta. Basta*; no con exasperación o con rabia o siquiera enfermo de muerte como tú estabas enfermo aquel día; únicamente *Basta* y miró alrededor por última vez, por una vez más desde que Él los había creado, sobre esta tierra este Sur por el que había hecho tanto con bosques para la caza y ríos para los peces y rico y profundo germinar y largos veranos para madurarlo y serenos otoños para la recolección y cortos y benignos inviernos para los hombres y los animales y no vio esperanza en ningún sitio y miró más allá donde podía estar la esperanza, donde hacia el Este el Norte y el Oeste se extendía sin límites aquel entero continente lleno de esperanza consagrado como refugio y santuario de la libertad y la independencia de lo que tú has llamado el crepúsculo sin valor del viejo mundo y vio a los ricos descendientes de los mercaderes de esclavos, hembras de ambos sexos, para quienes el negro por quien tanto gritaban era otro espécimen otro ejemplar como el guacamayo brasileño traído a casa en una jaula por un viajero, aprobando decretos sobre los horrores y los atentados en calientes y bien cerrados salones: y los estruendosos cañonazos de los politicastros consiguiendo votos y la charlatanería de los predicadores buscando la gratificación de la Chatauqua, para quienes las afrentas y la injusticia eran cosas abstractas como Aranceles o Plata o Inmortalidad y que empleaban los mismos grilletes de su esclavitud y los tristes jirones de su realeza como hacían con la cerveza y las banderas y los fuegos artificiales y el azufre y los juegos de mano y los serruchos: y los girantes hilanderos que fabricaban para lucrarse los primeros sustitutos de los grilletes y el paño burdo de los vestidos para que los desgastaran e hilaban el algodón y hacían las máquinas desmotadoras que lo desmotaban y los carromatos y los barcos que lo transportaban, y los hombres que hacían funcionar los tornos para ese beneficio y fijaban y recogían los impuestos con que estaba tasado y las tarifas por el transporte y las comisiones por la venta; y Él podía haber renegado de ellos ya que eran su obra ahora y por siempre a través de todas sus generaciones hasta que no sólo aquel viejo mundo del que Él les había salvado sino también este nuevo que Él les había revelado y les había llevado como un santuario y refugio se convirtiera en la misma roca sin valor y sin mareas enfriándose en el último enrojecimiento del crepúsculo salvo que fuera de todo aquel resonar vacío y furia inútil un silencio, entre aquel estrépito y desasosiego de todos ellos uno sólo lo bastante simple para creer que el horror y el ultraje al fin y al cabo eran sencillamente horror y ultraje y era

bastante torpe para obrar sobre esta base, iletrado o carente de palabras para hablar o solamente tan ocupado que no tuviese tiempo para hacerlo, uno de ellos que no Le incomodó con lisonjas ni juramentos ya suplicando ya amenazando y que ni siquiera se tomó el trabajo de informarle anticipadamente sobre lo que pretendía hacer de modo que uno más pequeño que Él podía incluso haber pasado por alto el simple acto de arrancar el largo y heredado mosquete de los cuernos de ciervo encima de la puerta, después de lo cual Él dijo *También mi nombre es Brown* y el otro *Así es el mío* y El *Entonces mío y tuyo no puede ser porque yo me opongo* y el otro *Lo mismo yo y Él triunfalmente Entonces, ¿adónde vas con ese fusil?* y el otro se lo dijo en una frase con una palabra y Él: asombrado: Quien ha conocido no la esperanza no el orgullo no el dolor *Sino vuestras Asociaciones, vuestros Comités, vuestros Funcionarios. ¿Dónde están vuestras Actas, vuestras Proposiciones, vuestros Procedimientos Parlamentarios?* y el otro *No tengo nada contra ellos. Me imagino que están bien para los que tienen tiempo de sobra. Estoy únicamente contra los débiles porque son negros mantenidos de la esclavitud por los fuertes sólo porque son blancos.* Así Él se volvió una vez más hacia esta tierra que aún pretendía salvar porque Él había hecho tanto por ella... —Y McCaslin:

—¿Qué? —Y él:

—... hacia esta gente de quienes Él se encargaba todavía porque eran su obra...

—Y McCaslin:

—¿Se ha vuelto hacia nosotros? ¿Su rostro hacia nosotros? —Y él:

—... cuyas mujeres e hijas al menos hacían sopas y gelatinas para ellos cuando estaban enfermos y llevaban las bandejas atravesando el fango y también en invierno en las cabañas hediondas y se sentaban en las hediondas cabañas y mantenían el fuego encendido hasta que la crisis llegaba y pasaba pero eso no era bastante; y cuando estaban muy enfermos los llevaban a la casa grande misma a la sala misma quizá y los cuidaban allí lo que el hombre blanco hubiera hecho también por cualquier res que hubiera estado enferma pero al menos el hombre que hubiese alquilado un animal de una cuadra de alquiler no debía hacerlo y sin embargo esto no era bastante; por eso Él dijo y no con dolor tampoco El que lo había hecho y por eso no podía conocer el dolor más que el orgullo o la esperanza: *Aparentemente no pueden aprender nada sino a través del sufrimiento, ni recordar nada salvo lo que está subrayado con sangre...* —Y McCaslin:

—Ashby cabalgando un atardecer, para visitar a alguna lejana prima soltera de su madre o acaso sólo a algunos conocidos de ella, llegó por casualidad a un pequeño encuentro en los puestos avanzados y desmontó y con su capa bordeada de rojo como un blanco condujo a un grupo de hombres que no había visto antes contra una posición atrincherada de veteranos elegidos. Las órdenes de batalla de Lee, tal vez envueltas en un paquete de cigarrillos y sin duda tiradas cuando el último cigarrillo fue fumado, fueron encontradas por un oficial del Servicio de Información yanqui en el piso de una taberna detrás de las líneas yanquis después de que Lee había ya dividido

sus fuerzas delante de Sharpsburg. Jackson sobre la Plank Road, ya arrollada el ala que Hooker no creía que podía ser rodeada y esperando sólo a que pasase la noche para continuar el brutal e incesante ataque que habría derribado todo aquel flanco en el centro de Hooker donde él estaba sentado en una veranda de Chancellorsville bebiendo *toddy* al ron y telegrafando a Lincoln que había derrotado a Lee, le mató de un tiro en medio de un grupo de subalternos uno de los hombres de su patrulla, cegado por la oscuridad de la noche dejando como comandante más antiguo a Stuart aquel hombre valeroso que parecía que hubiese nacido ya a caballo y con el sable y sabiendo todo lo que había que saber sobre la guerra excepto el machacamiento y su brutal estupidez; y es ese mismo Stuart que hace una incursión a los gallineros de Pennsylvania cuando Lee debía haber sabido que todas las fuerzas de Meade estaban donde Hancock en el Cemetery Ridge; y también Longstreet en Gettysburg y el propio Longstreet derribado del caballo por un disparo de uno de sus hombres en la oscuridad por error exactamente como le pasó a Jackson. ¿Su rostro hacia nosotros? ¿Su rostro hacia nosotros? —Y él:

—¿Qué otra cosa les habría hecho combatir? ¿Quiénes sino los Jackson y los Stuart y los Ashby y los Morgan y los Forrest...? Los agricultores de la región central y del Medio Oeste, que poseen la tierra por acres en vez de por decenas o quizá hasta por cientos, cultivándola ellos mismos y no para una única cosecha de algodón o tabaco o caña de azúcar, que no poseen esclavos ni los necesitan ni los esperan, y ya miran hacia las costas del Pacífico, no siempre allí en dos generaciones y teniendo que detenerse donde se han detenido sólo por la fortuita fatalidad de que un buey se muriese o se rompiese el eje de la rueda de un carro. Y los artesanos de Nueva Inglaterra que nunca poseyeron tierras y que miden todas las cosas por el peso del agua y el precio de las máquinas y la corta lista de comerciantes y armadores que todavía miran hacia atrás a través del Atlántico y están unidos al continente sólo por sus oficinas. Y aquellos que hubieran debido tener la perspicacia para ver: los quiméricos manipuladores de fabulosos emplazamientos urbanos en el desierto; y la astucia para razonar: los banqueros que tenían las hipotecas sobre la tierra que los primeros sólo estaban esperando abandonar y sobre las vías férreas y los barcos que los llevarían todavía más hacia occidente, y sobre las fábricas y las máquinas y sobre las viviendas alquiladas donde los que trabajaban tenían que vivir; y la ociosidad y el radio de acción para comprender y temer a tiempo y aun anticipadamente: los bostonianos (aun cuando no hubieran nacido en Boston) descendientes solteros de una larga serie de gentes de la misma clase y asimismo tías y tíos solteros cuyas manos no conocían las durezas excepto las causadas por la pluma, para quienes el desierto comenzaba en lo alto de la marea y que miraban, si lo hacían a otro sitio que a Beacon Hill, sólo hacia el cielo, sin hablar de toda la gentuza alborotadora que seguía al ejército de los pioneros: los rugidos de los politicastos, el coro melifluo de los que se llamaban a sí mismos hombres de Dios, los... —Y McCaslin:

—Oye, oye. Espera un momento. —Y él:

—Déjame hablar ahora. Estoy tratando de explicar al jefe de mi familia algo que tengo que hacer y que yo mismo no comprendo del todo, no como justificación de ello sino para explicarlo si puedo. Podría decir que no sé por qué debo hacerlo pero que sé que tengo que hacerlo porque debo vivir conmigo durante el resto de mi vida y todo lo que quiero es vivir en paz. Pero tú eres el cabeza de familia. Más aún. Yo he sabido hace mucho tiempo que nunca hubiera echado de menos a mi padre, aunque tú estés descubriendo ahora que has perdido a tu hijo... los que arrancan pagarés y los usureros y los maestros de escuela y los que a sí mismos se decretaban para enseñar y conducir y toda aquella horda de semianalfabetos con una camisa blanca pero sin otra de repuesto, con un ojo sobre ellos mismos y observando con el otro a los demás. ¿Quién otro hubiera podido hacerles luchar: quién hubiera podido estremecerles tan horriblemente con el miedo y el espanto como para llevarlos hombro con hombro a hacer frente en una única dirección y hasta dejar de hablar por un tiempo y aún después de dos años mantenerlos todavía tan aplastados por el terror que algunos de ellos proponían seriamente trasladar su capital a un país extranjero para evitar que estuviera sujeto a los estragos y pillaje de un pueblo cuya entera población masculina blanca apenas si llenaba cualquiera de sus ciudades mayores: excepto Jackson en el Valley y tres ejércitos separados que trataban de cogerlo y ninguno de ellos sabía si se estaban retirando de una batalla o dirigiéndose hacia una batalla y Stuart que mandaba a caballo a todas sus fuerzas en torno al mayor ejército que este continente había visto nunca con el fin de ver qué efecto hacía desde atrás y Morgan mandando una carga de caballería contra un buque de guerra varado? ¿Quién otro hubiera podido declarar una guerra contra una potencia con una superficie diez veces mayor y cien veces superior en hombres y mil veces en recursos, salvo los hombres que podían creer que todo lo necesario para conducir una guerra victoriosa no era agudeza ni astucia ni política ni diplomacia ni dinero y ni siquiera honradez ni la mera aritmética sino únicamente el amor a la tierra y el valor...

—Y unos antepasados valientes y sin tacha ni habilidad para montar a caballo —dijo McCaslin—. No te olvides de eso. —Estaba anocheciendo, el ocaso tranquilo y borroso de octubre en que el humo de la leña se elevaba sin viento. El algodón estaba hacía tiempo recogido y desmotado, y durante toda la jornada los carros cargados de maíz se movían entre los campos y los graneros, como una procesión a través de la sufrida tierra—. Bien, tal vez sea esto lo que Él quería. Por lo menos, esto es lo que ha conseguido.

Esta vez no era una procesión de páginas amarillentas de un libro mayor descolorido e inocuo. Estaba registrado en un libro y McCaslin, a los catorce y a los quince y los dieciséis años, lo había visto y el muchacho mismo lo había heredado como los nietos de Noé habían heredado el Diluvio aunque no hubieran estado allí para verlo: aquel período oscuro corrupto y sangriento en que tres pueblos distintos habían tratado de adaptarse no sólo los unos a los otros sino a la nueva tierra que habían creado y heredado también y en la que debían vivir por la razón de que

quienes habían perdido no eran menos libres de dejarla que quienes habían vencido: aquellos sobre quienes la libertad y la igualdad habían sido volcadas de la noche a la mañana y sin aviso ni preparación y sin el menor entrenamiento sobre el modo de emplearla o siquiera soportarlas y de las que habían hecho mal uso no como los niños ni tampoco porque hubieran estado tanto tiempo en la esclavitud y luego tan repentinamente liberados, sino que habían hecho mal uso porque siempre los seres humanos hacen mal uso de la libertad, por lo que él pensó *Aparentemente hay también una sabiduría, la que a través de los sufrimientos necesarios aprende un hombre para distinguir entre la libertad y la ciencia*; quienes habían combatido durante cuatro años y habían perdido para preservar un estado de cosas con el cual aquella liberación era una anomalía y una paradoja, no porque se opusieran a la libertad como libertad sino por las viejas razones por las que el hombre (no los generales y los políticos sino el hombre) siempre ha luchado y muerto en las guerras para preservar un estado de cosas o constituir un futuro mejor, uno tolerable para sus hijos; y finalmente, como si todo eso no fuera bastante para la amargura y el odio y el miedo, aquella tercera raza aún más extraña a la gente a quienes se parecía en la pigmentación y en quienes corría hasta la misma sangre, que a la gente a la que no se parecía, aquella raza que era tres en una y extraña hasta a sí misma excepto en una única feroz voluntad de rapiña y pillaje, compuesta de hijos de capitanes de mediana edad tenientes y cantineros del ejército y proveedores de mantas y calzado y mulas a los militares, que seguían las batallas en las que no habían luchado y heredaban las conquistas que no habían ayudado a ganar, autorizados y protegidos aunque no bendecidos, y dejaban sus huesos y en otra generación se verían comprometidos en una feroz lucha económica de pequeñas granjas descuidadas con los negros que se suponía que ellos habían libertado y los blancos descendientes de padres que nunca habían poseído esclavos en ninguna parte que se suponía que ellos habían desheredado y en la tercera generación aparecían una vez más en los pequeños parajes perdidos del distrito como barberos y mecánicos de garaje y agentes de policía y obreros y algodóneros y fogoneros, conduciendo, primero de paisano y más tarde con una verdadera formalización de insignias de encapuchados y ensabanados y contraseñas y de fogosos símbolos, linchamientos populacheros contra la raza que sus antepasados habían venido a salvar; y todas aquellas anónimas hordas de especuladores de la miseria humana, de manipuladores del dinero y de la política y de la tierra, que siguen a las catástrofes y son su propia protección como la langosta y no tienen necesidad de ninguna bendición ni del sudor ni del arado ni del hacha y engordan y desaparecen y no dejan huesos, exactamente como si en apariencia no descendiesen de ningún acto ya sea de pasión o siquiera de lujuria; y el judío que vino también sin protección ya que después de dos mil años ha perdido la costumbre de ser protegido o de necesitarlo, y solo, sin siquiera la solidaridad de las langostas y con esta especie de valor ya que él había llegado a pensar no en los términos de sus biznietos, buscando algún sitio donde establecerlos y éstos resistieran aunque por

siempre extranjeros y no bendecidos: un paria frente a la cara del Occidente que veinte siglos después todavía estaba tomando desquite contra él por la fábula con que la había conquistado. McCaslin lo había visto realmente, y el muchacho hasta casi los ochenta años nunca hubiera podido distinguir con seguridad entre lo que había visto y lo que le habían contado: una tierra sin luz y destripada y vacía donde las mujeres se acurrucaban con los amontonados chiquillos detrás de las puertas cerradas y los hombres armados ensabanados y enmascarados cabalgaban por las carreteras silenciosas y los cuerpos de los blancos y los negros, víctimas no tanto del odio como de la desesperación y la desesperanza se balanceaban de las ramas solitarias; y hombres asesinados a tiros en los colegios electorales todavía con la pluma en una mano y la papeleta sin escribir en la otra; y un jefe de policía en Jefferson que firmaba los papeles oficiales con una simple cruz, y un ex esclavo llamado Sickymo, no porque su ex amo fuese un médico o un farmacéutico sino porque, cuando era todavía un esclavo, le robaba a su amo unos gramos de alcohol y lo diluía con agua y lo vendía en botellas que escondía debajo de las raíces de un gran sicómoro detrás de la droguería, y que había logrado su alto cargo porque su hermanastra blanca era la concubina del pagador del ejército federal; y esta vez McCaslin no dijo ni siquiera Mira sino que simplemente levantó una mano, sin señalar, siquiera de manera específica, hacia el estante de los libros mayores, sino hacia el escritorio, hacia el ángulo donde se veía un espacio desgastado del suelo donde se habían apoyado dos décadas de pesados zapatos mientras el hombre blanco en el escritorio sumaba y multiplicaba y restaba. Y él no necesitó mirar de nuevo porque lo había visto por sí mismo y, veintitrés años después de la Capitulación y veinticuatro años después de la Proclamación aún estaba viéndolo: los libros mayores, los nuevos y rápidamente llenados, sucediéndose unos a otros y conteniendo más nombres de los que el viejo Carothers ni su padre y tío Buddy jamás hubieran podido soñar; nuevos nombres y con ellos nuevas caras, entre los cuales los viejos nombres y caras, que sin duda su padre y su tío habrían reconocido estaban perdidos, desvanecidos; muerto Terral de Tomey, y hasta el trágico Percival Brownlee, que no sabía llevar los libros y tampoco sabía de agricultura, encontró al fin su verdadero puesto, reapareciendo en 1862 durante la ausencia del padre del muchacho habiendo estado al parecer viviendo en la plantación casi un mes antes de que su tío lo descubriese, dirigiendo improvisadas reuniones religiosas entre los negros, rezando y cantando también con su voz alta y dulce de soprano y desapareció de nuevo a pie y a toda velocidad, no detrás sino a la cabeza de un cuerpo de exploradores federales a caballo y reapareció por tercera y última vez acompañando a un pagador del ejército, pasando los dos por Jefferson en un coche en el mismo momento en que el padre del muchacho (era en 1866) se hallaba cruzando la plaza, el coche y sus ocupantes atravesando rápidamente aquella tranquila y bucólica escena y en aquel fugaz momento al padre del muchacho y a los que estaban cerca de él les dio la impresión de una escapatoria y unas ilícitas vacaciones como las de un hombre durante la ausencia de su esposa yendo de

excursión con la doncella, hasta que Brownlee alzó la vista y vio a su antiguo amo y le lanzó una desafiante mirada femenina y luego se desconcertó, saltó del coche y desapareció esta vez para siempre y fue sólo por casualidad que McCaslin, veinte años después, oyó hablar de él otra vez, ya viejo y bastante gordo, como de un acomodado propietario de un selecto lupanar de Nueva Orleans; y Jim de Tennie que se había ido, nadie sabía adonde, y Fonsiba en Arkansas con sus tres dólares todos los meses y el estudioso marido con sus gafas sin cristales y su levita y sus proyectos para la primavera; y sólo se había quedado Lucas, el pequeño, el último salvo él mismo, de la sangre condenada y fatal del viejo Carothers que por la línea de varón parecía destruir todo lo que tocaba, y que incluso él repudiaba, esperando librarse de ella; Lucas, el muchacho de catorce años cuyo nombre ni siquiera aparecía aún entre aquellas rápidas páginas en su encuadernación nueva y sin polvo ya que McCaslin diariamente escribía en ellas la continuación de aquellos antecedentes que doscientos años no habían sido suficientes para completar y otros cien no serían bastantes para exonerar; aquella crónica que era toda una tierra en miniatura, que multiplicada y compuesta era todo el Sur, veintitrés años después de la capitulación y veinticuatro después de la emancipación; aquel lento chorreo de melaza y de harina y de carne, de calzado y sombreros de paja y ropa de trabajo, de tirantes de arado y colleras y arcos y cabezadas y abrazaderas, que volvían todos los años como el algodón, los hilos frágiles como la verdad e impalpables como la línea ecuatorial y sin embargo fuertes como una maroma para amarrar de por vida a quienes cultivaban el algodón en la tierra donde caía su sudor. —Y él:

—Sí. Atándole por un tiempo todavía, por poco tiempo. Por y más allá de aquella vida y tal vez por y más allá de la vida de los hijos de aquella vida y tal vez por y más allá de los hijos de aquellos hijos. Pero no siempre, porque ellos resistirán. Nos sobrevivirán porque ellos son... —No fue una pausa, sino sólo un titubeo, posiblemente advertido únicamente por él, como si ni siquiera pudiera hablar con McCaslin, explicarle su repudio, lo que era para él también, hasta en el hecho de huir (y acaso ésta era la realidad y la verdad de su necesidad de huir), una herejía: de modo que hasta huyendo se llevaba consigo la mayor parte de aquel depravado y no regenerado viejo que pudo reclamar, porque ella era de su propiedad, a un ser humano porque estaba bastante crecido y era hembra, a su casa de viudo y tener un hijo con ella y luego despedirla porque era de una raza inferior, y luego legar mil dólares a la criatura porque él entonces ya estaría muerto y no tendría que pagarlo más de lo que había temido. Sí. Él no quería. Debía—. Porque ellos resistirán. Son mejores que nosotros. Más fuertes que nosotros. Sus vicios son vicios imitados de los blancos o los que los blancos les enseñaron en la esclavitud: imprevisión, e intemperancia y evasión, no holgazanería: evasiva de lo que los blancos les han impuesto, no para su engrandecimiento o para su comodidad sino por su propio... — Y McCaslin:

—Bien. Continúa: Promiscuidad. Violencia. Inestabilidad y falta de control.

Incapacidad para distinguir lo tuyo de lo mío... —Y él:

—¿Cómo distinguir, cuando durante doscientos años lo mío no existió siquiera para ellos? —Y McCaslin:

—Está bien. Continúa. Y sus virtudes... —Y él:

—Sí. Las suyas propias. Resistencia... —Y McCaslin:

—Las que tienen las mulas. —Y él:

—... y piedad y tolerancia y paciencia y fidelidad y amor por los niños... —Y McCaslin:

—Lo mismo que los perros: —Y él:

—... sean suyos o no, sean negros o no. Y más: que lo que ellos tienen no lo tienen sólo de la gente blanca sino a despecho de los blancos porque ya lo tenían de sus antepasados libres, libres mucho tiempo antes que nosotros porque nosotros nunca hemos sido libres... —Y estaba también en los ojos de McCaslin, sólo tenía que mirar a los ojos de McCaslin y estaba allí, aquel crepúsculo de verano de hacía siete años, casi una semana después de su regreso del campamento antes de que él descubriese que Sam Fathers se lo había contado a McCaslin: un viejo oso, feroz y cruel no solamente por permanecer vivo sino cruel con el feroz orgullo de la libertad y la independencia, tan celoso y orgulloso de la libertad y la independencia como para verlas amenazadas sin temor ni alarma sino casi con alegría, y parecía que deliberadamente las arriesgaba para poder saborearlo y para mantener fuertes sus viejos huesos y elástica la carne y estar pronto para defenderlos y preservarlos; un viejo, hijo de un esclavo negro y de un rey indio, heredero por una parte de la larga historia de un pueblo que había aprendido la humildad a través del sufrimiento y que aprendió el orgullo a través de la resistencia que sobreviene al sufrimiento, y por otra parte la historia de un pueblo que había estado sobre aquella tierra antes que el primero, y que sin embargo existía allí únicamente en la solitaria hermandad de la sangre extraña de un viejo negro sin hijos y el salvaje e invencible espíritu de un oso viejo; un muchacho que deseaba aprender la humildad y el orgullo para llegar a ser experto y meritorio en los bosques pero que halló que se convertía tan rápidamente en experto que temió que nunca llegara a ser meritorio por no haber aprendido la humildad y el orgullo aunque lo había intentado, hasta que un día un viejo que no hubiera podido definir ni la una ni el otro a pesar de todo lo llevó de la mano donde un viejo oso y un pequeño perro bastardo le mostraron que, poseyendo una de las dos cosas, hubiera poseído ambas; y el perrito, sin nombre y bastardo y de muchos padres, ya crecido y sin embargo pesando menos de seis libras, que no podía ser peligroso porque allí no había nada que fuese mucho más pequeño, no feroz porque su ferocidad habría sido llamada ruido únicamente, no humilde porque ya estaba demasiado cerca de la tierra para doblar las rodillas, y no orgulloso porque no podía estar bastante cerca de nadie para distinguir que estaba dejando sombra y, que ni siquiera sabía que no iba a ir al cielo ya que ellos habían decidido que él no tenía un alma inmortal, de modo que todo lo que podía era ser valiente aunque ellos

probablemente llamaran a eso únicamente ruido.

—Y tú no disparaste —dijo McCaslin—. ¿A qué distancia estabas?

—No lo sé —dijo él—. Tenía una garrapata justo en el lado interno de la zarpa trasera derecha. Lo vi. Pero entonces no tenía el fusil.

—Pero no disparaste cuando lo tenías —dijo McCaslin—. ¿Por qué? —Pero McCaslin no esperó, se levantó y cruzó la habitación, pisando la piel del oso que había matado hacía dos años y la de aquel oso mayor que McCaslin había matado antes de que él naciese, hacia la librería que estaba debajo de la cabeza de su primer ciervo, y volvió con el libro y se sentó otra vez y lo abrió—. Escucha —dijo. Leyó cinco estrofas en voz alta y cerró el libro con el dedo dentro y alzó la vista—. Está bien —añadió—. Escucha. —Y leyó de nuevo, pero sólo una estrofa esta vez y cerró el libro y lo colocó sobre la mesa—. Ella no puede desvanecerse, aunque tú no consigas tu felicidad —dijo McCaslin—. La amarás siempre, y siempre será bella.

—Está hablando de una muchacha —dijo él.

—Tenía que hablar de algo —dijo McCaslin. Luego continuó—: Está hablando de la verdad. La verdad es una. No cambia. Abarca todas las cosas del corazón: honor y orgullo y piedad y justicia y valor y amor. ¿Lo comprendes ahora? —Él no lo sabía. En cierto modo había sido más sencillo que todo eso, más sencillo que alguien hablando en un libro de un joven y de una muchacha por quienes nunca hubiera tenido que entristecerse porque nunca hubiera podido acercarse más a ellos ni hubiera podido alejarse más. Él había oído hablar de un oso viejo y finalmente había crecido bastante para ir de caza y lo había estado cazando durante cuatro años y al fin había tropezado con él con un fusil en las manos y no disparó. Porque un perrito... Pero hubiera podido disparar mucho antes de que el animal cubriese las veinte yardas hasta donde el oso estaba esperando, y Sam Fathers hubiera podido disparar en cualquier momento durante el interminable minuto en que Old Ben permaneció erguido sobre sus patas... Se interrumpió. McCaslin le observaba, mientras hablaba la voz, las palabras tan tranquilas como el crepúsculo—: Valor y honor y orgullo, y piedad y amor de justicia y de libertad. Todo trata del corazón, y lo que el corazón mantiene se convierte en verdad, según lo que conocemos por verdad. ¿Comprendes ahora?

y él podía oírlos aún, intactos en este crepúsculo como hacía siete años, no más ruidosos porque no tenían necesidad de serlo porque resistirían; y sólo había que mirar a los ojos de McCaslin más allá de la sutil, y amarga sonrisa, el leve recogimiento del labio que hubiera podido ser llamado sonrisa; su pariente, casi su padre, que había nacido demasiado tarde para los viejos tiempos y demasiado pronto para los nuevos, los dos yuxtapuestos y extraños uno al otro contra su devastado patrimonio, la patria oscura y asolada todavía postrada y palpitante por aquella operación sin éter:

—Te lo concedo. Así es esta tierra, indudablemente, en sí y por sí maldita. —Y él:

—Maldita. —Y de nuevo McCaslin levantó simplemente una mano, sin hablar y

sin señalar hacia los libros mayores: así como la linterna mágica condensa en un instantáneo campo los infinitos minutos de su radio de acción, así aquel rápido y leve gesto estableció en la luz incierta confusa y crepuscular de la pequeña habitación no sólo los libros mayores sino toda la plantación con su embrollada e intrincada totalidad, la tierra, los campos y lo que representaban en términos de algodón desmotado y vendido, los hombres y las mujeres que ellos alimentaban y vestían y a los que incluso pagaban algo de dinero en efectivo por Navidad a cambio del trabajo con que plantaban y cuidaban y recogían y desmotaban el algodón, la maquinaria y las mulas y los aparejos con que lo levantaban y su precio y sostenimiento y su renovación, todo aquel edificio intrincado y complejo fundado sobre la injusticia y construido con una rapacidad sin escrúpulos y sostenido a veces con un franco salvajismo no sólo contra los seres humanos sino contra los animales de valor también, aunque solventes y eficientes y, más que eso: no sólo todavía intacto sino agrandado, aumentado; mantenido intacto por McCaslin, entonces poco más que un niño, a través y por encima de la ruina y el caos de veinte años antes cuando difícilmente sobrevivía uno entre diez, y la agrandó y la aumentó y hubiera continuado así, solvente y eficiente e intacta y todavía aumentando mientras durasen McCaslin y sus sucesores McCaslin, aunque sus apellidos no fuesen siquiera los de Edmonds. Y él:

—De acuerdo también. Porque es esto: no la tierra sino nosotros. No sólo la sangre, sino también el nombre; no sólo su color sino su designación: Edmonds, blanco, pero por línea femenina, no podía tener otro nombre sino el usado por su padre; Beauchamp, de la rama más antigua y por línea de varón, pelo negro, podía haber tenido cualquier nombre que le gustase y a nadie le habría importado, excepto el nombre que llevaba su padre que no tenía nombre... —Y McCaslin:

—Y como yo sé también que tú sabes lo que voy a decir ahora, una vez más déjame decirlo: Y otro, y también en la tercera generación, y el varón, el mayor, el directo y único y blanco y siempre McCaslin, de padre en hijo y en hijo... —Y él:

—Yo soy libre. —Y esta vez McCaslin no hizo ni siquiera el gesto, sin interferencia de las marchitas páginas, ningún requerimiento a la linterna mágica, sino el frágil y férreo hilo fuerte como la verdad e impenetrable como el mal y más largo que la vida misma y que llegaba más allá del recuerdo y del patrimonio juntos a unirlos con la lujuria y las pasiones, con las esperanzas y los sueños y los dolores, de huesos cuyos nombres cuando todavía estaban revestidos de carne y activos ni siquiera el abuelo del viejo Carothers había oído nunca hablar. Y él:

—Y también eso. —Y McCaslin:

—Elegido, me imagino, te lo concederé, por Él en todo tu tiempo como dices que Buck y Buddy lo fueron en el suyo. Y empleó Él un oso y un viejo y cuatro años solamente para ti. Y a ti te han hecho falta catorce años para llegar a ese punto y casi otros tantos, quizá más, para Old Ben, y más de setenta para Sam Fathers. Y tú no eres sino uno. ¿Cuánto tiempo entonces? ¿Cuánto tiempo? —Y él:

—Hará falta mucho. Nunca he dicho lo contrario. Pero todo será como es debido porque ellos resistirán... —Y McCaslin:

—Y de todos modos, tú serás libre. No, ni ahora ni nunca, nosotros de ellos ni ellos de nosotros. De ese modo yo también lo repudiaría. Yo lo negaría aunque supiera que era verdad. Debería hacerlo. Puedes ver que no hago otra cosa. Yo soy lo que soy; y seré siempre lo que he sido al nacer y lo que siempre he sido. Y otros además de mí. Otros además de mí, exactamente como hubo otros además de Buck y Buddy en lo que tú llamas Su primer proyecto que le fracasó. —Y él:

—Y otros además de mí. —Y McCaslin:

—No. Ni siquiera tú. Porque estás señalado. Tú dijiste que en el instante en que Ikkemotubbe comprendió que él podía vender la tierra al abuelo, dejó para siempre de ser suya. Está bien; continúa: entonces perteneció a Sam Fathers, el hijo de Ikkemotubbe. ¿Y quién ha heredado a Sam Fathers, sino tú? ¿Tal vez coheredero con Boon, si acaso no de su vida, al menos de su partida? —Y él:

—Sí. Sam Fathers me dio la libertad.

E Isaac McCaslin, todavía no tío Ike, mucho antes de que fuera tío para medio distrito y sin embargo padre de nadie, viviendo en una habitación reducida y fría en una pensión de Jefferson donde se instalaban pequeños jurados durante las sesiones del tribunal y se alojaban tratantes ambulantes de caballos y mulas, con su equipo de flamantes herramientas de carpintero y la escopeta y la brújula del viejo general Compson (y, cuando el general murió, el cuerno engarzado en plata también) y el catre de hierro y los colchones y las mantas que había llevado todos los otoños al bosque durante más de sesenta años y la brillante cafetera de estaño había habido un legado, de su tío Hubert Beauchamp, su padrino, aquel hombre fanfarrón, corpulento, vocinglero e infantil a quien tío Buddy le había ganado a la mujer de Terrel de Tomey en una partida de póquer en 1859 —«posible apuro contra tres Tresas a la vista de No hablado»—; no una frase descolorida o un párrafo garrapateado con el rastrero temor de la muerte por una mano débil y temblorosa como una última y desesperada dádiva lanzada tardíamente como retribución, sino un Legado, una Cosa, poseyendo peso para la mano y volumen para la vista y hasta audible: una copa de plata llena de monedas de oro y envuelta en una arpillera y sellada con el anillo del padrino sobre el lacre, la cual (todavía intacta) antes aún de la muerte del tío Hubert y mucho antes de su propia mayoría de edad, cuando hubiera sido suya, había llegado a ser no sólo una leyenda sino uno de los dioses familiares. Después del matrimonio de su padre y de la hermana de tío Hubert se trasladaron a la casa grande, la tremenda caverna que el viejo Carothers había empezado y no terminó nunca, sacando de allí a los negros que quedaban y la completaron con la dote de su madre, al menos el resto de las ventanas y las puertas y se trasladaron a ella, todos excepto tío Buddy que renunció a dejar la cabaña que él y su hermano gemelo habían construido, y siendo el traslado una idea de la novia y más que una simple idea y nadie pudo saber si ella quería realmente vivir en la casa grande o si sabía de antemano que tío Buddy se negaría a mudarse; y

dos semanas después de su nacimiento en 1867, la primera vez que él y su madre bajaron a la planta baja, una noche, la copa de plata colocada sobre la mesa del comedor debajo de la brillante lámpara y mientras su madre y su padre y McCaslin y Tennie (su niñera: le llevaba en brazos) —todos ellos en suma menos tío Buddy— observaban, tío Hubert hizo sonar una a una en la copa las brillantes y relucientes monedas y la envolvió en su forro de arpillera y calentó el lacre y lo selló y se la volvió a llevar a su casa donde vivía solo sin siquiera su hermana para que lo sujetase como decía McCaslin o para que le estimulase como decía tío Buddy y (funestos tiempos entonces en Mississippi) decía tío Buddy que la mayoría de los negros se habían ido y los que no se habían ido aún Hub Beauchamp no los necesitaba; pero los perros se quedaron y tío Buddy decía que Beauchamp tocaba el violín mientras Nero cazaba zorros ellos iban y lo veían allí; al fin su madre prevaleció y partieron en el coche todos una vez más excepto tío Buddy y McCaslin para hacerle compañía a tío Buddy hasta que un invierno tío Buddy empezó a decaer, y desde entonces en adelante iban él mismo, como empezaba a recordar, y su madre y Tennie y Terrel de Tomey que conducía: las veintidós millas en el vecino distrito, los dos postes de entrada sobre uno de los cuales recordaba McCaslin al muchacho pequeño que soplaba una trompa de caza a la hora del desayuno, del almuerzo y de la cena y saltaba al suelo para abrir a cualquier transeúnte a quien por casualidad oía pero donde ya no había ninguna puerta, el portal descuidado y cubierto de hierba de lo que su madre todavía insistía en que la gente lo llamase Warwick porque su hermano era el legítimo conde si la verdad hubiese triunfado y la justicia hubiese prevalecido, la casa sin pintar que exteriormente no cambiaba pero que en su interior parecía cada vez más grande porque él entonces era demasiado pequeño para darse cuenta de que cada vez quedaba menos del elegante mobiliario, de palisandro de caoba, de nogal, que para él nunca había existido en ninguna parte sin embargo excepto en las llorosas lamentaciones de su madre y los raros muebles que eran suficientemente pequeños para poder ir atados de algún modo en la trasera o en el techo del carruaje a su regreso. (Y él recordaba esto, lo había visto: un instante, un relámpago, la voz de soprano de su madre: «¡Hasta mi vestido! ¡Hasta mi vestido!», estentórea y ofendida en el vestíbulo vacío y sucio; una cara joven y femenina de color más claro que el de Terrel de Tomey por un momento mientras la puerta se cerraba; un remolino, un vislumbre de una bata de seda y el tintineo y el reflejo de un pendiente; una aparición rápida y chillona e ilícita y sin embargo en cierto modo aun para el muchacho, casi un niño todavía, como para cortar la respiración y excitante y evocadora: como si, igual que dos riachuelos límpidos y transparentes al encontrarse, el niño que era todavía hubiese entrado en relación y contacto, de un modo sereno y absoluto y perfecto a través de aquella vislumbrada carne femenina anónima ilícita e híbrida, con el muchacho que había existido en su tío en ese estado de inviolable e inmortal adolescencia durante casi sesenta años, el vestido, la cara, los pendientes desaparecidos en el mismo despavorido relámpago y la voz de su tío: «¡Es mi

cocinera! ¡Es mi nueva cocinera! He de tener una cocinera ¿no?», y luego el tío, con semblante alarmado y horrorizado también y sin embargo con algo inocente y en cierto modo indomable de un muchacho, y ellos se retiraban a su vez, hacia la galería de delante, y su tío otra vez, afligido y todavía asombrado, en una especie de desesperado resurgimiento si no de valor al menos de confirmación: «¡Ahora son libres! ¡Son personas como nosotros!», y su madre: «¡He ahí por qué! ¡He ahí por qué! ¡En la casa de mi madre! ¡Profanada! ¡Profanada!», y su tío: «¡Maldita sea, Sibbey, por lo menos dale tiempo para que haga la maleta!»; luego, superado, acabado, el ruidoso alboroto y todo, él y Tennie y recordaba la inescrutable cara de Tennie en la ventana hendida y sin persianas de la desnuda habitación que en un tiempo había sido el salón mientras observaban, aceleradamente trotando a trompicones senderos abajo, a la derrotada cómplice de la situación conyugal de su tío: la espalda, el desconocido rostro que sólo había visto durante un momento, el vestido que en un tiempo llevaba aro hinchándose y revoloteando bajo un abrigo de hombre, el viejo y pesado saco sacudiéndose y golpeándole las rodillas, derrotada y en retirada bastante efectiva y en el sendero desierto con un aspecto juvenil de abandono y desamparo y sin embargo y a pesar de todo excitante y evocadora y llevando encima la bandera de seda capturada dentro de la misma ciudadela de la respetabilidad, e inolvidable) la copa, la precintada e inescrutable arpillera, colocada en el estante del armario cerrado con llave, tío Hubert abría la cerradura y cogía la copa y la pasaba de mano en mano: su madre, su padre, McCaslin y hasta Tennie, insistiendo para que cada uno la cogiera a su vez y la sopesara y la sacudiese para comprobar el sonido, tío Hubert permanecía con las piernas abiertas delante de la chimenea fría y descuidada donde hasta los ladrillos se estaban desmenuzando entre escombros tiznados y polvorientos y calcinados y los residuos de la chimenea, siempre vocinglero y siempre inofensivo y siempre bravío; y por bastante tiempo creyó que nadie sino él había notado que su tío ponía la copa sólo en sus manos, abría la puerta y la bajaba y la ponía en sus manos y se quedaba delante de él hasta que él obedientemente la sucedía haciéndola sonar y luego se la quitaba y la volvía a guardar dentro del armario antes de que cualquier otro se brindase a tocarla, y posteriormente, cuando fue capaz no sólo de recordar sino de razonar, él no podía decir lo que fue o siquiera si había sido algo ya que el bulto pesaba y sonaba todavía, ni siquiera cuando, muerto tío Buddy, su padre al fin y después de casi setenta y cinco años en la cama después de salir el sol, dijo:

—Vete a buscar esa condenada copa. Trae también a ese condenado Hub Beauchamp, si puedes —porque todavía sonaba aunque su tío ya no la ponía en sus manos sino que él mismo la llevaba de uno a otro, su madre, McCaslin, Tennie, sacudiéndola delante de cada uno, diciendo:

—¿Lo oyes? ¿Lo oyes? —Con su cara siempre inocente, no desconcertada sino sólo asombrada y tampoco muy asombrada y siempre bravía; su padre y su tío Buddy ambos muertos ya, un día sin motivo ni aviso la vivienda casi completamente vacía

donde su tío y el viejo pendenciero bisabuelo de Tennie (que pretendía haber visto a Lafayette, y que, según McCaslin, dentro de diez años se acordaría de haber visto a Dios) vivían, cocinaban y dormían en una sola habitación, estalló en una pacífica conflagración, en una unanimidad de combustión tranquila, instantánea, sin causa, muros, suelos y techo; al amanecer se hallaba donde el padre de su tío la había construido hacía sesenta años, a la puesta del sol las cuatro chimeneas ennegrecidas y sin humo surgían de un polvo blanco y ligero de cenizas y algunas puntas de vigas carbonizadas que ni siquiera parecían estar muy calientes; y a última hora de la tarde, en la última de las veintidós millas, sobre la vieja yegua blanca que era la última de aquella cuadra de la que McCaslin se acordaba, los dos viejos se presentaron a la puerta de la hermana, el uno llevando el lío de arpillera envuelto en una camisa, y el bulto informe y oscuro embadurnado de lacre había sido puesto de nuevo en un estante casi idéntico al anterior y su tío mantenía la puerta medio abierta, no sólo con la mano en el tirador sino empujándola con un pie y la llave lista en la otra mano, la cara ansiosa y sin embargo no desconcertada sino todavía y siempre indómita no muy asombrada y él estaba ante la puerta entreabierta mirando silenciosamente, mirando el bulto de arpillera que se había hecho tres veces más alto de lo que primitivamente era y una buena mitad menos de su original consistencia y se apartaba y él no recordaba esta vez el aspecto de su madre ni la inescrutable expresión de Tennie sino la sombría y aquilina cara de McCaslin, grave intolerante y pasmada; luego una noche le despertaron y le llevaron todavía medio dormido bajo la luz de la lámpara, el olor de medicinas que ya le eran familiares en aquella habitación y el olor de alguna otra cosa que no había oído antes y conoció en seguida y no lo olvidaría nunca, la almohada, el decrepito y agotado semblante en el cual se asomaba todavía el muchacho inocente e inmortal y asombrado y ansioso, mirándole y tratando de hablarle hasta que McCaslin se adelantó y se reclinó sobre la cama y sacó de la parte alta del camisón la gran llave de hierro que colgaba de su grasiento cordón, diciendo los ojos Sí Sí Sí, y cortó el cordón y abrió el armario y llevó el paquete mientras lo entregaba, los ojos más apremiantes que nunca tratando de hablarle pero no pudieron; y él tenía diez años y su madre también había muerto y McCaslin dijo:

—Ya estás casi a medio camino. Podrías abrirlo. —Y él:

—No. Él dijo a los veintiuno. —Y tuvo veintiún años y McCaslin corrió la lámpara al centro de la mesa del comedor y puso el paquete al lado y puso su navaja abierta al lado del envoltorio y retrocedió con aquella expresión vieja y grave e intolerante y de repulsa y él lo levantó, el bulto de arpillera que quince años antes había cambiado completamente de forma de la noche a la mañana, que al sacudirlo hacía un tenue y ligero ruido no completamente musical y extrañamente apagado, la brillante hoja de la navaja se deslizó entre el intrincado laberinto de la cuerda, y las abultadas gotas de lacre que llevaban el sello del tío Beauchamp cayeron resonando sobre la pulida superficie de la mesa y, en medio de los pliegues de arpillera, la impoluta y flamante cafetera de estaño y un puñado de monedas de cobre y entonces

supo lo que producía el apagado sonido: una colección de trozos de papel minuciosamente enrollados casi suficientes para el nido de una rata, de buen papel de hilo, de tosco papel rayado como el que usan los negros, de páginas arrancadas a un libro mayor y márgenes de periódicos y hasta la etiqueta de papel de un traje de faena nuevo, todos fechados y todos firmados, empezando con el primero menos de seis meses después de haberle visto sellar la copa de plata dentro de la arpillera sobre aquella misma mesa en la misma habitación y hasta a la luz de la misma lámpara casi veintiún años antes:

Debo a mi sobrino Isaac Beauchamp McCaslin cinco (5) monedas de Oro que le reconozco con este vale de Mi mano con el interés del 5 por ciento.

Hubert Fitz-Hubert Beauchamp

En Warwick, 27 Nov. 1867

Y él:

—También él lo ha llamado Warwick —una vez al menos, aunque no más. Pero había más:

Isaac 24 Dic 1867 debo 2 monedas de Oro H. Fh. B.

Debo a Isaac-moneda de Oro 1 Ene 1868 H. Fh. B.

Luego cinco otra vez luego tres luego una luego un intervalo y como un sueño, como un espléndido y soñado desquite, no de ninguna ofensa o abuso de confianza porque había sido sencillamente un préstamo: mejor dicho, un consorcio:

Debo a Beauchamp McCaslin o a sus herederos veinticinco (25) monedas de Oro Esto y Todo lo precedente constituyendo mis pagarés al veinte (20) por ciento compuesto anual. Hoy 19 Enero 1873

Beauchamp

Ninguna localidad excepto la del tiempo y firmado no con el nombre sino con una palabra como el viejo y orgulloso conde podía haber garrapateado Nevile; y con eso hacía cuarenta y tres pero la leyenda las elevaba a cincuenta, lo que daba este balance: una, luego una, luego una, luego una y luego las últimas tres y luego el último vale, fechado después de que él fue a vivir a la casa con ellos y escrito con la temblorosa mano no de un viejo derrotado porque él nunca se había dado cuenta de haber sido derrotado sino de un viejo cansado tal vez y hasta ese cansancio sólo en el exterior y todavía indomable, la ingenuidad de la última nota, la ingenuidad no de la resignación sino sencillamente del asombro, como un simple comentario u observación, y tampoco demasiado:

Una copa de plata. Hubert Beauchamp

Y McCaslin:

—De todos modos tienes mucha calderilla. Pero no es lo bastante antigua, sin embargo, para ser una rareza ni una herencia. De modo que tendrás que aceptar el dinero —salvo que él no oyó a McCaslin, permanecía calladamente al lado de la mesa y miraba tranquilamente la cafetera y la cafetera descansando una noche posteriormente en la repisa encima de lo que ni siquiera era una chimenea en la pequeña y reducida y helada habitación en Jefferson mientras McCaslin echaba unos billetes doblados sobre la cama, y siempre de pie (no había allí ningún sitio donde sentarse salvo sobre la cama) sin siquiera quitarse el sombrero ni el abrigo. Y él—:

—Como un préstamo. De ti. Esto sólo. —Y McCaslin:

—No puedes hacer esto. Yo no tengo dinero que pueda prestarte. Y tendrás que ir al banco y buscarlo el mes que viene porque yo no te lo traeré —y tampoco podía ahora oír a McCaslin, mirando tranquilamente a McCaslin, su pariente, su padre casi aunque ahora no afín como, en todo caso, tampoco los padres y los hijos son afines. Y él—:

—Son diecisiete millas, a caballo y con frío. Podemos dormir aquí los dos. —Y McCaslin:

—¿Por qué debería yo dormir aquí como en mi casa cuando tú no quieres dormir allá en la tuya? —y se fue, y él se quedó mirando la brillante e inoxidable e impoluta cafetera de estaño y pensando y no por primera vez cuánto hace falta para formar a un hombre (Isaac McCaslin por ejemplo) y en el sendero tortuoso intrincado elegible aunque infalible que el espíritu de un hombre (el de Isaac McCaslin por ejemplo) toma entre toda aquella masa para hacerle al fin lo que debe ser, no sólo ante el pasmo de ellos (aquellos que engendraron al McCaslin que engendró a su padre y a tío Buddy y a su hermana, y los que habían engendrado al Beauchamp que engendró a tío Hubert y a la hermana de tío Hubert) que creían haberle formado a él, sino ante el de Isaac McCaslin también como un préstamo y lo usó aunque no hubiera tenido necesidad: el mayor de Spain le ofreció una habitación en su casa todo el tiempo que él quisiera y no le hizo ni le haría ninguna pregunta, y el viejo general Compson más que eso, llevarle a su propia habitación, dormir en la mitad de su propia cama y más que el mayor de Spain porque le dijo bruscamente el porqué:

—Duerme conmigo y antes de que termine el invierno sabré la razón. Tú me la dirás. Porque no creo que tú renuncies verdaderamente. Parece que tú renuncias verdaderamente pero yo te he observado mucho en los bosques y no creo que renuncies verdaderamente aunque condenadamente lo parezca —usándolo como un préstamo, pagó la pensión y el alquiler de un mes y compró las herramientas, no simplemente porque él era experto con sus manos ya que había determinado emplear sus manos y podía haberlo hecho con los caballos, y no por una mera extática y confiada emulación del Nazareno como el joven jugador compra una camisa de lunares porque el jugador viejo ganó ayer llevando una, sino (sin la arrogancia de la

falsa humildad y sin la falsa humildad del orgullo, él que pretendía ganarse su pan, y no tenía una particular necesidad de ganarlo pero tenía que ganarlo y por algo más que el pan) porque si el Nazareno había encontrado el trabajo de carpintero bueno para la vida y para los fines que Él había asumido y elegido servir, sería también bueno para Isaac McCaslin aunque los fines de Isaac McCaslin, si bien bastante simples en su aparente causa, eran y serían siempre incomprensibles para él, y su vida, bastante invisible en sus necesidades, si él hubiera podido ayudarse a sí mismo, no siendo el Nazareno, no la hubiera elegido; y lo restituyó. Él había olvidado los treinta dólares que McCaslin pondría en el banco todos los meses a su nombre, y se los había traído y los echó sobre la cama aquella primera y única vez pero ninguna más; tenía un socio o más bien él era el socio: un viejo listo blasfemo impío y dipsómano que había construido *blockade-runners*^[1] en Charleston en el 62 y 63 y desde entonces había sido carpintero de barcos y apareció en Jefferson hacía dos años sin que nadie supiera de dónde ni por qué y pasó desde entonces buena parte de su tiempo restableciéndose de delirium tremens en la cárcel; pusieron un techo en el establo del presidente del banco y (el viejo de nuevo en la cárcel celebrando todavía el trabajo) él fue al banco para cobrarlo y el presidente le dijo:

—Debería pedirle prestado a usted en vez de pagarle —y ya habían pasado siete meses y él se acordó por primera vez, doscientos diez dólares, y ése fue el primer trabajo de cierta importancia y cuando dejó el banco la cuenta era de doscientos veinte contra doscientos cuarenta, faltaban sólo veinte dólares, luego hizo el balance aunque por entonces el total había aumentado a trescientos treinta y dijo:

—Quiero transferirlo ahora. —Y el presidente dijo:

—No puedo hacer eso. McCaslin me dijo que no lo hiciera. ¿No tiene usted otra inicial que pueda usar para abrir otra cuenta? —Pero todo esto estaba bien, las monedas de plata y los billetes se amontonaban atados en un pañuelo y la cafetera envuelta en una camisa vieja como la había traído el bisabuelo de Tennie desde Warwick dieciocho años antes, en el fondo de un baúl con conteras de hierro que el viejo Carothers había traído de Carolina y su patrona dijo:

—¡Ni siquiera un cerrojo! ¡Y no cierra su puerta con llave, ni siquiera cuando sale! —Y él la miraba tan serenamente como había mirado a McCaslin aquella primera noche en la misma habitación, no como a un pariente y más que a un pariente como aquellos que os sirven aun por el pago son vuestros parientes y aquellos que os ofenden son más que el hermano o la esposa

y ahora tenía mujer, había sacado al viejo de la cárcel y lo había llevado a su cuarto alquilado y lo mantuvo sobrio a la fuerza, y ni siquiera se quitó los zapatos durante veinticuatro horas, lo levantó y le dio de comer y construyeron el granero entonces elevándolo desde el suelo y él se casó con ella: hija única, una muchachita todavía extrañamente mayor de lo que parecía al principio, tal vez más fuerte, con los ojos oscuros y un rostro apasionado en forma de corazón, que aun en aquella granja tenía tiempo para mirarle la mayor parte del día mientras él aserraba los maderos

según las instrucciones del viejo: y ella:

—Papá me ha hablado de ti. Aquella plantación es verdaderamente tuya, ¿no? —
Y él:

—Y de McCaslin. —Y ella:

—¿Había un testamento dejándole la mitad a él? —Y él:

—No había necesidad de testamento. Su abuela era la hermana de mi padre.
Hemos sido como hermanos. —Y ella:

—Sois lo mismo que primos segundos y eso es todo lo que seréis. Pero creo que esto no importa. —Y se casaron, se casaron y fue un mundo nuevo, su herencia también como era la herencia de todos, de la tierra, más allá de la tierra y sin embargo de la tierra ya que aunque suya era también de la larga historia de la tierra, también suya porque cada uno debe compartirla con otro para llegar a una posesión y al compartirla se hacen uno solo; por aquel momento al menos, uno; por aquel breve momento al menos, uno: indivisible, aquel momento al menos irrevocable e irrecuperable, viviendo todavía en un cuarto alquilado pero solamente por poco tiempo y aquella habitación sin paredes y sin techo y sin suelo era una magnificencia para él que la dejaba todas las mañanas y volvía por la noche; el padre de ella poseía ya el solar en la ciudad y proporcionó el material y él y su socio la construirían, la dote de ella para uno; el regalo de bodas de ella para tres, y ella no lo sabría hasta que la casa estuviera acabada y lista para trasladarse y él nunca supo quién se lo había dicho, no su padre ni su socio y ni siquiera estando bebido como creyó por un momento, y él volvía a casa del trabajo con el tiempo justo para lavarse y descansar un momento antes de bajar a cenar, y desde entonces no entraba en ningún cuartito alquilado porque tendría algo de aquella magnificencia aun después de que ellos se hicieran viejos y la hubieran perdido: y él vio su cara entonces, exactamente antes de que dijese:

—Siéntate. —Los dos sentados en el borde de la cama, sin siquiera tocarse todavía, la cara de ella tensa y terrible, la voz de ella un apasionado y desfalleciente susurro de inconmensurables promesas—: Te amo. Sabes que te amo. ¿Cuándo nos mudamos? —Y él:

—No lo sé... No lo sabía... ¿Quién te lo ha dicho...? —La mano feroz y cálida pegada contra su boca, apretándole los labios contra los dientes, el feroz engarfiamiento de los dedos clavados en sus mejillas y sólo la palma aflojada lo suficiente para que él pudiese contestar:

—La granja. Nuestra granja. Tu granja. —Y él:

—Yo... —Y de nuevo la mano, dedos y palma, todo el peso envolvente de ella aunque no lo tocara todavía sino con la mano, la voz:

—¡No! ¡No! —Y los mismos dedos parecían seguir a través de las mejillas el impulso de hablar que se apagaba en su boca, luego el susurro, la respiración de nuevo, de amor y de increíble promesa, la palma que se afloja otra vez para dejarle contestar:

—¿Cuándo? —Y él:

—Yo... —Luego ella se fue, la mano también, estaba de pie, la espalda vuelta hacia él y la cabeza baja, la voz tranquila que por un momento no pareció su voz como él la recordaba:

—Levántate y vuelve la espalda y cierra los ojos. —Y lo repitió antes de que él lo comprendiese y estuviese de pie con los ojos cerrados y oyendo sonar la campana para la cena en el piso de abajo y la voz serena otra vez—: Cierra la puerta con llave. —Y lo hizo así y apoyó la frente contra la madera fría, los ojos cerrados, oyendo su corazón y el sonido que había empezado a oír antes de moverse hasta que cesó y la campana sonó de nuevo en el piso de abajo y él sabía que esta vez era para ellos y sintió la cama y se volvió y él nunca la había visto desnuda antes, se lo había pedido una vez, y por qué: que él quería verla desnuda porque la amaba y quería verla a ella mirándole a él desnudo porque la amaba, pero después de eso no volvió a hablar de ello nunca, hasta volvía la cabeza cuando ella se ponía el camisón por encima del vestido para desnudarse por la noche y se ponía el vestido por encima del camisón para quitárselo por la mañana y ella no le permitía meterse en la cama a su lado hasta que la lámpara no estaba apagada y hasta en el calor del verano ella estiraba las sábanas encima de ambos antes de permitirle volverse hacia ella; y la patrona subió las escaleras hasta la antesala y llamó a la puerta y les llamó por sus nombres pero ella no se movió, extendida en la cama sobre la colcha, su cara de lado sobre la almohada, sin escuchar nada, sin pensar nada, ni en él como él pensó luego la patrona se fue y ella dijo:

—Desnúdate. —Su cabeza siempre vuelta a un lado, sin mirar nada, sin pensar nada, sin esperar nada, ni siquiera a él, y la mano moviéndose como con voluntad y visión de sí misma, cogiéndole por la muñeca en el momento exacto cuando él se detuvo junto al lecho aunque él nunca se detuvo sino simplemente cambió la dirección de su movimiento, hacia abajo ahora, la mano tirando de él y ella se volvió al fin, se desvió, un movimiento único completo inherente no ensayado y a la vez más viejo que el hombre, mirándole, arrastrándole hacia abajo con aquella sola mano abajo y abajo, y él no vio ni sintió la desviación, la palma aplastada contra su pecho y lo mantenía lejos con la misma aparente carencia de esfuerzo o de ninguna necesidad de fuerza, y no lo miraba, no necesitaba mirarlo, la mujer casta, la esposa, ya mirada por todos los hombres que nunca enceló y todo su cuerpo había cambiado, transformado, él nunca lo había visto sino una sola vez y no era siquiera el que él había visto compuesto de toda la carne de mujer, que desde que el hombre era se había reclinado sobre la espalda y se había abierto, y de alguna parte de ella, sin siquiera un movimiento de los labios, el débil e invencible susurro:

—Promete. —Y él:

—¿Prometer?

—La granja.

Él se movió. Él se había movido, la mano desplazándose de su pecho una vez más

hasta su muñeca, agarrándola, el brazo todavía laxo y sólo la ligera y creciente presión de los dedos como si brazo y mano fueran un trozo de cable con un lazo en un extremo, sólo la mano apretando mientras él se arrastraba contra ella.

—No —dijo él—. No. —Y ella no le estaba mirando todavía pero no como la otra sino todavía la mano—: No, ya te lo he dicho. No quiero. No puedo. Nunca. —Y todavía la mano y él dijo, por última vez, trató de hablar claramente y sabía que era aún con gentileza y pensó *Ella ya sabe más de lo que yo, con todo mi escuchar a los hombres en el campamento donde no había nada para leer, oí nunca. Nacen ya hartas de saber aquello a lo que un muchacho se acerca sólo a los catorce o quince años torpemente y con un tembloroso espanto*—: No puedo. Nunca. Recuérdalo. —Y todavía la mano constante e invencible y él dijo Sí y pensó, *Está perdida. Ha nacido perdida. Todos hemos nacido perdidos*, luego cesó de pensar y hasta de decir Sí, fue como nada de lo que hubiera soñado, ni mucho menos oído en las conversaciones de los hombres hasta que después de un instante volvió y se echó agotado sobre la playa insaciable e inmemorial y de nuevo con un movimiento otra vez más viejo que el hombre ella se volvió y se liberó y en su noche de bodas ella había llorado y él pensó al principio que ella estaba llorando ahora, contra la traqueteada almohada de borra, la voz llegando de algún sitio entre la almohada y la risa:

—Y esto es todo. Esto es todo por mi parte. Si esto no te da ese hijo del que hablas, no será mío. —Yacía de costado, su espalda hacia el vacío cuarto alquilado, riendo y riendo.

Volvió al campamento una vez más antes de que la compañía maderera se trasladase allí y empezase a talar los árboles. El mayor de Spain nunca volvió a visitarlo. Pero les invitó con placer a servirse de la casa y cazar por las tierras cuando ellos quisieran, y el invierno siguiente a la última cacería, cuando murieron Sam Fathers y Lion, el general Compson y Walter Ewell idearon un plan para asociarse ellos mismos, el viejo grupo, en un club y arrendar el campamento y los privilegios de la caza de los bosques, una invención sin duda del un tanto infantil general pero realmente digna del mismo Boon Hogganbeck. Hasta el muchacho, al escucharlo, reconoció el subterfugio que había en el proyecto: cambiar las manchas del leopardo ya que no podían cambiar al leopardo, infundada e ilusoria esperanza a la que McCaslin pareció suscribirse por un tiempo, que una vez que ellos hubieran persuadido al mayor de Spain a volver al campamento él podía retractarse, aunque el muchacho sabía que no lo haría. Y no lo hizo. El muchacho no supo nunca lo que había sucedido cuando el mayor de Spain se excusó. No se hallaba presente cuando se trató del asunto y McCaslin no se lo dijo nunca. Pero cuando llegó junio y el tiempo para la doble celebración del cumpleaños no se hizo mención de ello y cuando llegó noviembre ninguno habló de servirse de la casa del mayor de Spain y él no supo si el mayor de Spain sabía o no que ellos iban de caza aunque sin duda el viejo Ash debía habérselo dicho; él y McCaslin y el general Compson (y aquélla fue también la última cacería del general) y Walter y Boon y Jim de Tennie y el viejo Ash cargaron dos carros y marcharon dos días y casi cuarenta millas más allá de cualquier región que el muchacho hubiera visto antes y vivieron en tiendas durante dos semanas. Y la primavera siguiente se enteraron (no por el mayor de Spain) que había vendido el derecho de tala a la compañía maderera de Memphis y en junio el muchacho se dirigió un sábado a la ciudad con McCaslin y fue al despacho del mayor de Spain: la grande y aireada habitación en el segundo piso, rodeada de estantes de libros con ventanas que en un extremo se abrían sobre los descuidados trasteros de unas tiendas y en el otro una puerta daba a un balcón encima de la plaza, con un cuarto cubierto por una cortina donde se hallaba un balde de cedro con agua y un azucarero, una cuchara, un vaso y una garrafa recubierta de mimbre con whisky, y un abanico colgante de papel y bambú, meciéndose adelante y atrás sobre el escritorio mientras el viejo Ash en una mecedora al lado de la puerta tiraba de la cuerda.

—Naturalmente —dijo el mayor de Spain—. A Ash le gustará probablemente escapar por un tiempo a los bosques, donde no tendrá que comer lo que guisa Daisy. Se queja de ello, por lo menos. ¿Lleváis a alguien con vosotros?

—No, señor —dijo él—. Pensé que acaso Boon...

Hacía seis meses que Boon era jefe de policía en Hoke; el mayor de Spain se había puesto de acuerdo con la compañía maderera o tal vez se había concertado un compromiso ya que había sido la compañía maderera la que había determinado que

Boon podía estar mejor como jefe de la policía de la ciudad que como jefe de una cuadrilla de leñadores.

—Sí —dijo el mayor de Spain—. Le telegrafiaré hoy. Se encontrará con vosotros en Hoke. Mandaré a Ash en el tren y ellos podrán llevar la comida y todo lo que tendréis que hacer será montar vuestros caballos y cabalgar.

—Sí, señor —dijo él—. Gracias. —Y luego oyó su voz otra vez. No sabía lo que iba a decir, y sin embargo lo sabía, lo había sabido durante todo el tiempo—: Quizá si usted... —Su voz se apagó. Se había interrumpido, nunca supo cómo porque el mayor de Spain no se movió, volvió al escritorio y a los papeles desparramados encima y aun esto sin moverse porque estaba sentado ante el escritorio con un papel en la mano cuando el muchacho entró y permaneció de pie mirando al hombre bajo y algo grueso de cabellos grises con un elegante traje de fino paño oscuro y una immaculada y brillante camisa a quien él estaba acostumbrado a ver con botas y traje de pana enfangado, sin afeitar, sentado sobre la yegua peluda y potente de largas corvas con una vieja carabina Winchester atravesada sobre el arzón y el gran perro azul de pie e inmóvil como si fuese de bronce junto al estribo, los dos en aquel último año, al menos para el muchacho, llegaron a parecerse el uno al otro de alguna manera como dos personas expertas en el amor o en los negocios que han estado juntas durante mucho tiempo en el amor o en los negocios se parecen a veces. El mayor de Spain no levantó la vista.

—No. Tendré demasiado que hacer. Pero te deseo buena suerte. Si cazas una, puedes traerme una ardilla joven.

—Sí, señor —dijo él—. La traeré.

Montó en su yegua, la potranca de tres años que él había criado y cuidado y domado. Partió de casa poco después de la medianoche y seis horas más tarde, sin siquiera haber fatigado a la yegua, cabalgó hacia Hoke, la minúscula línea de empalme del tren de la madera que él siempre había creído que era también propiedad del mayor de Spain si bien el mayor de Spain simplemente había vendido a la compañía (y eso hacía muchos años) la tierra sobre la que estaban los apartaderos y los muelles de carga y el almacén de la administración, y miró a su alrededor con disgustado y dolorido asombro aun cuando había sido prevenido y él mismo se había creído preparado: un nuevo aserradero medio terminado que abarcaría dos o tres acres y que daba la impresión de millas y millas de raíles de acero amontonados rojos con el orín ligero y brillante de metal nuevo y de rimeros de traviesas empapadas de creosota, y recintos de alambrada y pesebres para doscientas mulas por lo menos y las tiendas para los hombres que las conducían, así que dispuso lo referente al cuidado y la cuadra para su yegua lo más de prisa que pudo y sin mirar más subió al furgón del jefe del tren de la madera con su fusil y trepó al techo y no miró sino hacia el muro de la selva en cuyo interior podría de todos modos esconderse de aquello una vez más.

Luego la pequeña locomotora pitó y empezó a moverse: un rápido chorro de vapor, el estrépito letárgico y decidido de las cadenas de enganche que pendían a lo

largo del tren, el vapor cambiado en un profundo y lento castañeteo de potentes dentelladas cuando también el furgón empezó a moverse y desde el techo observó completa la parte delantera del tren en la primera y única curva de toda la línea y desapareció en la selva, arrastrando tras sí toda la longitud del tren tanto que parecía una pequeña serpiente oscura e inofensiva desapareciendo entre la maleza, arrastrando consigo también a él hasta que pronto corrió una vez más al máximo de su estruendosa velocidad entre los muros gemelos de la selva no tocada por el hacha y que estaba igual desde hacía mucho tiempo. Había sido inofensiva una vez. No hacía cinco años que Walter Ewell había disparado a un ciervo de seis puñales desde ese mismo furgón en movimiento, y luego estaba la historia del oso joven: el primer viaje del tren a lo largo de las treinta millas, el oso entre los raíles, su parte posterior elevada como la de un cachorro jugando mientras escarba para ver qué especie de hormigas o sabandijas podían encerrar o tal vez solamente para examinar a los extraños troncos simétricos cuadrados y descortezados que habían aparecido evidentemente no se sabía de dónde en una interminable línea matemática de la noche a la mañana, todavía escarbando hasta que el conductor frenando la locomotora a unos cincuenta pies hizo sonar el silbato y entonces corrió frenéticamente y se cogió al primer árbol con que tropezó: un fresno joven no más grande que el muslo de un hombre y trepó todo lo que pudo y se asió allí, con la cabeza escondida entre los brazos como podía haber hecho un hombre (quizá una mujer) mientras el guardafrenos le arrojaba pedazos de balasto, y cuando la máquina estuvo de regreso tres horas más tarde con la primera carga de troncos el oso estaba bajándose del árbol y de nuevo volvió a trepar lo más alto que pudo y se quedó agarrado a él mientras el tren pasaba y estaba allí todavía cuando pasó de nuevo por la tarde y cuando regresó al oscurecer; y Boon había estado en Hoke con el carro a buscar un saco de harina aquel mediodía cuando los hombres del tren hablaron de ello y Boon y Ash, ambos entonces veinte años más jóvenes, estuvieron sentados bajo el árbol toda la noche para impedir que nadie le disparase y a la mañana siguiente el mayor de Spain hizo que el tren se quedase en Hoke, y sólo poco antes del ocaso del segundo día, cuando no sólo lo observaban Boon y Ash sino el mayor de Spain y el general Compson y Walter y McCaslin, con doce años entonces, bajó del árbol después de casi treinta y seis horas sin agua siquiera y McCaslin le contó cómo durante un minuto pensaron que iba a detenerse justamente en el depósito del agua donde ellos se hallaban y que bebería, cómo miró al agua y se detuvo y los miró a ellos y de nuevo al agua, pero no se acercó, se fue, corriendo, como corren los osos, los dos pares de patas, delanteras y traseras, trazando dos rastros separados aunque paralelos.

Había sido inofensivo entonces. Ellos oían algunas veces el paso del tren de la madera desde el campamento; algunas veces, porque nadie se molestaba en escuchar. Lo oían a la ida, corriendo ligero y veloz, el ligero traqueteo de los vagones, el vapor de la minúscula locomotora y su estridente silbido de vendedor de cacahuetes que vibraba por un momento y era absorbido por la selva cavilante y distraída sin un eco

siquiera. Ellos lo oían a la vuelta, cargado, no tan deprisa dando sin embargo su ilusión de frenética y serpenteante velocidad como un juguete, sin silbar para conservar el vapor, lanzando sus afanosas dentelladas en miniatura resoplando en la faz inmemorial del bosque con frenética e inútil vanagloria, vacío y ruidoso y pueril, llevando sin destino ni propósito maderos que no dejaban en ningún sitio ni una señal ni un tronco caído, como los trenecitos de los niños cargan y transportan y descargan su arena inútil y retroceden precipitadamente en busca de más, incansables e incesantes y rápidos aunque nunca tan deprisa como la Mano que juega con ello retira la carga del juguete para cargarlo de nuevo. Pero era diferente. Era el mismo tren, máquina, vagones y cabina del conductor, hasta los mismos maquinistas guardafrenos y conductor con los que Boon, borracho y luego sereno y luego de nuevo borracho y luego otra vez bastante sereno una vez más todo en el espacio de veinticuatro horas, se había jactado ese día dos años antes de lo que iban a hacer al día siguiente a Old Ben, y corría con la misma ilusión de frenética rapidez entre las mismas paredes de la selva impenetrable e inaccesible, pasando por las viejas marcas, las antiguas travesías de caza donde él había seguido la pista de ciervos heridos y no heridos y más de una vez los había visto, todo menos heridos, saltar fuera de los bosques y atravesar los terraplenes que sostenían los raíles y los travesaños luego abajo y dentro de los bosques de nuevo como se supone que se mueven los seres ligados a la tierra pero pasando como pasan las flechas, separados del suelo, alargados hasta tres veces su real longitud e incluso más descoloridos, diferentes en el color, como si estuvieran en un punto entre la inmovilidad y el movimiento absoluto donde hasta la masa se altera químicamente, cambiando sin dolor o angustia no sólo en volumen y forma sino también en el color, acercándose al color del viento, y sin embargo esa vez era como si el tren (y no sólo el tren sino él mismo, no sólo sus ojos que lo habían visto y su memoria que lo recordaba sino sus vestidos también, así como las ropas devuelven al soplo limpio y sereno del aire la prolongada emanación de un cuarto de enfermo o de muerto) hubiera llevado consigo a la selva condenada a muerte aun antes de que llegara el hacha y la sombra y el prodigio del nuevo aserradero ni siquiera acabado todavía y de raíles y traviesas que aún no estaban colocados; y él supo lo que había sabido aquella mañana en Hoke, pero que todavía no había proyectado en palabras; por qué el mayor de Spain no había vuelto, y que después de esa vez él mismo, que habría tenido que verlo una vez u otra, tampoco hubiera vuelto.

Estaban ya cerca. Lo supo antes de que el conductor silbase para advertírselo. Pero vio a Ash y el carro, las riendas sin duda envueltas una vez más alrededor de la palanca del freno como en el recuerdo del muchacho el mayor de Spain le había prohibido que hiciera durante ocho años, el tren redujo la marcha, al aflojarse los empalmes traquetearon y entrechocaron de nuevo de un vagón al otro, la cabina del conductor disminuyó la velocidad al pasar por el carro mientras él saltaba abajo con su fusil, el conductor se inclinaba hacia él para indicarle la máquina, la cabina seguía disminuyendo la marcha, rateando, aunque el vapor de la máquina estuviese ya

lanzándose con ritmo ascendente contra la selva sin eco, el estrépito de las barras de tracción circuló hacia atrás por todo el tren, y la cabina al fin recobró velocidad. Luego se había ido. No había estado. No podía oírlo más. La selva se elevaba, pensativa, indiferente, infinita, eterna, verde; más vieja que cualquier cobertizo de aserradero, más larga que cualquier línea de apartadero.

—¿No ha llegado todavía el señor Boon? —dijo.

—Me la ha jugado —dijo Ash—. Tenía el carro cargado y preparado para mí ayer en Hoke cuando llegué allí y arreglado el campamento en la escalinata la noche pasada cuando yo llegué. Se encuentra ya en el bosque desde el amanecer. Dijo que iría hasta el Abeto y que cazara usted por ese camino y ya se encontrarán.

Él sabía dónde estaba aquello: un único y gran ocozol justo fuera del bosque, en un viejo calvero; si uno, en esa época del año, trepaba muy silenciosamente y luego corría repentinamente hacia el calvero, algunas veces podía coger hasta una docena de ardillas, atraparlas, ya que allí no había ningún otro árbol cerca al que pudieran saltar. Por eso él no subió al carro.

—Iré —dijo.

—Me imaginaba que iría —dijo Ash— y le he traído una caja de cartuchos.

Le alcanzó los cartuchos y empezó a desenrollar las riendas de la palanca del freno.

—¿Cuántas veces calculas que el mayor te ha dicho que no hagas eso? —dijo el muchacho.

—¿Hacer qué? —preguntó Ash. Luego dijo—: Y dígame a Boon Hogganbeck que la comida estará en la mesa dentro de una hora y si alguno de ustedes quiere, que venga y la coma.

—¿Dentro de una hora? —dijo él—. No son las nueve todavía. —Sacó el reloj y le mostró la esfera a Ash—. Mira. —Ash ni siquiera miró el reloj.

—Esa es la hora de la ciudad. Ahora no está usted en la ciudad. Está usted en el bosque.

—Mira el sol entonces.

—Tampoco me importa el sol —dijo Ash—. Si usted y Boon Hogganbeck quieren comer, harán mejor en venir cuando le he dicho. Yo tengo que hacer en aquella cocina porque tengo que cortar leña. Y cuidado con sus pies. Hay serpientes.

—Tendré cuidado —dijo él.

Luego se halló en los bosques, no solo sino solitario; la soledad se cerraba en torno a él, verde de verano. No habían cambiado, y, sin tiempo, no hubieran cambiado, no más que el verde del verano y el fuego y la lluvia del otoño y el riguroso frío y a veces hasta la nieve

el día, la mañana en que mató al ciervo y Sam marcó su rostro con la sangre caliente, volvieron al campamento y él recordaba al viejo Ash parpadeando y descontento y hasta ofendido en su escepticismo hasta que al fin McCaslin le había confirmado que lo había matado realmente él; y aquella noche Ash estuvo sentado

refunfuñando e inabordable detrás del fogón de modo que Jim de Tennie tuvo que servirles la cena y despertarles con el desayuno ya sobre la mesa a la mañana siguiente y fue sólo a la una y media cuando de las furiosas maldiciones del mayor de Spain y de los gruñidos y adustas respuestas de Ash surgió al fin el hecho de que Ash no sólo quería ir a los bosques y disparar a un ciervo también sino que se había propuesto hacerlo y el mayor de Spain dijo: «Por Dios, si no le dejamos probablemente tendremos que cocinar de ahora en adelante», y Walter Ewell dijo: «O levantarnos a la medianoche para comer lo que Ash cocine»; y como él ya había matado su ciervo durante esa cacería y no iba a disparar de nuevo a menos que necesitaran carne, ofreció su escopeta a Ash hasta que el mayor de Spain asumió el mando y asignó aquella escopeta a Boon por ese día y dio a Ash la imprevisible escopeta de Boon con dos cartuchos de perdigones pero Ash dijo: «Tengo cartuchos»; y se los mostró, cuatro: uno para ciervos, uno de tres perdigones para conejos, dos para los pájaros y contó su historia uno por uno y su origen y él recordaba no sólo la cara de Ash sino también la del mayor de Spain y la de Walter y la del general Compson, y la voz de Ash: «¿Disparar? ¡Naturalmente que dispararán! El general Compson me dio éste», el cartucho para ciervos, «sacándolo de aquella misma escopeta con que él mató aquel gran ciervo hace ocho años. ¡Y éste —era el cartucho para conejos: triunfalmente— es más viejo que este muchacho!» Y aquella mañana él mismo cargó la escopeta invirtiendo el orden: los de los pájaros, el de los conejos, luego el del ciervo de modo que el del ciervo estuviese el primero en la recámara, y él mismo sin fusil, él y Ash fueron andando al lado de los caballos del mayor de Spain y de Jim de Tennie y con los perros (estaba nevando) hasta que éstos se lanzaron y dieron con el rastro, los gritos agradables y fuertes resonando a lo lejos en el aire acolchado decreciendo y yéndose casi inmediatamente, como si los copos constantes y silenciosos hubieran enterrado ya hasta los ecos no formados todavía bajo su caída innúmera y sin peso, el mayor de Spain y Jim de Tennie se habían ido también, gritando continuamente hacia el interior del bosque; y luego todo fue bien, y él supo tan claramente como si Ash se lo hubiese dicho que Ash había cazado su ciervo y que hasta sus tiernos años habían sido perdonados por haber cazado uno, y volvieron a casa a través de la nieve que caía. Ash preguntó «¿Y ahora qué?», y él respondió: «Por aquí», y pasó delante porque, aunque estaban a menos de una milla del campamento, Ash, que había pasado dos semanas de su vida en el campamento todos los años durante los últimos veinte, no tenía la menor idea de dónde se encontraban, hasta que bien pronto la manera como Ash llevaba la escopeta de Boon lo estaba poniendo bastante más nervioso e hizo que Ash marchase a la cabeza, avanzando a grandes trancos, enfrascado en un monólogo de viejo charlatán empezando por donde se hallaba en ese momento, luego de los bosques y de la vida en los bosques y de la comida en los campamentos, luego de la comida, luego de su preparación y de cómo guisaba su mujer, luego, en resumen de su vieja mujer y casi en seguida y por extenso de una

joven de piel más clara que estaba de niñera en la casa de al lado de la del mayor de Spain y si ella no se hubiera mostrado remisa él le hubiera demostrado si un viejo era viejo o no si su mujer no lo hubiera estado vigilando todo el tiempo, los dos por un sendero de caza a través de una densa maleza de cañas y de espinos que los llevaría a un cuarto de milla del campamento, y justo cuando Ash, hablando todavía, estaba a punto de poner el pie encima de un tronco caído el oso, el cachorro, surgió repentinamente detrás del tronco y se sentó, con los brazos contra el pecho y las garras blandamente quietas como si hubiera sido sorprendido en el acto de taparse la cara para rezar: y después de un momento la escopeta de Ash se levantó de golpe y él dijo: «Todavía no tienes el cartucho en el cañón. Monta»; pero la escopeta ya había fallado y él dijo: «Monta. Todavía no tienes el cartucho en el cañón»; y Ash maniobró el mecanismo y después de un momento la escopeta fue apuntada de nuevo y falló y él dijo: «Móntala», y vio que el cartucho para ciervo saltaba, girando pesadamente, dentro del cañaveral. Este es el cartucho para los conejos: y la escopeta falló y él pensó: El próximo es el de los pájaros: y no tuvo que decir: «Móntala»; gritó: «¡No dispaes! ¡No dispaes!», pero ya era demasiado tarde, el ligero seco y maligno disparo en falso antes de que él pudiese hablar y el oso se volvió y se deslizó a cuatro patas y luego se había ido, y allí estaban sólo el tronco, el cañaveral, la nieve constante y aterciopelada y Ash dijo: «¿Y ahora qué?» y él dijo: «Por aquí. Vamos»; y empezó a bajar por el sendero y Ash dijo: «Tengo que encontrar mis cartuchos»; y él dijo: «Maldita sea, maldita sea, vamos»; pero Ash apoyó el fusil contra el tronco del árbol y se volvió y se agachó y rebuscó entre las raíces de las cañas hasta que retrocedió y se agachó de nuevo y encontró los cartuchos y se incorporaron y en aquel momento la escopeta, no tocada por nadie, apoyada contra el tronco seis pies más allá y durante aquel momento hasta olvidada por ambos, rugió, bramó y llameó, y paró; y él la llevó ahora, descargada del momificado cartucho y le dio éste también a Ash, y con la recámara abierta todavía, él mismo cargó con la escopeta hasta que la colocó en el rincón detrás de la cama de Boon en el campamento

verano, y otoño, y nieve, y lluvia y la savia abundante de la primavera en su decretada e inmortal sucesión, las fases imperecederas e inmemoriales de la madre que le había formado, si es que alguien lo había hecho, como el hombre que casi era, madre y padre a la vez para el viejo nacido de una esclava negra y de un jefe chickasaw que había sido su padre en espíritu, si alguien lo había sido, a quien él había respetado y escuchado y querido y perdido y llorado; y él se casaría algún día y ellos también poseerían durante su breve momento aquella breve e inconsciente felicidad que por su misma naturaleza no puede durar y que por esto es felicidad; y podrían, quizá, llevar hasta su recuerdo al tiempo en que la carne no habla ya a la carne porque al fin la memoria dura, pero sin embargo los bosques serían su amante y su esposa.

No se dirigía hacia el Abeto. En realidad se estaba alejando de él. Hubo un

tiempo, y no hacía tanto de ello, en que no le hubieran permitido estar allí sin que alguien le acompañase, y un poco después, cuando había empezado a aprender tantas cosas que no sabía, no se hubiera atrevido a estar allí sin alguien a su lado, y todavía después, cuando empezaba a indagar, aunque sólo fuera oscuramente, los límites de lo que no sabía, hubiera podido intentarlo y llevarlo a cabo con una brújula, no porque hubiera aumentado su confianza en sí mismo sino porque también McCaslin y el mayor de Spain y Walter y el general Compson le habían enseñado al fin a creer en la brújula prescindiendo de lo que parecía indicar. Ni siquiera empleaba ya la brújula sino sencillamente el sol y eso sólo inconscientemente; con todo podía haber cogido un mapa topográfico y darse una idea en cualquier momento de dónde se encontraba con una aproximación de unos cien pies; y por descontado, casi en el mismo momento en que él lo esperaba, el terreno empezó a elevarse ligeramente y él pasó uno de los cuatro mojones de hormigón colocados por el agrimensor de la compañía maderera para fijar los cuatro ángulos del terreno que el mayor de Spain había excluido de la venta, luego se detuvo en la cima de la loma, los cuatro mojones de los ángulos visibles, todavía blanqueados a pesar de los temporales del invierno, sin vida y monstruosamente ajenos en aquel lugar donde la misma descomposición era una inquieta ebullición de eyaculación, de tumescencia, de concepción, y de nacimiento, y la muerte ni siquiera existía. Después de que dos inviernos extendieron sus alfombras de hojas y de las inundaciones de dos primaveras, no quedaba rastro de las dos tumbas. Pero aquellos que hubieran ido hasta allí para encontrarlas no habrían necesitado lápidas mortuorias sino que las habrían encontrado como el mismo Sam Fathers le había enseñado a encontrarlo: por la situación de los árboles; y lo hizo, encontrando casi al primer golpe de su cuchillo de caza (pero sólo para ver si todavía estaba allí) la lata redonda de manteca que contenía la garra mutilada de Old Ben, descansando sobre los huesos de Lion.

No la tocó. Ni siquiera buscó la otra tumba donde él y McCaslin y el mayor de Spain y Boon habían depositado el cuerpo de Sam, junto con su cuerno de caza y su cuchillo y su pipa, aquel domingo por la mañana hacía dos años; no tuvo necesidad de hacerlo. Había pisado al otro lado de ella, tal vez encima. Pero eso estaba bien. *Probablemente él sabía que yo estaba en el bosque esta mañana mucho antes de que llegase aquí*, pensó, yendo hacia el árbol que había sostenido uno de los extremos de la plataforma donde Sam yacía cuando McCaslin y el mayor de Spain los hallaron; el árbol, la otra lata de manteca clavada en el tronco, pero deteriorada por la intemperie, enmohecida, ajena también aunque reconciliada ya en la armónica generalidad de la selva, sin elevar una nota disonante, y vacía, ha tiempo vacía de la comida y el tabaco que él había puesto dentro aquel día, tan vacía de aquello como lo sería en breve de esto que sacaba del bolsillo: el rollo de tabaco, el nuevo pañuelo de hierbas, el pequeño paquete de caramelos de menta que a Sam le gustaban tanto; también eso había desaparecido, casi antes de que volviese la espalda, no evaporado sino sencillamente fundido en las miríadas de vida que llenaban el molde oscuro de estos

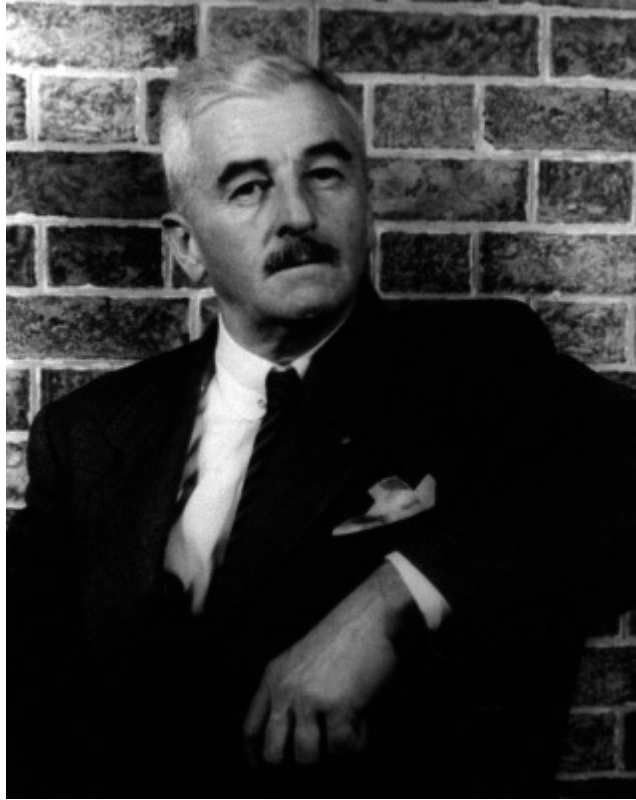
misteriosos y sombríos lugares de delicados y fabulosos rastros, que, respirando y esperando e inmóviles, le observaban detrás de cada rama y cada hoja hasta que él se movió, volviendo a andar, avanzando; no se había detenido, sólo había vacilado, al abandonar la loma que no era la morada de la muerte porque allí no estaba la muerte, ni Lion ni Sam: no sujetados en la tierra, miríadas no difundidas todavía de todo fragmento de miríada, hoja y rama y partícula, aire y sol y lluvia y rocío y noche, bellota y hoja y bellota de nuevo, oscuridad y amanecer y oscuridad y amanecer de nuevo en su constante sucesión y, siendo miríadas, uno: también Old Ben, también Old Ben; hasta le habrían restituido su garra, seguramente le habrían restituido su garra; luego el largo desafío y la larga caza, ningún corazón para ser forzado y maltratado, ninguna carne para ser macerada y herida. Justo cuando se quedó petrificado, le pareció oír la advertencia de despedida de Ash. Ni siquiera podía oír la voz, tan petrificado estaba, inmóvil, un pie soportando su peso, los dedos del otro apenas levantados detrás de él, sin respirar, sintiendo de nuevo y como siempre aquella irrupción aguda y espantosa de hacía tiempo cuando Isaac McCaslin no estaba todavía, y por eso tuvo miedo sin duda pero no susto cuando bajó la vista sobre ello. Todavía no se había enrollado ni tampoco había emitido ningún sonido, sólo una repetida y rápida contracción, una ondulación echándose a un lado simplemente como para conseguir que la erguida cabeza pudiera ser impulsada ligeramente hacia atrás, tampoco con espanto, ni todavía completamente de amenaza, de más de seis pies, la cabeza levantada más alta que su rodilla y a menos distancia que la altura de su rodilla, y vieja, los dibujos en un tiempo brillantes de su juventud apagados en una monótona concordancia también con la selva donde se deslizaba y se escondía; la vieja criatura, antigua y maldecida sobre la tierra, solitaria y fatal y él podía sentir su olor: el sutil y nauseabundo olor de pepinos podridos y de alguna otra cosa que no tenía nombre, evocador de todo lo conocido y de un viejo cansancio y de las caperuzas de los parias y de la muerte. Al fin se movió. No la cabeza. La altura de la cabeza no cambió cuando empezó a deslizarse alejándose de él, moviéndose erguida aunque fuera de la perpendicular como si la cabeza y el tercio elevado de su cuerpo fueran un todo completo: un ente andando sobre dos pies y libre de todas las leyes del volumen y del equilibrio, y así debía ser porque aun entonces él no podía creer completamente que todo aquel movimiento y fluido de sombra detrás de aquella cabeza que andaba podía ser una sola serpiente: yéndose y luego ida; puso al fin el otro pie en el suelo y no se enteró, permaneciendo con una mano levantada como Sam había estado aquella tarde seis años antes cuando le condujo a la selva y le hizo ver y él dejó de ser niño, hablando la vieja lengua que Sam había hablado aquel día sin premeditación también:

—Jefe —dijo él—: abuelo.

No podía decir cuándo empezó a oír el sonido, porque cuando llegó a darse cuenta le pareció que ya había estado oyéndolo varios segundos: un sonido como si alguien estuviera golpeando el cañón de un fusil contra un pedazo de raíl, un sonido

fuerte y pesado y no rápido aunque con algo de frenético, como si el que estuviese dando golpes fuese no sólo un hombre fuerte y activo sino también algo histérico. Sin embargo, no podía ser sobre la vía, porque si bien el trayecto se extendía en aquella dirección, estaba por lo menos a dos millas de él y ese ruido escasamente a trescientas yardas. Pero al pensarlo, comprendió de dónde debía llegar el sonido: cualquiera que fuese el hombre y sea lo que fuere lo que estaba haciendo estaba en algún sitio cerca de la linde del calvero donde se hallaba el Abeto y donde él tenía que encontrar a Boon. Hasta entonces, había ido cazando según avanzaba, moviéndose lenta y silenciosamente y observando a la vez el terreno y los árboles. Continuó, el fusil descargado y el cañón en alto terciado hacia atrás para facilitar su paso a través de las zarzas y la maleza, acercándose según era cada vez más fuerte aquel constante y salvaje y en cierto modo extrañamente histérico machacamiento de metal contra metal, surgiendo de los bosques, en el viejo calvero, con el solitario abeto directamente enfrente de él. A primera vista el árbol parecía estar plagado de enfurecidas ardillas. Parecían ser cuarenta o cincuenta saltando y lanzándose de rama en rama hasta que todo el árbol llegó a ser un verde remolino de hojas enloquecidas, mientras de vez en cuando, una a una o de dos en dos o de tres en tres, las ardillas se abalanzaban tronco abajo para girar luego sin detenerse y precipitarse a trepar de nuevo como aspiradas violentamente por el vacío de la frenética vorágine de sus compañeras. Entonces vio a Boon, sentado, con la espalda contra el tronco del árbol, la cabeza inclinada, martilleando con furia algo sobre su regazo. Martilleaba con el cañón de su fusil y lo que martilleaba era la recámara de éste. El resto del fusil se hallaba esparcido a su alrededor en media docena de pedazos mientras inclinaba sobre el pedazo que tenía sobre la rodilla su cara de nuez escarlata y chorreante, batiendo el separado cañón contra la recámara del fusil con la frenética naturalidad de un loco. Ni siquiera levantó la vista para ver quién era. Sin dejar de golpear gritó al muchacho con voz ronca y sofocada:

—¡Fuera de aquí! ¡No las toques! ¡No toques ni una! ¡Son mías!



WILLIAM FAULKNER (Oxford, EE. UU, 1897 - Oxford, EE. UU. 1962). Escritor estadounidense, es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!*, escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado *Nobel de Literatura* también recibió el *Pulitzer* en 1955 y el *National Book Award*, éste entregado ya de manera póstuma por la edición de sus *Cuentos Completos*.

Notas

[1] Barcos muy ligeros usados durante la Guerra de Secesión para llevar alimentos y armas rompiendo el bloqueo. <<